

Francisco Umbral

Historias de amor y Viagra



Jonás, un periodista de mediana edad, recibe de una revista el encargo de experimentar con Viagra, la nueva terapia sexual, para luego contárselo a los lectores, o sea, el reportaje desde el interior de sí mismo. Esta experiencia le crea cierta adicción, aunque Viagra no sea una droga, en el sentido de que su vida sexual mejora y se multiplica notablemente. A partir de ahí, escribe una novela. Una original y explosiva novela.



Francisco Umbral

Historias de amor y Viagra

ePub r1.0
Titivillus 29.02.16

más libros en epubgratis.org

Título original: *Historias de amor y Viagra*
Francisco Umbral, 1998
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Y tú serás, Natanael, semejante a quien siguiera para guiarse una luz que tendría él mismo en su mano.
ANDRÉ GIDE

PRÓLOGO

Hace unos meses, la revista Paris/Match me propuso hacer unos experimentos sexuales con Viagra para contárselo a los lectores. El periodismo desde dentro. Algo así como radiar uno su operación de apendicitis, pero más grato (por la partenaire). Esta experiencia, de muy buenos resultados, me introdujo en el mundo de Viagra, que me parece una revolución sexual como lo fuera la píldora antibaby en los sesenta. Porque Viagra no sólo estimula eficazmente la sexualidad, sino que —sin ser una droga, un «milagro» ni ninguna de esas tonterías que se escriben— somete el cerebro y todo el organismo a una optimización vascular que yo, como escritor, he percibido en la imaginación.

De esa imaginación estimulada, más la experiencia concreta de las relaciones sexuales «viagramadas», me han nacido una serie de relatos o historias que luego el oficio de uno, modesto pero largo, ha convertido en nouvelles, hasta constituer este libro. Una parte de los relatos es completamente real, otra completamente inventada (con Viagra como motivación u ocasión literarias) y el resto me lo atribuyo absolutamente por evitar incómodas alusiones a terceros y terceras. Pero todo esto va barajado en el libro con una cierta malicia profesional, de modo que la unidad y coherencia del volumen me parecen presentables.

Quizá soy el primer escritor del mundo que hace literatura sobre Viagra, y pienso que aquí está la ventaja y peligro de este tomo narrativo que, en todo caso, se beneficia en su calidad, mucha o poca, del incentivo de un tema nuevo que ya revoluciona —positivamente— las relaciones humanas.

A fin de cuentas es eso, un tema nuevo, lo que buscamos siempre los escritores. ¿Una nueva narrativa de sexo? Yo no la hubiera intentado sin el incentivo creador, imaginativo, que esta novedad científica ha tenido en mí. Y esto es lo más importante para uno, como escritor, al margen de la habitual frecuentación del mundo de la mujer en que ha solido incurrir —y no me arrepiento— mi literatura.

Otros escriben de marcianos, que es peor. Después de hacer este libro sé más de la mujer, del sexo, de las relaciones entre unos y otras. Y hasta sé más de literatura. Al menos de la mía.

FRANCISCO UMBRAL

NATANAEL

El vientre de Natanael, la hermosa tripa de Natanael, la preñez de Natanael, a la que alguien le había hecho un hijo a pesar de pastillas, diafragmas, espermicidas y cosas. Las chicas de la redacción querían verle el tripón glorioso a Natanael, de modo que a veces se metían todas en el lavabo de mujeres y Natanael les enseñaba la cosa y todas tocaban, palpaban, aplicaban la oreja, se le oye hablar, se le oye llorar, se le oye cantar, yo creo que es algo de Julio Iglesias.

Natanael tenía un novio tímido, maño, aplicado, sencillo, trabajador, quizá poco novio para tanta mujer, y la vida sexual entre ellos debía de ser algo así como la vida sexual de san José y la Virgen. Pero de pronto el chico, que se llamaba David, sin ningún motivo para ello, había ido a Estados Unidos para cubrir unas Olimpiadas (quitándome a mí la oportunidad), y volvió con un cargamento de Viagra e información sobre el tema. Dado el carácter concesivo de Natanael, la tripa podía ser de cualquiera de la redacción, pero como la emergencia coincidió con el viagrazo de David, todos le atribuimos a David la hazaña, y el hombre andaba por la redacción rojo de vergüenza, como si en vez de a su novia hubiese preñado a la señora de la limpieza.

Pero Natanael siguió siendo tan concesiva como antes del embarazo. Un día se lo oí en la redacción:

—La gestación de un niño no tiene por qué interrumpir la libre vida de una mujer.

Natanael, además de muy bella, era algo así como desgadamente feminista. De modo que un día me tocó a mí el turno, y lo supe en cuanto me pidió el primer cigarrillo. Le dije a David que tenía trabajo mogollón y se quedó escribiendo en una esquina de la redacción. Yo en la otra. Cuando íbamos en su lata a profundizar la noche, yo sospeché que David nos seguía. Me dolía hacerle aquello al joven periodista, pero Natanael le llamó por el móvil y David ya estaba en casa viendo los telediarios.

—Nunca me he creído que David sea el padre de eso —dije.

—Desde luego, tú tampoco.

Efectivamente, era la primera vez que me iba a acostar con ella. Cenamos en un tabernón de Huertas, entre estudiantes, músicos y pobres.

—Eres muy fría y muy cínica. A David lo tienes como coartada por si un día te pasa lo que te ha pasado.

—David me gusta por su pureza.

Natanael era muy alta y delgada, rubia germánica, con manos largas, muy bellas al ordenador, hacía la crítica musical, entre otras cosas, se peinaba interminablemente aquel pelo de fluencia rubia y salía con unos y con otros, siempre eligiendo ella, como sólo podía permitírselo una mujer de aquella eslora. A mí me gustaba mucho, pero me dolía lo de David y, por otra parte, Natanael inspiraba demasiada seguridad, sugería excesivo poder, todas esas cosas que a un hombre pueden llevarle al fiasco, como decía Stendhal, o sea, el gatillazo. Era una mujer para tomarla muy en serio y yo no quería atarme a nada, salvo a mi trabajo y a ciertas aventuras pasajeras.

—Natanael me lo pusiste tú —recordó Natanael mientras encendía su primer cigarrillo, después de apenas probar la cena: pescado viejo.

En efecto, ella se llamaba algo así como Pili u otra vulgaridad que no llega a nombre.

—¿Y cómo firmo la crítica musical? —preguntó un día.

—Firma Natanael —le dije yo, que estaba de jefe de noche.

—¿Y eso qué es?

—El nombre del ángel protector de André Gide.

Gide sabía mucho de música y tocaba el piano todos los días.

—Ah, pues me gusta: Natanael.

—Sólo que el maestro era un poco buja y Natanael era su ángel masculino.

De todos modos se apropió el nombre. Porque ya tenía un nombre, una firma, en la crítica musical: Natanael. La chica sabía francés y le aconsejé leer *Los alimentos terrestres*, donde sale Natanael, y que además es un bellissimo libro sobre África, sobre

el amor, sobre el propio Gide. Después empezó su promiscuidad con la gente del periódico y me alejé de ella, pues por entonces era yo muy machista —ahora también— y no me gustaban las mujeres promiscuas.

Nat —vayamos abreviando— vivía en un piso enorme y antiguo, desordenado de riquezas, por la calle de Ferraz, con vistas al juanramoniano parque del Oeste. Después de haber paseado por el parque, en la paz nocturna de agosto, cruzando los primeros picos, después de haber bailado en una discoteca de la Gran Vía, pero en plan lento (es cuando ella pudo apretarse contra mí y marcarme su pelvis, armoniosa y amplia, como una ancla de barco, pese al feto), después de todo eso y más, tengo que decir una cosa que ignoran los madrileños no demasiado recalcitrantes: es decir, que el parque del Oeste, al atardecer y por las noches, en invierno y verano, se puebla de osos que no son municipales ni salvajes, sino unos tiernos, poderosos y pacíficos animales que llevan allí desde la fundación de la ciudad o antes.

Vienen a comer castañas verdes en el regazo de los novios que se besan en un banco, respetan a las parejas que fornican sobre la hierba y se llaman unos a otros, con el mugido triste y largo (seguramente los osos no mugen) que les viene de la prehistoria. Nat y yo teníamos ya nuestro oso, que era negro —los había blancos y marrones— y al que no quisimos poner nombre, pero que a Nat le inspiraba mucha más ternura que el osito humano que llevaba en el vientre. Cuando paseábamos por la ciudad —estoy contando ya nuestro amor posterior y cotidiano, hay que romper el tiempo en la narrativa— procurábamos que no se nos olvidase llevarle castañas, frutos secos o miel al oso.

Estos osos conocen bien a los madrileños y huyen de las gentes extrañas. En la prensa nunca se habla de ellos, pero existen, y pensé, con pena, que el día en que Nat y yo terminásemos lo nuestro, el oso negro nos buscaría, triste e insistente, por el enorme parque y sus paseos y arboledas.

Sé que a una mujer encinta (aunque Nat estaba empezando) se le llenan los pechos de leche, y estas dos ches, *pechos* y *leche*, me ponían cachondo, de modo que ya la primera noche subimos al piso que digo, mediante un trámite de llaves medievales, puertas de maderas duras, ascensores silenciosos y alfombras de apariencia heráldica. Nat hizo café, puso café, su eterno café cargado, que yo le había observado en el periódico y que le servía para meterle marcha y vida a su longilínea humanidad de alma pálida, cuerpo suavísimo y osatura de barco griego. Se decía que era de familia tan noble que quizá hasta había salido algunas noches con el Príncipe Felipe (hay revistas y couchés que dan fe), entrando en el carril de las posibles elegidas.

En aquel viejo piso familiar, abandonado a ella, los bustos parecían de escayola pero eran de mármol, los tapices parecían de verdad pero eran falsos, las jaurías de perros de hilandera corrían por las estancias silenciosamente, en la noche, dando caza, quizá, en la última saleta de la casa, al ciervo vulnerado o el zorro volteriano que yacían en la biblioteca.

También había un gran piano negro y como hermético.

—Hermoso piano, pero no te voy a pedir que toques porque seguro que te lo pide todo el mundo.

—Te agradezco el detalle, pero además no sé tocar.

—Tampoco yo sé oír.

En un dormitorio posterior, en una cama alta y férrea, como el esqueleto de una diligencia, me tendí desnudo (es mi estrategia), esperando que ella se desnudase entre beso y beso. Efectivamente, se iba quitando suéters, una blusa amarilla, una falda larga y musical, una camiseta de hombre, como las mías, y aparecieron los dos grandes pechos, redondos y nutricios, con grandes areolas y pezones salientes. Tomé como al peso aquellos senos cuando ella se sentó en la cama y, efectivamente, tenían pesantez de cosecha, doble panal humano, dulzura de piel, armonía de dibujo

delicadamente exagerado.

El vientre, tenuemente abultado, se difuminaba en la estatura, en la eslora de aquel cuerpo interminable. Ella se inclinaba para besarme y yo, el hombre viagramado, respondía a los primeros y suaves topes venciendo la grandiosidad del momento, el peligro de fiasco.

—Todo el mundo te habrá dicho también que desnuda eres un Botticelli.

—Sí, claro, lo siento.

—Pues no lo sientas, porque tú lo que eres es un Leonardo.

—¿Y cuál es la diferencia?

—Bueno, Botticelli es de línea demasiado simple, limpia, sobre todo si se le compara con Leonardo. En Leonardo hay más dibujo, más temblor, más reiteración, más alternativa, más cosa.

Fumaba.

—Comprenderás que si te he traído aquí es porque me gusta oírte, porque me divierte oírte y porque además se aprende mucho contigo.

—Es que hoy salís de la facultad sin saber cómo empezó el impresionismo. El impresionismo empieza cuando unos pintores jóvenes observan los balbuceos, los escorzos del último Rembrandt. Rembrandt era muy viejo y estaba muy miope, y de esas carencias del maestro sacaron los jóvenes un estilo, una escuela, el impresionismo.

Naturalmente, yo me enrollaba con estas cosas porque iba disfrutando el desnudo de Nat, que sin duda era una mujer de tempo lento y que tardó mucho en estar tendida sobre la cama, junto a mí, con el vientre en alto, los pechos como dos panes líricos y sus manos hermosas y casi de hombre jugando ya con la erección azul-viagra.

Así hicimos el amor por primera vez, lentos, demorados, con mi pene entrando y saliendo en su gran vagina de camella con tardanza de asteroide. También la masturbé introduciendo cada vez más dedos en su vagina, hasta que comprendí que cabía el puño entero, como apretando una llave allí dentro, y eso la hacía correrse.

Ahora, no sé por qué, la recuerdo virgen en aquella primera noche. Pero no, no era virgen sino que tenía, como María Félix, «un pasado *bogascoso*». Quizá es que me hubiera gustado encontrarla virgen. Después de complicados orgasmos, me tendí mirando al techo alto, lleno de guirnaldas, yesos y escudos, y ella se inclinaba sobre mí con el cigarrillo en la boca de labios blancos y sensuales. Nos acariciábamos. Pasé mi mano por su vientre.

—¿Y cómo serán las cosas después de «esto»? —pregunté imprudente.

—Es que no va a haber «esto» —me dijo con sencillez.

Respiré hondo, miré sus ojos llenos de cansancio y malicia. Luego miré otra vez al techo para llevar mejor aquella conversación.

—Vas a abortar, claro.

—Claro.

—Perdona la pregunta. ¿Puedo yo ayudar en algo?

—Sí. Ya están haciendo una colecta las chicas del periódico para que todos pongáis algo. Quiero ir a un médico caro.

—Por supuesto. Que cuenten conmigo. ¿Y David?

—David todavía no lo sabe. En su momento, se le hablará de un aborto involuntario o de un parto peligroso al que no se debe dar lugar. Incluso yo soy partidaria de decirle la verdad, que la cosa no es suya, para que no sufra más. Siempre prefiero la verdad a la piedad.

Y, tirando el cigarrillo, se me echó de nuevo encima con amor, deseo, cansancio, calor y quizá un poco de desesperación.

En el parque del Oeste se había sentado Juan Ramón Jiménez a mirar crepúsculos. Por entonces, o sea antes de la guerra, aquellas sillas de hierro que había en Rosales

costaban cinco céntimos y el agente municipal de las sillas le cobraba cinco céntimos a aquel árabe trajeado que luego apuntaba en un papel:

*De un incoloro casi verde,
vehemente e inmenso cual mi alma,
me llevaba el ocaso
a todo.*

*Nada hay que yo esta tarde
conocido no haya,
y ahora, de vuelta ya como yo mismo,
en la playa diaria, me pongo a recordar,
entre la sombra que avanza,
cantado de las olas de la sangre
—cristal de luz que sube, puro, baja—,
de tantas cosas y de tantos tiempos,
vistas, pasados hace casi nada.*

Por entonces, la gente se sentaba a ver crepúsculos como ahora nos sentamos a ver la Panavisión. Luego vino la guerra y los moros de Franco, que estaban ya en la Universitaria, cazaron un oso del parque y se lo comieron asado, y hasta guardaron provisiones en conserva de sal. Comían el oso con té moro.

Ante esta amenaza, los osos desaparecieron del parque y fueron recogidos por algunas familias. Las familias de izquierdas recogían un oso y lo sentaban a la mesa, y las familias de derechas recogían un pobre, que era cosa más cristiana.

Algunas veces, cuando Nat y yo estábamos sentados en un banco del parque, llegaba Isidorín, el pequeño barquillero, y le comprábamos barquillos que les dábamos a los osos. Isidorín era rubio, esbelto, de unos nueve años, maliciado de calle y procaz de orina, pues sacaba su chilindrina infantil y meaba en cualquier parte.

A Nat le hacía mucha gracia verle la chilindrina a Isidorín y recordé lo que me había dicho de David: «Amo su pureza.» Luego el barquillero y Nat jugaban un poco y ella le revolvió el pelo y el chico le sacaba a Nat una propina no sé por qué.

En el periódico iba muy bien la colecta para el aborto de Nat. A David le habían dicho que el dinero era para la canastilla de lo que iba a nacer, y que él no tenía que aportar nada porque era el padre.

Las críticas de música clásica, firmadas «Natanael», tenían ya muchos lectores y Natanael enseñó a los madrileños a oír a Mahler y me enseñó a mí, que paso mucho de música, cómo eso es un arte plástico y cómo en Bach hay conjuntos, bloques, sinestesias, multitudes, vacíos, coros y números. Yo recordaba que André Gide, en la *Sinfonía pastoral*, enseña a una joven ciega a distinguir los colores mediante la sinestesia o asociación con otros sentidos y sensaciones. A Nat sólo le dije:

—Recuerda esta frase de Gide: «Beethoven me da más música; Chopin me da mejor música.»

—Tu amigo Gide tenía razón.

También preguntaba a Nat por John Cage y Erik Satie, que a ella debían de parecerle la aberración musical, pero me sorprendió diciéndome que le gustaban mucho. Una tarde, el ascensor estaba estropeado y subí a casa de Nat por la escalera, pasando luego a la de servicio, donde Nat solía tener la puerta trasera del piso abierta. Entré por la cocina. Nada más entrar oí risas, juegos, un murmullo alegre y distante. Pensé que Nat estaba con otro, que yo me había confundido de día. Quizá ese otro era David, con más derecho que nadie a estar allí. Pero tomé precauciones de ladrón para llegar hasta una saleta de gran espejo que reflejaba el cuarto y la cama de Nat.

Mi amiga tenía al pequeño barquillero tendido en la cama, desnudo, y le estaba mamando su pequeña chilindrina. El niño reía entre cosquillas y estremecimientos. «De modo que menorera, la tía, y nosotros pagándole los abortos.» Nat tenía la cabeza

hundida entre las pequeñas piernas del niño y sus largos brazos se extendían hacia arriba, de manera que con las manos acariciaba el tórax infantil y escaso de aquel barquillero/mendigo.

Comprendí que en los juegos de Nat con Isidorín, en el parque, había alguna clave que yo no había querido o sabido ver. Salí de prisa de la casa y en la calle cogí un taxi hacia el periódico. Pasé cerca de David, que seguía con sus olímpicos y campeones dopados. El doping era el tema periodístico del verano.

Mucho después de la guerra, los osos volvieron al parque del Oeste, o quizá eran otros osos. Los que nosotros teníamos por amigos ya no guardaban ninguna memoria de la guerra. En el parque han puesto un templo egipcio y otras pijadas municipales, por quitarle al sitio ese fino tono europeo, occidental, esa cosa de noches en los jardines de España que tiene el sitio.

Una tarde estuve en nuestro banco habitual del parque dándole castañas verdes al oso negro. Pasó el barquillero, pero le dije que no tenía tiempo para jugar.

—Hoy es mi día, lo siento.

No entendió la frase, claro, aunque era listo, pero efectivamente era mi día, o sea que había quedado con Nat para follar y ella no solía caer en torpezas ni equivocaciones respecto de su complicado calendario sentimental. Tuvimos una tarde tranquila, un follar casi matrimonial, ni siquiera utilicé la Viagra, sólo le dije a Nat, de pasada:

—Recuerdos de Isidorín, que lo he visto en el parque.

Ella no dijo nada. Fumaba con la cabeza sobre mis muslos y las piernas en alto, sobre el respaldo de un sillón. El sol del oeste exaltaba la claridad de aquellos muslos hacia un éxtasis de blancura y materia, materia pura, que era imposible dejar de mirar. Muslos colosales y sin embargo tan líricos. También veía yo, desde mi sitio, el piano negro y hermético, que cada vez me parecía más misterioso.

En un atardecer que era «un incoloro casi verde», según el certero y sutilísimo JRJ, me despedí de ella con besos verdaderos para ir al periódico. Nat tenía que cubrir por la noche un concierto coñazo, pero inevitable por su relieve social e incluso oficial.

Según salía eché una última mirada al piano. En el ascensor di al segundo piso de bajada, no al de la calle, para que no me viese el portero. Salí en ese piso y volví a subir por la escalera de servicio, que ya le iba yo cogiendo un poco de vicio a esta escalera. Un rumor de mar o susto, algo bajaba del cielo, algo que se iba haciendo música, una música que, al ir acercándome a ella, se iba haciendo piano. Del mismo modo que había descubierto al barquillero descubrí a Nat tocando el piano «que no sabía tocar».

Seguía con una camiseta de las mías (como las usábamos iguales, ya nos las intercambiábamos) y una pequeña braga blanca. Es decir, como acababa de dejarla. Creí adivinar que tocaba Chopin, tal como el viejo André Gide nos había recomendado, y esto me produjo cierta gratitud. «Quizá me está recordando», me dijo mi vanidad. De modo que tocaba, y muy bien, creo. ¿Por qué ocultaba también eso? Menorera y gran pianista. Sus pechos llenos de leche se cargaban de música y más leche en una movilidad grandiosa de la carne que me daba ganas de volver. Los mejores polvos se echan siempre después, con la imaginación. Me iría como la otra vez, prometiéndome no volver a espiarla. «Si sigo espiando a esta tía me va a volver majara.»

Cuando ya me iba a ir, observé que Nat tocaba con la mano izquierda y se llevaba la derecha entre las piernas. Pronto comprendí que se estaba masturbando. «De modo que para esto usa la música la exquisita cronista filarmónica de la prensa.» La melena caída le velaba el rostro y yo sólo veía el cigarrillo humeante, que de pronto se le desprendió de la boca y cayó al suelo. Nat crispaba los hermosos muslos en la masturbación. Dejó de tocar y se desplomó sobre el piano con un estruendo de barcos o de féretros.

Me fui.

Era una casa elegante de Goya, con puertas de madera clara y timbres blancos como de mármol. Salió a abrirnos el propio abortero, un hombre fuerte, congestivo y optimista, un poco feroz, cuya cabeza estaba entre Nietzsche y húsar. Su pelo rubio, sí, tiraba a rojizo, y un bigote y una barba rubios barroquizaban su rostro de ojos azules.

—Pasen, por favor, pasen. Los esperaba.

Con Natanael iba yo, como el más viejo de la redacción, y con nosotros venían dos chicas del periódico, las que más se habían movido en la colecta y en la búsqueda de aborteros/as. Pasamos con miedo y timidez, como si fuéramos a la consulta del pedicuro o el dentista.

—Esperen un momento ahí en el salón, que iba a darme un baño. Con este calor, todos los días me doy una ducha antes de empezar a trabajar.

Nos sentamos en un saloncito con revistas antiguas, cuadros antiguos y una maternidad de Picasso, en lito, que allí no pintaba nada. Nat, con la tripa ya más luciente, empezó a fumar. Las otras dos parecían más asustadas que ella. Nat traía unas gafas negras modelo Jacqueline (no hay otro) y no se las quitaba. Yo me puse a leer un *Blanco y Negro* antiguo, de antes de la guerra, donde don Felipe Sassone defendía la honestidad de su pluma, que alguien debía de haber puesto en duda.

Cuando pasó más de un cuarto de hora empezamos a impacientarnos.

—Estará con otra operación.

—Dijo que no había empezado a trabajar.

—Se estará dando la ducha.

—Y haciéndose las uñas de los pies, por el tiempo.

—Es que es un señor muy grande.

Y las dos redactoras reían imaginando, sin duda, el desnudo fáunico del rubio y poderoso anciano. Yo estuve mirando el monóculo de don Felipe Sassone, que le daba altivez a su rostro. Antes, los escritores llevaban monóculo. Yo, en aquellos tiempos, hubiera gustado de llevar monóculo, que es un tercer ojo que no hace ninguna falta, salvo para mirar a la gente con el monóculo, para hipnotizarla con el monóculo, que le pone una fina aureola de oro al ojo izquierdo.

Nat seguía fumando en silencio. Casi parecía despreciar a quienes tanto estábamos haciendo por ella. Los osos, el barquillero, los moros de Franco, el piano hermético, la masturbación al piano en camiseta de hombre, Juan Ramón Jiménez, Natanael, el ángel de André Gide, la música, la música, «*dans le musique avant toute chose*», dijo Verlaine, ¿sabría ella eso de Verlaine?, pero comprendí que la estaba abrumando con citas sobre la música y que lo que a ella le interesaba era la música en sí misma. Mi ignorancia musical era una docta ignorancia. La miré pero no se quitó las gafas. Sólo me llegó su pálida sonrisa entre la vaguedad del humo.

Había pasado media hora. Las chicas se meaban la braga y yo, muy hombre, había decidido hacer algo. Nat escribía en un papelito, teniendo entre sus hermosas y blancas manos una estilográfica antigua y negra. Nat era la única que no hacía comentarios inútiles sobre la tardanza.

Pero se oyeron unos pasos, llaves que abrían puertas, alguien que se acercaba, un grito ahogado, tacones femeninos, apresurados, hacia nosotros. Era una enfermera morena y baja, con rostro de pavor y la boca mal pintada.

—Ustedes estaban citados, claro...

Y su mirada de profesional localizó en seguida la tripa de Nat, nada escandalosa.

—Es horrible, esto ya me lo temía yo, vengan, es horrible, el profesor tenía esta costumbre, esta mala costumbre, pero vengan...

Puestos en pie desde que ella entrara, la seguimos a través de la casa, que tenía zonas de laboratorio. En el baño, bajo el agua hirviendo que caía de arriba, el enorme

cuerpo blanco, rosa y rojo del anciano se abrasaba y echaba humo. Él tenía la cabeza hundida y, como el agua le alisaba la melena, la barba, el bigote, de pronto me pareció otro. Un desconocido, un intruso, un muerto que alguien había metido allí. Cogí el brazo delgado de Nat, que se había quedado un poco atrás. Un agua con sangre corría en regueros, hacía círculos, se desaguaba.

—Siempre se lo he dicho, siempre se lo he dicho —dijo la enfermera, poniéndolo todo en un presente patético, en un pretérito inmediato.

Aquel hombre, aquel abortero, aquel comedor y bebedor, aquel enfermo cardíaco tenía la costumbre de darse una ducha de agua fría después de comer —iba por el tercer infarto—, y ahora, sin duda, le había dado el cuarto, o al menos había perdido el conocimiento en la ducha, se había derrumbado mientras el agua subía de temperatura, como suele en los baños y duchas, hasta escaldar y escamondar a aquel Nietzsche de media tarde, el abortista más famoso y más caro de Madrid, como que se permitía actuar en la mismísima calle Coya. Todo nos lo explicó la enfermera con urgencia muy profesional.

—Ahora voy a llamar a la ambulancia y a la policía. Perdonen ustedes, qué les voy a decir, él está muerto, váyanse cuanto antes, mejor que no quede aquí rastro de ustedes, ahora vendrá la policía y lo investigará todo, ay de mi trabajo y mi pobre padre, qué va a decir mi pobre padre, esto va a ser un escándalo, y el pobre Diógenes, bueno, don Diógenes... Váyanse ahora mismo, por favor, es lo mejor que les puedo decir.

Seguramente la morena fea tenía algo con el muerto, pensé.

Y nos fuimos.

Nat no se había quitado las gafas en ningún momento. Se las quitó, ya dentro de un taxi, para mirarme a los ojos con naturalidad.

—¿Me acompañas esta tarde al concierto?

Era una invitación que incluía muchas más cosas que el temido concierto, de modo que le apreté el brazo en señal de complicidad. Yo iba pensando en el monóculo de aquel peruano meteco. Qué bien me habría sentado a mí, dejándome un poco la melena.

El taxi corría por Madrid —¿nos habíamos despedido de las otras?— en una tarde devastada por el sol y el calor. Nat se iba hundiendo contra mi pecho y yo le veía, por la ranura de las gafas, desde arriba, los párpados cerrados, rubios y con finísimas venitas azules.

Me tenía cogida una mano.

El doping, sí, era la serpiente periodística de verano (ya no se dice el Monstruo del lago Ness, quizá *Nessi* haya muerto de tópicos), de modo que un día —varios— me tocó a mí el tema. Expliqué cómo el hombre se ha dopado siempre, desde Noé hasta los ciclistas: de vino, de veneno, de sangre, de afrodisíacos, etc., cómo el hombre, en un afán casi metafísico, y desde luego loable y desesperado, ha querido siempre sacar más de sí, sacar ese otro hombre interior que según san Agustín llevamos dentro.

Luego, todo esto se comercializa (signo monetarista, desde el estaño fenicio al oro alemán) y la gente ya no se dopa para levitar sino para pedalear en el Tour. Este año casi los entrullan a todos. Recordé en mis artículos que existe el autodoping, practicado hace años por algunos grandes ciclistas: te sacan un litro o medio de sangre, la conservan y te la vuelven a meter al momento de salir corriendo con la bici. No puede considerarse doping porque sólo consumes de lo tuyo, pero es peligroso y no deja de ser un truco.

El autodoping me llevó, o me trajo, a la referencia más inmediata, Viagra. Viagra, admirable invento de la ciencia, no es sino una reconducción de la propia sangre hacia zonas amortecidas o mal regadas, con lo que se ha conseguido que las cavernas profundas de la masculinidad rujan otra vez como un mar entre rejas.

Sin duda no es correcto llamar a esto autodoping, pero no deja de ser una inyección de

sangre, una vuelta del fuego interior a sus fraguas masculinas y mejores. Un milagro sencillo como todos los milagros científicos. Me molesta que otros periodistas menos informados o más frívolos hablen de «droga» o «afrodisíaco».

Evidentemente, Viagra le cambia a uno hacia adentro: reconquista del yo. Y también le cambia hacia afuera: reconquista del mundo mediante la *agresión* sexual.

He aquí alguno de los recortes de lo que escribí por entonces. Recojo los párrafos más pertinentes a nuestra historia, a la historia de Natanael, la mujer más singular y fascinante que me ha traído la vida, igual que se la ha llevado, con y sin Viagra:

«El rombo azul celeste. Un azul celeste oscuro, como el cielo quemado de algunos veranos. Yo llevaba una vida sexual zoológica, digamos. Sólo alguna mujer —perdida, ay— me hizo pasar a veces de la zoología a la poesía. Añoraba, satisfecho el sexo, los paraísos nada artificiales de más allá del sexo. El rombo azul celeste, cielo quemado, eso es lo que ahora miro. Sabemos que nuestro yo empieza donde nuestro deseo acaba, pero nadie da el paso más allá, por pereza, por miedo. Una necesidad “metafísica” de ahondar en mí mismo, de proyectarme, quizá. Todo eso que se aduna en un hombre, o se adormece a cierta edad.

»¿Y qué hay más allá, cuando no hay nada? El conócete a ti mismo es una consigna escatológica. Sigue habiendo vida más allá de la muerte —calcios, humos, humus, raíces, gusanos, una flor—, de modo que yo quería conocer toda la vida que resta en mí mucho antes de la fecha cronológica de la muerte, aunque vete a saber.

»Como dijo el poeta, tenemos que agotar nuestro cuerpo aquí en la Tierra, exhaustivizarlo de amores y de versos. Que cuando llegue la muerte sólo pueda llevarse un pellejo vacío. No era yo de los que se resignaban a coleccionar energías, imaginaciones, para luego, para la otra vida, qué vida.

«Moriré explorando y explotando el fondo que hay en mí, los otros que hay en mí. Lo he hecho ya, de la página al vino, de los idiomas a los venenos. Y de pronto el rombo azul celeste, cielo quemado de aquellos veranos, Viagra.

»El falo es una llave, otra llave. El falo es una llave/clave. Cuando el falo deja de asesinar y se limita a hozar en un cadáver de mujer, la biografía está acabada. ¿Cómo llegar al crimen lúcido y erudito? La razón sola se llevó a Sócrates a la tumba, con un gallo y un efebo. La razón sola se llevó a Descartes a rezar a la Virgen de Loreto. Cuando la razón se vuelve razonable, el falo iza sus velas, leva sus anclas. El rombo azul celeste es el mascarón de proa. Argos pudiera llamarse Viagra. El hombre, como la nave, va cambiando de piezas hasta ser otro hombre, otra nave, pero siempre le queda el nombre, el espíritu, el yo, el falo, que siempre quiere saber más de la mujer.

»Mi sexualidad se estaba multiplicando, pluralizando, y era ya una sexualidad universal. Era ya otra cosa que sexualidad. Somos un papiro enrollado. Hace falta la imaginación o el sexo que desarrolle el yo a lo largo, a lo extenso de la vida. Iba yo aprendiendo a conocerme, tardío, a medida que abría puertas. La mujer es puerta que da otra vez a uno mismo, al que hay después de ella. Viagra. Acostarse con mujeres no es conocer mujeres. Hay que volverlas del revés, crucificarlas, enviárselas al marqués de Sade y que nos las devuelva.»

El núcleo de la redacción, como colectivo abortista, perdió su entusiasmo ante los primeros fracasos, como aquel arder del viejo abortero en los infiernos, que habíamos presenciado unos cuantos.

Comprendí que era yo el único que podía y debía ayudar a Nat. En el café me habían hablado de un abortero de la carretera de Aragón, que ahora también se llama Alcalá, pasado Ventas, y allá nos fuimos Nat y yo, en un taxi, a primera hora de la tarde, mediados de agosto, qué horas, estos tíos, para matar niños, dijo alguien. En la gran autopista de reciente inauguración aún quedaban algunas casitas de pueblo, de cuando por allí se iba al cementerio. El abortero vivía en una de ellas, piso único, y Nat y yo estábamos sentados en un cuartito también como de pueblo, en torno a una mesa

camilla donde había un joven con aspecto de soldado de paisano y una moza que asimismo se había vestido de fiesta para abortar. Había un Sagrado Corazón de Jesús. Cuando se llevaron a la chica, el mozo se tapó la cara con sus manos oscuras y estuvo todo el tiempo llorando. Por el fondo de la casa andaba una vieja de negro como rezando el rosario. Cada vez se la oía en un extremo del pasillo. A Nat le habían servido un café que hubo de pedir ella. Ahora tomaba café de puchero y fumaba en silencio. Yo hacía como que escribía algo en mi cuaderno de reportero. Ni siquiera intentaba hablar con Nat.

Sabía yo bien lo que le pasaba a mi amiga. El asunto del aborto no suponía para ella más que un trámite. Lo que la molestaba, digamos, era la puesta en escena. Desde luego, la felación pagada a un niño pobre de nueve años era espectáculo mucho más hermoso.

Por los traspacios de la casa se oía ir y venir una bota pesada, una única bota, y esto le ponía a la escena un terror barato, involuntario, pobre. Ya me habían advertido a mí de que el abortero era cojo, pero no creí que tanto. Nat, por supuesto, tenía las gafas negras puestas todo el día. Cuando se fue aquella pareja joven y rupestre, ella iba en un éxtasis de dulzura, miedo y pecado, y nos sonreía a todos como la niña que ha hecho una cosa mala e intenta hacerse perdonar. Yo sonreí y hasta les di la mano, por compensar el mutismo de Nat. La vieja de negro —ese negro rebañado de trasfondo español— se los llevaba a la calle, y luego, por los pasillos, hacía la guirigaya de rezos o cosa parecida, con el paso pesado y lento de la bota solitaria, de vez en cuando. Sonaba a procesión con saetas.

El cigarrillo temblaba entre los dedos de Nat, siempre de uñas muy cortas, pero no comidas. A mí me había envenenado ya aquel solanismo, aquel barojismo, aquel celismo, aquel revés entintado de España, a media hora de la Puerta del Sol. El abortero se acercaba precedido de su bota. Efectivamente era una bota de casi medio metro de alta, y no sé si de corcho, madera, hierro o qué. Nos saludó con cortesía de sastre, pero Nat apenas le dio la mano y no se quitó las gafas.

Era un hombre de pelo negro y estirado, un moreno de cara muy española, con fino bigotillo de posguerra, tan lejana, y estaba efectivamente entre el sastre y el peluquero en sus escalas más menestrales.

La vieja se llevó a Nat. El abortero iba de bata blanca, naturalmente. Me dejaron solo. Empecé a tomar notas sobre todo esto que estoy escribiendo. Me pareció que tardaron muy poco. Nat, con las gafas, como si no se las hubiera quitado, había llegado en su palidez a unas afinaciones de desangramiento deshumano, con la boca borrada y como buscando un cigarrillo con sus manos nerviosas. En la calle respiró hondamente un aire denso de vida y petróleo.

Un taxi paraba junto a ella. Abrió la portezuela y tapó el hueco con su cuerpo, para que no entrase yo, y casi llegó a una dolorosa sonrisa.

—Bueno, ya está... —dije bobamente.

—Sí.

—¿Estás bien?

—Asintió con la cabeza y me dijo, sin quitarse las gafas:

—Esta tarde...

—No, espera, que te vea yo los ojos.

Y le quité las férreas gafas negras. Tenía una mirada dura e irreversible que yo desconocía. Volvió a tapársela.

—Esta tarde hemos matado para siempre a Natanael.

Bien sabía yo que no se refería al aborto. O no sólo al aborto.

Me besó con su boca blanca, me besó como besan los fantasmas con prisa y se fue en el taxi. Seguía oliendo a petróleo y estiaje.

Por el periódico jamás volvimos a verla.

INTERNET

En el interior, en el núcleo de una céntrica librería, bajo una luna de neón, en lo más íntimo de la rosa del público, pétalos de mi gloria de un día, yo firmaba mis libros y veía a la niña barzonear por la tienda, el oleaje de los compradores la llevaba y la traía, a veces muy lejos, a veces muy cerca, entre firma y firma yo la seguía con la mirada, melena larga y sosa de un rubio pajizo, sin brillo, unos dieciséis años, cuello largo, talle largo, piernas largas, vaqueros y pereza, ¿una aura de instituto?, más aura que belleza en el rostro de un románico deslucido, de un gótico sin terminar.

—¿Su nombre, señora?

—Compro todos sus libros.

—¿Su nombre, señora?

—Leo todos sus artículos.

—¿Su nombre, señora...?

—Le veo siempre por la tele...

Y en este plan.

La chica está en la cola, estaba en la cola, por fin se ha enganchado, después de hojear libros míos y de otros, después de haber mirado mi póster al frente de mi sombrero de autor firmante. Ahora firmo más de prisa para que a ella le llegue antes el turno, para tenerla ante mí. Quiero preguntarle cosas, saber quién es, aunque hay más público que espera. No me entero de su nombre, no me entero de qué libro mío lleva, estoy atento al dibujo tenue de sus labios, a la desgana de su cuerpo, al cálculo de su edad. De cerca parece que alguno más de dieciséis, pero me interesa igual o más.

—Quiero llevarme el póster.

—¿El póster?

—Sí, para ponerlo en mi habitación.

—Vamos a hablar con la encargada.

Quedaron en que a última hora de la tarde, cuando terminase la firma, la niña volvería para llevarse el póster.

—¿Dónde vives?

—En Manoteras.

Niña de instituto, niña de barrio, niña de Manoteras. Me pareció que olía a manos sucias y a tiza.

—No volverá a por el póster.

—Te prometo que volverá —me decía la encargada con esa autoridad de las mujeres maduras que conocen a las mujeres, a las niñas, que se conocen a sí mismas. Era como si dijese: «Yo también habría vuelto.»

La tarde seguía abriéndose o cerrándose con esa cosa de flor nocturna que tienen las ciudades. La firma era copiosa y con el ejercicio se me habían pasado los nervios. El público de una firma huele a salud, a amistad, a cercanía, a curiosidad y a colonia mala.

Cuando ya casi no me acordaba de ella, la niña reapareció.

—Mírala, está ahí —me dijo la encargada con viveza, como asistiendo a una película.

Volvió a barzonear por la tienda, ya con menos público, nos miraba de lejos, me miraba, pero no parecía muy decidida a acercarse. La adolescencia se mueve siempre entre la audacia y la timidez, entre la agresión y la pupa. ¿Le habíamos hecho pupa a la niña? ¿Le iban a dejar en su casa meter un póster tan grande de un desconocido? Se acercó ya sin público, yo me puse en pie y vi que era realmente alta, en relación conmigo, pues siempre medimos a la gente a través del patrón oro que uno es para sí.

La encargada le envolvió el póster con cierta ternura de celestina, con cierto ademán de madre que lleva a su hija al pecado, con cierta gracia de confidente que hace por otra mujer lo que quizá no se atrevería a hacer para sí misma. La tienda olía con ese olor zoológico que deja el público, hasta que fueron aflorando de nuevo, como en un jardín literario, los perfumes de cada libro, la tinta morada, verde o amarilla de cada

dedicatoria.

Estábamos de pie frente a frente, cogiendo el póster a cuatro manos.

—Antes te dije un nombre cualquiera, pero en realidad me llamo Internet.

—¿Internet?

—Sí, me lo han puesto, es que me da mucho por Internet. Y te busco en Internet y a veces sales, o sea que sale algo tuyo, un artículo o una noticia, o alguna foto, qué risa, qué mal sales en las fotos.

Me despidió con dos besos en las mejillas, llevándose el póster, otro libro mío (éste regalado) y dentro del libro mi teléfono. Esto del teléfono, como todas las cosas de números, es un albur, un jugar a la ruleta rusa o a la otra. Llama o no llama, según. Tuve la sensación de que llamaría, pero preferí olvidarlo.

Y a los tres o cuatro días llamó a casa.

—Hola, soy Internet.

Al fondo de la llamada se oía un griterío de voces soleadas.

—¿Y quién grita tanto?

—Es que te llamo desde el recreo.

A mi larga edad es como un poco sorprendente que le llame a uno la novia desde el recreo. Por cosas así se puede uno enamorar. Ah el lirismo involuntario de la infancia. Quedamos para el sábado en el café Gijón, y cuando me presenté a la cita ella estaba esperándome en la calle. Siempre me esperó en la calle y pronto comprendí que no tenía dinero para una consumición y no se atrevía a entrar sola. Si no llegase yo, ¿quién iba a pagar su coca-cola? Había pedido ir al Gijón porque quería ver a los artistas de la tele. Unos se los presenté y otros se los mostré de lejos. En una mesa del fondo se pegaba a mí de modo que su corazón delgado golpeaba contra mi pecho. Era una ninfa constante, una adolescente apasionada, ¿qué era aquello?

Lo más evidente de su ropa lavada de sábado, vaqueros y suéter de Simago, era la beligerancia de unos pechos ya en razón y en sazón.

El Gijón había sido un nido de rojos y murió como café a la muerte de Franco. Como tantas cosas. Sin duda, Internet no encontraba nada fascinante en aquel viejo café, y los artistas de la tele debieron de parecerle vulgares. Comprendí que a lo nuestro había que darle un destino, un rumbo, y que yo no podía andar por ahí paseando una niña de Manoteras.

—En el instituto tendrás muchos novios —dije con patosidad de novio de antes.

—¿Es que ahora me vas a mirar el cuentakilómetros?

La respuesta era buena, desgarrada, popular, todo un hallazgo. Esta niña tiene más calle de lo que yo pensaba.

—El próximo sábado me llevas a un sitio con menos gente.

De modo que ya estaba fijada la cita para el próximo sábado. Y la premática de la intimidad. Una adolescente siempre gobierna a un anciano. Y una joven a un maduro. El poder antojadizo de la infancia se impone muy seguro, en el amor, a las tiranías convencionales de una relación normal, digamos, donde implícitamente manda el hombre. Se encuentra uno inerte ante unos senos gladiadores y recientes, porque eso tiene toda la autoridad de la vida, de lo real, autoridad que la niña no ejerce en casa ni en el colegio, pero que despliega decididamente en el amor. El instinto la hace fuerte frente al hombre, a no ser que el matrimonio la malogre antes de tiempo. Internet tenía la noción clara del poder de su cuerpo.

Me dio a leer algunas cosas que había escrito, y que ya me había anunciado. Yo esperaba lirismos y erotismos, pero eran una especie de editoriales mecanografiados, política internacional, izquierdismo exaltado, estilo directo.

—No sabía que ahora las adolescentes, en vez de versos, hicieran editoriales.

Antes era Bécquer o Neruda. Ahora es algún editorialista de *El País* (cuyo estilo creí reconocer, ay).

—Bueno, muy bien, sabes mucho y escribes muy bien. Me gusta que estés tan politizada.

—¿Te esperabas una gilipollas?

—Te esperaba a ti.

—Qué cursi. No me molas nada.

Pensé que lo nuestro iba a ser un amor a hostias, como en los ballets de Pina Bausch, que acababa de pasar por Madrid.

—¿Te gusta Gabriel Albiac?

—Claro, mucho, es compañero mío en el periódico.

—Me gustaría conocerle.

Reconocí con desaliento la avidez de la edad. Los artistas de la tele, los editorialistas de *El País*, Gabriel Albiac... Yo había entrado, sin duda, en aquella redada total por la cultura, yo no era más que un pez gordo cazado en sus redes con volantas. Un caso como para doña Emma Bonino. ¿Son ahora así las niñas? Así las describo yo cuando escribo, pero resulta que conoces a una y lo escrito era verdad. Mi propia literatura se levanta ante mí, o contra mí, ya veremos.

—¿Quieres otra coca-cola?

El sábado siguiente la llevé a la cafetería del María Guerrero, que es un sótano grande y triste. Nos refugiamos en la penumbra. Al otro lado de la sala había unos jugadores —actores o algo— jugando al póker, al mus o lo que fuese. Otra vez su latido infantil, su corazón delgado contra mi pecho. Las cocacolas, su belleza no terminada, de un clasicismo popular, como ermita de montaña, y sus manos, sus manos delgadas, esbeltas, frías y secas como fichas de dominó, cálidas, húmedas por el revés, enganchadas a las mías. Esta vez no hubo editoriales de Javier Pradera. Mi mano izquierda —aconsejo trabajar con la izquierda, que es siempre como más delicada o torpe— buscó por debajo del niki lamentable su lencería de barrio, su ropa limpia y pobre, el exceso gracioso de sus senos infantiles, que parecían haber cumplido años antes que ella, los pezones finos, la piel de una dulce estraza. Nos besamos mucho. Besaba con experiencia, con delicadeza, con gracia, primero con avidez y luego con paladeo lento. Adiviné muchas bocas en aquella boca.

—Qué risa, siempre llevo los preservativos en la culera del vaquero. Se me olvidó sacarlos y mi madre me ha lavado el pantalón junto con los condones. Ya ves. Pero no me ha dicho nada.

—No te preocupes. Compramos otra caja.

—Pero hoy no puedo, tengo prisa. Y a ver si otro día me llevas adonde estemos solos de verdad.

Caminamos cruzando Cibeles y luego hacia Sol, donde ella cogía el autobús para su barrio. Los preservativos, la cama, todo me lo había dicho en pocas palabras.

De modo que venía artillada para fornifollar. Y me sentí mucho más incierto de lo que me hubiera sentido con una mujer de cuarenta. El salto generacional nos deja las piernas temblando. Qué edad tendrá esta niña. Yo iba a ser un dígito más en su cuentakilómetros. Casi me lo había dicho. ¿Es cierto que buscan el mito del maduro, del triunfador, del hombre abroquelado de tarjetas de crédito?

Mi vanidad me decía que buscaba la experiencia en el doble sentido: «una experiencia», como buscan todos los jóvenes, coleccionadores de experiencias, y un oficio, una sabiduría, quizá para perder la virginidad con un hombre que supiese hacérselo, como diría ella:

—Los del insti es que no saben hacérselo.

Pero tú vas armada de condones, estuve a punto de decirle. ¿Será virgo? Pero eso me daba igual, en realidad. El desvirgamiento no es la abolición de una membrana, sino el haber dejado huella para toda la vida en la memoria blanca y la carne salvaje de una niña.

En Sol me pidió un helado. Esperamos su autobús en la heladería y luego se despidió de mí con un beso en un pico de la boca y un «cuídate mucho». Esto me lo decía siempre. Al principio me conmovió, hasta que descubrí que sólo era una fórmula adolescente para fingir madurez. Incluso se lo había oído a otras chicas. Parece que les sale la madrecita en flor de Machado.

—Cuídate mucho.

Como se lo hubiera dicho a su padre o a su hermano pequeño.

Generalmente con la mujer, al principio, uno no se orienta, y no vale de nada racionalizar, porque no te aclaras. Hace mucho tiempo que decidí confiarme al instinto, en casos así, actuar por impulsos y, desde luego, ser siempre un poco pasivo, esperar a verlas venir. No forzar la máquina, no forzar el cuentakilómetros.

Me toqué en el bolsillo el paquetito misterioso, la piedra secreta, la china que me había tocado. Eso me dio seguridad. Un hombre no desconfía de su falo ni de su corazón ni de su experiencia. Un hombre desconfía porque a él le ha tocado ser el hombre y a ella la mujer. Todavía estaba envuelto en el perfume soso de una niña de agua y jabón, en el contacto de su piel íntima y jovencísima, de una juventud que ya teníamos olvidada porque a cierta edad llamamos joven incluso a la de treinta y cinco. La juventud es la juventud, tan fugaz y enceguedora, tan real y urgente que la olvidamos en seguida, vamos trasladando el concepto de juventud en nuestra vida, por acercarlo a nuestra propia edad y porque realmente hemos olvidado una piel niña y femenina entre las paletillas ingenuas y crecientes (yo he rascado esa piel algunas veces, con falsa inocencia, con falsa caricia, y lo cierto es que las niñas se dejan rascar: qué insondable es una mujer, una niña, qué insondable es la piel).

Internet, en un autobús rojo, viajaba de pie hacia Manoteras. Me perdí en el Madrid viejo, entre iglesias de oír misa Lope de Vega y librerías de segunda mano donde los sábados por la tarde, como hoy, me compro a mí mismo.

Una muchacha azul, movimientos azules por el cuarto, ella en un agua azul, seca y azul, lo azul viene hacia mí, lo azul tiene los pechos muy serenos.

No he desnudado a Internet, en esta habitación de hotel, no acostumbro a desnudar a las mujeres. Un hombre desnudando a una mujer es torpe como un oso robando un panal de miel. Prefiero ver cómo se desnudan ellas, empiezan por arriba o por abajo, se quitan el antifaz de los senos con un leve pellizco de la espalda, y los senos palpitan un poco, dos dulces animales liberados que, cada uno por su lado, pero unánimes, orientan su pequeño hocico hacia un ángulo de la habitación. Internet, ya lo he dicho, tiene unos pechos que la hacen mayor de edad, y qué difícil meter a esta menor en el hotel. Internet tiene un cuerpo gótico. Todas están entre Botticelli y el prodigioso Ingres. Y la que no está en esos parámetros es que ha venido a este hotel equivocada. Internet no tiene para nada el pudor de su cuerpo. Sí la vanidad de su cuerpo, pero la disimula. La piel de un azul mate, el vientre botticelliano (me sale el crítico de arte, pero los críticos de arte también envergamos).

Caderas y glúteos efébricos, ah sus pequeñas nalgas, muslos largos y finos, queda muy de pintura esta niña desnuda, se ha despojado de los estigmas de la calle, del barrio, los vaqueros recién lavados y las playeras. Sus pies son un primor para que los ponga en música Debussy, recorriendo la escala de los pequeños y esbeltos dedos. Dedos parientes de las remotas manos.

La melena, que era lo más desnudo de ella, cuando vestida, es ahora como un vestido, dulce ropa de un lino pardo, ondear liso de su pelo mientras se mueve por la habitación o se confunde consigo misma en los espejos. Su ropa ha quedado en el suelo, como un despojo triste y perfumado. Internet viene a mí y la espera mi pecho y la espera mi Viagra, soy el arma desenvainada que tanta curiosidad despierta en ellas, cuando adolescentes.

Se ha sentado en la cama y acaricia, con oficio y sorpresa, el falo azul que tengo ante

mis ojos.

—Qué haces ahí como tonto, no haces nada.

Hago mucho, la miro, la disfruto en azul, como escapada de la época azul de Picasso (joder, cuánta cultura). Primero la caricia en el falo, luego el beso prepucial, tan infantil, luego la lengua, los labios, la boca, eso que sueñan, esperan, desean, el icono universal y femenino, la religión callada de todas las mujeres (tienen el falo del hombre siempre presente, cuando hay hombre, no es verdad que valoren o esperen otra cosa). El falo es una llave, una clave, una presencia insólita, una cosa prehistórica, falo de mono o pez, falo de hombre, y las devuelve a su condición de hembras de la tribu devotas de un culto que no se dice. Internet se distancia, como si lo mirase crecer, y luego vuelve a rodear con sus labios esta torre de sangre. Viagra aguanta bien, crece hacia su víctima, el falo es un cuchillo de piedra primitiva, una caverna de sueños y de sangre.

Recuerdo que una chica, una vez, aún lo tenía dentro, por inercia, y al darse cuenta me dijo:

—Pero si todavía está ahí ese tío.

Seguimos siendo sagrados para el otro sexo. He mirado el pubis de Internet, del color de su pelo, un poco más oscuro, quiero morder ahí, besar el pubis. Niña de pelvis frágil, esbelta, como una ancla hundida en el mar de sangre de su vientre, ah niña/carabela, pasaban ascensores.

Se levanta de pronto y vuelve con el preservativo, que físicamente me estorba, pero que tiene algo de ritual, viene a completar la liturgia del amor. Sé que luego Viagra, o mi violencia, desgarrará ese celofán, ese virgo de droguería. Ella me lo pone con manos amorosas, delicadas, domésticas, como envolviendo la plata de la casa. El agua azul se va, azul y seca, estamos frente a frente, ella es harina blanca, yo soy vello de chopo. Viagra me ha puesto el mundo azul por unos minutos, es el velo del milagro, la capa de la Virgen, el manto de mi virgen, porque Internet es virgen, lo advierto en cuanto se clava en mí, mientras sujeto sus pequeñas nalgas, conmovedoras.

—Es lo último que hubiera creído.

—¿Qué?

—Que seas virgen.

Pero es ella quien me viola a mí, me posee, me folla, me asesina en un charco de sangre, de semen y de vísceras, su corazón enloquece como un pájaro en una jaula que le está pequeña, en una jaula de pavor y hierro, jódeme así, fóllame así, ay qué grande la tienes, ay qué grande, y más que excitarme a mí lo que hace es excitarse con sus propias palabras. Follamos largamente, felices y culpables, y había trenes de sangre pasando por su cuerpo.

Aquel gran hotel de la Castellana, las enormes lunas que reflejaban la ciudad como una ciudad de edificios deshojados. Las inmensas letras del hotel, oro puro, del tamaño de un hombre cada una. La C era como un hombre agachado y la L como un hombre caminando. El portero de la chistera azul claro era un individuo alto, joven, serio, guapo. No hay que fiarse de los hombres guapos: suelen ser policías.

Internet, las primeras veces, se quedaba por los alrededores del hotel, viendo entrar y salir los coches, esperándome. Por fin conseguí que me esperase dentro, en uno de aquellos vestíbulos en laberinto, sentada en una silla japonesa escandalosamente imitada. Las de la pelvis rota —recuerdo del esquí invernal— se reunían allí todas las tardes para jugar a algo o hacer marujeo de oro.

Internet evitaba consumir nada, como siempre, por temor a que yo no llegase, por temor al precio. Me había llamado por la mañana, desde el recreo, y habíamos quedado como otras veces. Allí estaba cuando llegué, del recreo del barrio al gran hotel, con la cara seria y el corazón como un jilguero descompuesto en palpitaciones. Subimos por cualquier ascensor. No le gustaba a ella aquel mundo extraño, capitalista.

El portero guapo nos espiaba en todos los espejos. No le dije a Internet que era un policía para no asustarla. En el ascensor, ella me cogía las manos con sus manos siempre invernales y niñas. Recuerdo que se metió en seguida en el baño, a desnudarse. Cruzó la habitación en carrera corta y desnuda, como una ninfa en un tapiz. De hecho dejó tras ella una estela de tapices que repetían la misma ninfa asustada.

Cuando entré yo al baño, la ropa de Internet estaba en el suelo, en un humilde montón. Me pareció reconocer un carnet de identidad que salía en pico del bolsillo del vaquero. Me incliné y tiré un poco para mirar la edad. Dieciocho años. Esta señorita me está vendiendo su infancia, pensé. Pero qué alivio, no era una menor, aunque a efectos de catástrofe hubiera sido igual.

—¿No tenemos preservativos?

—No, no tenemos preservativos.

Se volvió de espaldas, de rodillas en la cama, la cabeza hundida en la almohada, el culo en alto, y, con las manos hacia atrás, se estiraba el ano para ofrecérmelo como solución, pero me molestó, de pronto, el gesto de sumisión. Era como una mona poniendo el culo. Por cosas así pierde el lirismo una muchacha. Naturalmente, entré por allí, absolutamente viagramado, hendiendo, doliendo, sangrando quizá, pero el jadeo de su boca amordazada por la almohada era un cruce de llantos y gritos sexuales, entusiastas. Así nos lo hicimos alegremente, sórdidamente, y disfruté el paisaje de sus nalgas vírgenes.

Mi falo, en aquel estrecho reducto, era enorme, rompía proporciones, y no brutalicé más a la señorita (de niña nada) por miedo de rasgón grave, pero el semen fue pasando como una catarata por una garganta estrecha. Internet estaba colmando, sin duda, todos sus sucios sueños adolescentes, y yo allí, jugando a las mamás con una colegiala. Internet culebreaba como una serpiente corrupta, hasta que fue descendiendo a los niveles dulces del sosiego.

Y sonó el teléfono. Estuvimos paralizados un momento en aquella actitud de *Kamasutra*. Los pechos de Internet colgaban como los de una cabra joven, extática y poseída. El teléfono seguía sonando. Las tetas de Internet colgaban como las de una niña mala, viciosilla, verriondilla, palpitante.

Saqué la cosa ensangrentada, un pollastrón de sangre y semen, una interjección ereccional, y me fui desnudo al teléfono. Como ya me temía, era el hombre guapo. Y no digo el policía guapo porque eso sería un pleonasma y uno cuida mucho la sintaxis en la cama.

—Hay dos policías que desean subir a verle, señor.

—Hijo de puta.

—¿Cómo dice el señor?

—No, nada, que suban.

En el teléfono habían quedado mis manos, estampadas en sangre, y la niña Internet, que era intuitiva, corrió a encerrarse en el baño.

Uno de los policías era jovencito y se limitaba a tomar notas todo el rato. El otro era como cincuentón, ni alto ni bajo, de cara correcta, entre jesuíta e intelectual francés, peinadito para un lado, como Malraux y esos. Lo miraba todo con dulce astucia y se empeñaba en complicar las cosas, que eran tan sencillas.

—Hemos tenido confidencias...

—Sí, el chulo de abajo.

—Por favor, no hable así.

Ellos estaban sentados y yo de pie, dando paseos por la habitación, vestido con el pantalón y la camisa, y en calcetines negros Punto Blanco, o de canalé, ya no recuerdo, a lo mejor es la misma cosa.

—Usted tiene aquí raptada a una menor.

Aquel policía quería hacer de todo una película. El flequillo le caía a un lado de la frente y se lo subía cada cinco minutos. También tenía un bolígrafo en la mano, pero apenas lo usaba. Aquella mano del bolígrafo la movía con blandura, con gracia clerical, como echando bendiciones a todos los muebles pecadores y costosos de la habitación.

—Ni está raptada ni es una menor.

—A ver, que salga.

—No quiere.

—¡Salga en nombre de la ley!

Internet, en el baño, hacía mucho ruido de agua. Pensé que sin duda se estaba lavando la sangre del culo. El policía miró al joven como para ordenarle que entrase en acción y trajera a la chica, pero al fin no dijo nada.

—Parece que a usted le han identificado...

—Sí, soy periodista.

—Pero la niña no está registrada en el hotel.

—Podría estarlo. La factura es la misma.

—Mientras la señorita se digna salir, cuéntenos algo de ella.

—Es rubia, tiene dieciocho años, estudia en un instituto de, bueno, no sé si es Fuencarral o Moratalaz.

—Es Manoteras.

—Sabe usted más que yo.

—¿Cuánto tiempo hace que... se ven?

Ahora no sonaba el agua en el baño. Internet debía de estar vistiéndose. O nos miraba por el ojo de alguna cerradura.

—No sé. Unos meses, supongo, pero muy de tarde en tarde. Somos dos ciudadanos libres y mayores de edad. Yo no tengo la culpa de que el cabrón de abajo quiera ganarse su sueldo de confidente.

—Si sigue hablando así, puede comprometer a la chica. Supongo que no le conviene por ella.

Se abrió la puerta del baño y la niña Internet, desnuda y con el carnet de identidad entre los dientes, caminó hacia el policía. Éste la miró un momento con rubor. El joven dejó las notas y la miraba entre feliz y asustado.

—Deme ese carnet, por favor.

Lo dejó caer sobre el regazo del policía, me miró con una sonrisa y sus nalgas breves y vivas se alejaban otra vez hacia el baño.

—Vístase, por favor —dijo el guardia innecesariamente.

Pero la aparición de Internet desnuda, que a mí mismo me había sorprendido, cortó definitivamente aquel plano policial de serie mala.

—Trabaja en Internet, ¿no?

—Que yo sepa, no. Se *llama* Internet.

—Aquí pone otra cosa. Y nadie se llama Internet. Ninguna mujer.

—Supongo que hay ya una Santa María de Internet. La Iglesia va muy de prisa.

Los dos de la pasma se fueron y acabé de vestirme. Internet salió del baño, ya vestida, recogió su carnet, que el policía había dejado sobre una mesita, y nos fuimos.

—Has rondado tanto por el hotel que el guapo de abajo te tenía fichada.

—Que le folien.

Y, ya en la calle, me despidió con su fórmula de siempre y un beso.

—Cuídate mucho.

—¡Hola, cómo estás!

Era Internet al teléfono. Detrás de su voz clara cantaba mal un árbol entero de gorriones matinales.

—¿Puedes esta tarde, chico?

—Sí.

—A las cinco en el Retiro.

—¿En el Retiro? ¿Es que crees que yo voy a bajarme los pantalones en el Retiro?

—Es que hoy no va a haber ñaca ñaca —dijo cambiando la voz—. ¿Te importa?

—No.

—A las cinco en la puerta grande.

Todas son grandes. Vete a saber lo que ha querido decir. El Retiro de antes, el Retiro de la dictadura, era una desigual soledad envejecida, un parque de prohibiciones, un vacío de niños, niñeras y parejas enamoradas, municipales y discretas. El Retiro de antes era el desierto de los tártaros con cisnes aburridos y verjas hostiles como lanzas. Ahora, en el Retiro, hay figuras del tarot que se pasean, amantes en la hierba, payasos que han perdido al otro payaso, guardias que miran para otro lado, música y músicos, juventud sin egolatría y varias generaciones de hippies, cuando yo creía que ya no quedaban hippies.

Entré por la puerta de Alcalá. Allí estaba Internet, con minishort y larguísima melena sin color, sentada junto a un banco, pero en el suelo. Incluso los bancos debían de parecerle una trampa del sistema. De todos los sistemas. Prefería la tierra. Sus piernas desnudas eran un esbozo de perfección, una gracia esbelta, una llamada urgente de la juventud al viejo fauno que vive en las cuevas civiles del Retiro. Pero la niña me había dicho por la mañana que nada de ñaca ñaca, por hoy.

Me senté en el banco, que era de toda la vida, vieja madera pintada de verde, esa genial ondulación de unas tablas tiesas. No dije nada.

—¿Cogemos una barca? —dijo ella al fin.

No estaba dispuesto a sorprenderme por nada. Una barca. Alguna vez le he contado a esta chica que yo sé remar bien, que de joven remaba mucho. El estanque estaba lleno de gente, de barcas, de globos, de olas. El estanque era un viernes de julios y de bateleros. El olor del agua, de la madera mojada, de la multitud, me llenó como la memoria involuntaria. Pero ya va desconfiando uno hasta de la memoria involuntaria, amado Marcel.

Puse los remos en los estrobos y me alejé del embarcadero. Internet había pasado por encima de mí con sus piernas pálidas y adorables, y fue a sentarse al otro extremo de la barca. Pensé, mientras remaba, que se han muerto todos los barquilleros bizarros y todos los fotógrafos de ocasión y manguito.

Los barquilleros eran todos como mutilados de la guerra de Cuba, a quienes el Estado había dado una barquillera como a las viudas de guerra les daba un estanco. Sin las guerras coloniales los españoles no habríamos fumado tanto, y habríamos comido algo más de barquillos. Éste es un pueblo que lleva desde después de Felipe II aguantando a base de barquillos, que viene de barquitos, de barco, porque los barquillos flotan en el agua, aunque se deshacen en seguida.

Los fotógrafos tenían un alma de magnesio, bebían ginebra a chupitos, eran como caballos del hipódromo ya viejos y con cara, efectivamente, de caballo. Fotógrafos y barquilleros fueron la generación del 98 del Retiro. Como nunca salían del Retiro, parque inmenso, no se hicieron famosos, como los otros. Internet, enfrente de mí, gravemente grave, se hacía un porro de papel de plata para fumar opio, que es lo que fuma ahora esta generación. El opio es más barato, más higiénico y más esnob que el pico. Quiero decir el porro de opio y plata. Aquello le iba pasando al alma, al cerebro, a la nariz, no creo que a la sangre, y la chica se distendió en la barca, sacando una pierna por estribor para meter un pie en el agua (invisibles sandalias transparentes).

—Remas muy bien.

—Leches.

Acabamos embarrancando en un rincón del estanque. El enorme y retórico monumento a Alfonso XII se iba hundiendo en las aguas, con sus caballos y sus sirenas de geográfica grupa, a medida que la tarde le retiraba sus alas de luz.

—Nada, que estoy de torti con una compi, o sea Lola, una morena que me gusta mucho, un poco lesbi, ya sabes.

—¿Y va bien el ñaca ñaca?

Internet se había sentado en el fondo de la barca, con las piernas a lo moro, se hacía otro porro de plata y opio, y me miró con ironía y distancia, como diciendo «tú qué sabrás de eso». Pero no dijo nada.

Yo no sabía de safismo, evidentemente, pero me atreví a preguntar:

—¿Y eso se interfiere en lo nuestro, o a la inversa?

—Siempre tan redicho. No te preocupes, que nos pegaremos un polvo de vez en cuando.

Internet estaba bella, misteriosa, envuelta en humo y luz. Ya no me miraba, sino que en sus ojos había un sueño de opio o de mujeres desnudas. Yo le miraba los pies descalzos y mojados, unos pies finos, bellos, unos aristocráticos pies de mujer del pueblo.

—Pero no somos felices.

—¿No?

Su frase, casi melodramática, me había devuelto a mí la ironía.

—Lo sabe todo el mundo. En el instituto nos persiguen. Y en casa y en las pandillas y en todas partes. ¿Es que no tenemos derecho a querernos? Dicen que hay libertad para estas cosas. Yo creo que con Felipe todo iba mejor. Estos de ahora no entienden nada. ¿Sabes de alguien que venda una pipa?

—¿Te vas a pegar un tiro?

—Nos vamos a matar juntas, en la misma cama, después del amor.

Me llegaba el olor del opio. Dijo Jean Cocteau que de lo que hay que curarse no es del opio, sino de la inteligencia.

—Os matáis por amor —dije todo lo serio que pude.

—No. Porque lo hemos suspendido todo, las dos, y ni siquiera nos queda eso para defendernos. Mi padre, mi pobre padre. Sólo lo siento por mi padre.

No me miraba a mí. Estaba de perfil mirando el crepúsculo y vi en su ojo derecho una lágrima de luz, una lágrima por el opio o por el padre.

—¿Cómo es Lola?

Esta pregunta la animó, y entonces comprendí que realmente estaba enamorada.

—Muy morena y con los ojos muy negros. Tiene el óvalo de la cara perfecto, un poco redondo, y unas tetas... Bueno, qué tetas.

—Lo siento por la pipa. No sé de nadie.

—No te preocupes. Nos tiraremos por el Viaducto. Otras lo han hecho.

—Otras lo han hecho, sí. El verano pasado. Y también por amor.

Tomé los estobos y saqué la barca de aquel rincón. Hacía lo posible por tomarme todo aquello en serio. El rumor de mi lento remar nos acompañaba en nuestro silencio. El estanque estaba ya casi vacío y detuve la barca hacia la mitad. Yo miraba a Internet y ella fumaba. Creo que ninguno de los dos pensábamos en nada. El humo, un humo todavía con sol, sacralizaba la hermosa cabeza de Internet, siempre más bella de perfil. El Retiro olía intensamente a flor nocturna. Había amantes dormidos en el green.

—¿Cuándo te vas a venir por casa a vernos? Quiero que conozcas a Lola.

No era sólo buena educación, lo suyo. Me alivió saber que realmente quería integrarme en un trío. Me alegró y me asustó, claro. Vivían por las Vistillas, muy cerca del Viaducto, y esa cercanía me alarmó, pues hacía más real su amenaza de suicidio.

—De lo que hay que curarse no es del opio, amor.

—¿No?

—De lo que hay que curarse es de la inteligencia.

—No sé quién diría esa chorrada, pero te va mejor a ti. Estás podrido de inteligencia.

—¿De verdad me invitas?

Se puso en pie en la barca, se dobló sobre mí y me besó en la boca.

—De verdad.

No quise preguntarme si la amaba. Remé con energía hasta el embarcadero. Las figuras del tarot se paseaban lentas por el Retiro e iban hundiéndose en la sombra.

Lola era muy blanca, con el pelo muy negro y los ojos excesivos e inteligentes. Lola no era alta, pero anunciaba unos hermosos pechos y se me presentó con una dulzura todavía adolescente. Después de lo que me había contado Internet en el Retiro, aún dudaba yo del amor de aquellas dos muchachas, pero precisamente para eso había ido a la casa (Vistillas), para comprobarlo todo e integrarme en su amistad como parece que pretendían. El barrio era muy madrileño y el piso antiguo y barato, pero ellas lo habían puesto con gracia, mediante una abundancia de pequeños adornos, chamarilerías, artesanías de un primitivismo ya excesivo, desprestigiado por la moda, fotos más esteticistas que pornográficas, de chicos y chicas desnudos, la nota años veinte, la nota felices sesenta y la nota de los noventa, que era un repertorio de grímpolas y gallardetes de reivindicaciones gays y lésbicas. Estaban en aquella casa como dos amigas bien avenidas o como dos hermanas solteras de las de antes. Por uno de los balcones se veía el Viaducto, siempre vertiginoso y cada día menos castizo.

—¿Un porro?

—No, gracias.

Se hacían sus porros de opio y papel de plata. Sin duda, Lola había iniciado a Internet en aquello. Y en tantas cosas. En algún momento, Internet se fue a su enganche a la habitación de al lado y Lola se estuvo cambiando de ropa delante de mí hasta quedarse desnuda.

Era joven, hermosa y breve, pero sin duda tenía dos o tres años más que Internet. Se puso una camiseta hasta los muslos, con eslóganes lésbicos por detrás y por delante, y así andaba por la casa. Luego volvimos a reunirnos los tres y, tirados en el suelo, entre almohadones, yo me tomé mi pepsi y ellas fumaron opio. Por los balcones abiertos —balcones madrileños de colgar un mantón o una colcha— entraba la brisa viva de la tarde en aquellas almenas domésticas del castillo famoso, o sea, Madrid. Un perro feo y menudo mordía los almohadones. Lola me leyó sus versos, intelectuales como los de José Ángel Valente, y mi amor, Internet, leyó su último editorial sobre el juicio a Videla, más o menos plagiado de su perdurable y lúcido Javier Pradera. A mí lo del general Videla me pareció un rollo, pero las dos muchachas habían empezado a moverse en un clima sonámbulo, de pronto, y comprendí que el opio hacía su trabajo. No me habían explicado el ritual ni yo pregunté nada. Internet, con una camiseta cortísima donde se veía a Michael Jackson y al Pato Donald, paseaba su braga pálida y sus piernas que yo seguía amando. Me pasaron a la habitación de al lado, donde habían cerrado balcones y ventanas, creando una oscuridad que se ilustraba de velas un poco funerarias. De pronto fue de noche.

En el centro de la habitación había una cama, rodeada de velas, y en ella se tendió Lola desnuda, como para morir. Olía a opio y a coño. Internet me fue desnudando despacio y yo, una vez desnudo, volví a ser el hombre/Viagra dispuesto a todo. Lola parecía cataléptica y yo hubiera jurado que la tarde azul había huido. «Batallones de días azules», había escrito Apollinaire.

¿Por qué recuerdo ahora esto? Porque enfrente hay un cuartel y el metal se torna clarín. Batallones de días azules se hundían en la noche mientras Internet, arrodillada junto a mí, también desnuda, me lubricaba el pene con suaves guantes de crema. Ahora Lola estaba boca abajo —¿cuándo se había dado la vuelta?— y me mostraba su grupa blanquísima. Rimbaud rechazó la grupa grandiosa de Afrodita Anadiomenes porque la diosa tenía una llaga en el ano. Yo no hubiera rechazado las nalgas de Lola, como nalgas de novicia, pero ella estaba otra vez cataléptica y boca arriba. Éstas me han metido algo en la pepsi, pensé. Internet me había ido informando. Se trataba de

que Lola conociese hombre —era virgen—, o más bien de someterla a la prueba del macho para contrastar su lesbianismo. Me habían elegido a mí. Internet se sentó encima de una consola a fumarse otro porro y Lola me abrió sus piernas sólo lo imprescindible para entrar con dificultad. Pero lo hice con gusto porque aquel cuerpo era hermoso, joven, y porque yo estaba ya muy viagramado. Una vez que me tuvo dentro, Lola no abrió las piernas ni los ojos. Era como follar con una muerta reciente. Claro que todo esto resultaba estimulante para mi erección viagramática. Hubiera sido estimulante de todos modos, como beneficiarse a una momia adolescente y pompeyana. Una de dos: o Lola hacía esfuerzos de santa por no disfrutar de la violación o los hacía para contener la repugnancia que le producía aquella tosquedad intrusa de mi alegre pene.

En cualquier caso, tenía los ojos cerrados como en un sueño, hasta que de pronto los tenía abiertos, cristalinos y fijos en el techo. Aquello sí que me asustó. Prolongué la situación hasta que se me acabaron las ganas y luego eyaculé libre, abundante y cálido en la vagina frígida de Lola, que se levantó a lavarse. Me volví hacia Internet para comentar el extraño caso, pero Internet no estaba. La descubrí enredando en su Internet y la dejé en paz.

—Estoy enganchada con un náufrago de Oregón que me cuenta su vida.

Luego me explicó lo nuestro:

—Lola necesitaba pasar por esta prueba para salir de dudas. ¿Es sáfica o no lo es? A mí me parece que sí. Con una penetración como la tuya levantas a una muerta. Ella ha reaccionado con rechazo. Está salvada, es sáfica total. Nunca más probará con un tío. Y yo quizá la envidio, porque eso es más puro, aunque por mi parte me parece que seguiré promiseando.

Y me apretó cariñosamente el paquete, como solía, para darme a entender su bisexualidad.

Las velas seguían encendidas y la chica las fue apagando con soplidos. Luego abrió todas las ventanas, cerró la cama y se diría que allí no había pasado nada. Creo que alcancé un momento a ver la sangre de Lola en la sábana.

Las invité a cenar en las Vistillas, en una terraza que parecía una gran boda familiar. Sangría, tortilla, chuletas, mucho pan. La gente cantaba y hablaba muy alto. La noche alta de julio se profundizaba en el Viaducto. Era la plenitud del mundo volcada sobre un barrio madrileño. Lola estuvo simpática y habladora conmigo, como si no se hubiera enterado de su experiencia cataléptica, digamos. Quizá me agradecía que le hubiese quitado el virgo para poder recibir libremente todas esas cosas que las lesbianas se meten por la vagina, desde la jabonera hasta una mano con un guante de fregar.

Como decía un maestro de periodistas, «lo único que importa es correrse».

Hoy estoy de acuerdo con él, aunque casi toda mi vida he profesado la fe secretamente romántica del culto sentimental al amor, el sacerdocio de la mujer y todo eso. Pero la verdad antigua y brusca de la vida es que después de una gran eyaculación la cabeza se aclara, el cuerpo se rejuvenece y la vida se ensancha. Traté de inculcar esta verdad en mis amigas, pero ellas estaban viviendo un romance muy sentido; no habían llegado a la edad de abolir los romances y devolver su primacía al cuerpo. «Los cuerpos son honrados», dijo Max Frisch. Y yo amaba la honradez de mi cuerpo.

También tenía la lejana esperanza de que ellas me invitasen un día a una fiesta sexual a tres. Las amaba igualmente y mi rombo azul se sentía transgresor.

—Tú no crees en el amor, Jonás, no has creído nunca. Sólo te importa follar.

—Yo creo en el amor después del polvo. El amor es esa paz y esa dulzura que viene después de correrse. De pronto te das cuenta de que tienes un ángel al lado. Un ángel dormido y con el coño en llamas.

—No hagas literatura.

—El amor es literatura. El amor es un género literario, dijo Ortega, a quien Lola habrá

leído.

Lola se encogió de hombros.

—Aquel señor era un machista, como todos los antiguos.

—¿Y no será que surge en vosotras la envidia del pene, aunque esto sea un tópico que me avergüenza?

Y me puse más sangría para disimular, porque acababa de meter un pie, y bien tontamente. Del fondo de Madrid subía un infierno recalentado y feliz con sus menestrales, sus tomadores de la fresca, sus castizos en camiseta y toda esa humanidad entre Goya y Arniches que han visto pasar la historia de España desde su balcón con geranios.

—El pene es un instrumento rudimentario. Una mujer se lo hace mucho mejor a otra mujer. Entre mujeres puede decirse que follamos. Los hombres cortáis leña dentro del coño. Un desastre.

Internet reía de la frase de Lola y se besaron en la boca con besos de romanticismo, vicio y sangría.

A media mañana llegó la noticia al periódico. Dos muchachas se habían suicidado tirándose abrazadas desde el Viaducto. Poco tiempo antes había ocurrido algo semejante en Segovia, cuando una pareja de drogadictos, chico y chica, se tiraron desde el Acueducto, tras darse un abrazo en lo alto. Ella fue primero. Él estuvo unos momentos mirando el cuerpo aplastado de la chica, allá abajo, y en seguida se lanzó al vacío. Todo esto lo recordaba yo mientras volaba en un taxi hacia el Viaducto, porque la información traía los nombres exactos de las chicas, y más datos. Eran ellas.

Recuerdo que el verano anterior ocurrió algo muy parecido. Los suicidios influyen unos en otros, como los crímenes, eso ya es sabido. Fracaso escolar, vacío y soledad ante los mayores, los profesores, la familia, los compañeros, las pandillas, por su peculiar amor: lesbianismo. La tragedia potenciada por alguna droga, engrandecida, incluso la cercanía del Viaducto, como móvil municipal (y sonreí un momento), los pequeños y grandes motivos, en fin, habían llevado a mis amigas, a mi amada Internet, hasta su final duro y absurdo.

En la calle de Segovia había, bajo el Viaducto, un mogollón de gente, coches, ambulancias, guardias. Miré hacia arriba, la gran bóveda, y me dije que los suicidas del Viaducto reciben honores de catedral por haber muerto allí, bajo aquella mística racional madrileña.

Pero ya estaba yo arrodillado junto a Internet, que me mostraba su perfil izquierdo, como en la cama, velado por el oro pálido de la melena. La tremenda caída parecía no haberla afectado, como si hubiese llegado hasta allí en un vuelo. Dormida. Estaba dormida. Sólo un tampón de lacre en su frente clara, en su sien pura, aludía a las aduanas de la muerte. A mi espalda había un bulto que era Lola. Cogí una mano de Internet y se la besé. Tu adolescente sangre azul Viagra. Era un verso de un poema que le había escrito a mi niña alguna vez. Un arcángel azul color Viagra. Otro verso. Ah los tiempos remotos e inmediatos en que Viagra nos iba a hacer felices y azules hasta el infinito. Pero la adolescencia es fugaz y hay muchas especies que no la pasan.

Por ejemplo, la especie COU.

NAZARETH

Era una carta azul —azul Viagra—, un sobre alargado, fino, femenino, y la letra en que estaba escrito mi nombre, «Jonás», me resultaba remotamente familiar. Aparté la correspondencia habitual, las invitaciones a cócteles y subastas, para abrir aquel sobre con cuidado. El papel, uno solo, también era azul, y la letra como de segunda enseñanza. Miré la firma: Nazareth. Por supuesto que me acordaba de quién era Nazareth, con ese nombre, pero no sólo por el nombre. El sello de correos era una edición nueva que trae a Félix Rodríguez de la Fuente. A Félix y a mí nos unía el amor por los animales y el amor por Nazareth, sospecho que más correspondido para él que para mí. Los tontos dan mucha importancia a estas casualidades —la metafísica de los tontos es la casualidad—, pero yo fui directamente a leer la carta. Hoy, Félix está muerto (por eso le hacen sellos) y Nazareth está como muerta para mí, o algo peor. Pero luego contaré la historia. Veamos la carta:

«Querido Jonás, amor: te sorprenderá recibir carta mía, pero la verdad es que tú tampoco te acuerdas mucho de mí. Sabes de sobra dónde estoy, pero no sabes que vuelvo a la vida, creo, que estoy volviendo gracias a un milagro (no creo en los milagros). Por eso me siento con fuerzas para escribirte esta carta y para pedirte que vengas a verme, sí, a verme, porque algo, algo bueno, está pasando. Aunque ha pasado el tiempo y ahora eres muy importante, aunque pienses que estoy como muerta, peor que muerta, o no pienses nada, te aseguro que no te haría venir si no estuviese segura de que te va a interesar... y de que no te desagradará de todo volverme a ver. Aquí también se cumplen años, pero estoy guapa porque me cuido mucho la cara, que es lo único que me queda por cuidar. Bueno, creo que no lo único. No quiero que me contestes con una carta de cumplido (tú sabes hacerlas muy bien), sino que me llames para decirme qué día vienes. No tengo prisa, ya sabes, aquí no hay prisa, pero, bien pensado, sí tengo prisa. Ven pronto, amor, y perdona por todo. Un beso, Nazareth.»

En el remite, el hospital que ya me sabía, la provincia de Ávila, todo eso. N. debía de llevar allí como diez años o más. N., cuando entonces, tenía unos veinticinco. ¿Cuánto puede envejecer en diez años una parapléjica? Porque N. se había quedado parapléjica en un accidente de *kart* —corría todos los domingos— del que sólo salvó la cara. N., por entonces, era la primera modelo de Madrid y llevaba camino de ser la primera de España, yo qué sé. Creo que estuve enamorado de ella, antes o después que Félix, o al menos enamorado de esa hache final de su nombre, que le daba una poesía evangélica a una criatura poco o nada evangélica. Fue un amor de cafés literarios, todavía, y apartamentos lóbregos. Escribí y publiqué algún cuento sobre ella. A los críticos les gustaban mucho. «Tú tienes pluma de cuentista», me dijo Francisco Ynduráin, maestro. Y Ricardo Gullón.

Algunos domingos fui a verla en eso del *kart* y hasta le saqué fotos para mi revista, pero siempre temí por aquella criatura que era frágil, rompediza, exquisita toda la semana, y los domingos se convertía en un marciano embalsamado y celérico que a veces me saludaba con la mano al pasar con su relámpago cabalgado. El hostiazo fue monumental, el *kart*, en una curva, voló como una astilla de la velocidad, el cuerpo de mi amado marciano caía desde el cielo como el muñeco de Michelin, acudían ambulancias y fotógrafos, sólo pude ver de lejos su hermoso rostro con bofetada de sangre. El domingo había explotado como un globo, los *kart* seguían pasando, o no sé, la cara no la tiene mal, me decía yo, la cara no la tiene mal, esa sangre es de otro sitio, quizá de una mano. Hubiera sido incapaz de buscar la foto del desastre.

Tampoco me metí con ella en la ambulancia. De pronto habían pasado muchas horas, la cara parece que no la tiene mal, el domingo era ya un rastro sucio y deslumbrante de soles, velocidades, tragedia y un beso de sangre en algún sitio. Las familias volvían a casa en sus utilitarios.

—La cara parece que no la tiene mal —fue lo primero que le dije a Félix cuando me citó

en El Bodegón para almorzar y que le contase. La tragedia de N. nos unía ahora más que el amor rival por N. Félix hablaba con su voz ronca y buena, yo recordaba Bourbon Street, el jazz, telas escocesas, negros, un clarinete en la noche, ¿réquiem negro por nosotros?

A los pocos días de recibir la carta de N. cogí un taxi a la puerta del Palace y me fui a Ávila buscando el pueblo y el sanatorio de mi viejo amor. No la llamé antes por teléfono, como me pedía, pues ella me había sorprendido con su carta y ahora me correspondía sorprenderla yo. «Mover ficha», como dicen los gilipollas de los políticos. Era junio en el cielo y el taxista hablaba de fútbol. Habíamos ajustado el precio por el camino. Me gustó salir a la sierra, que se resolvía en el vuelo de una águila y las dimensiones del sol. Y bajar luego hacia Castilla la Vieja, mi vieja tierra de guerras y de muertos familiares. Era como salvarse de la actualidad siniestra de Madrid en un viaje al pasado con apariencia, sólo apariencia, de geografía. Pero geografía es amor, como dijo mi amigo el poeta. Habíamos salido después del almuerzo y llegamos al pueblo justo a la hora de las visitas en el hospital. El calor de un julio que se veía venir por los cielos estaba filtrado de brisas de la sierra, y el frío industrial de la clínica me gustó mucho, aunque venía lleno de enfermedades como banderas polvorientas y no muy visibles. Le dije al taxista —Juan y futbolero— que se fuese a beber algo. Pregunté por Nazareth mirando el apellido en el remite y abrí la puerta de su cuarto suavemente. Estaba sentada en la cama leyendo revistas del corazón. Primero la miré de lejos, bella en la claridad indirecta del ventanal. Al lado de la cama la silla de ruedas.

—Jonás.

—Nazareth.

Tenía sobre sí las plurales máscaras de la edad y la enfermedad, de la soledad y el sosiego. Extendía los brazos hacia mí y cogí entre los míos su cuerpo inexistente, adorable, que siempre había sido poca cosa, pero ahora no era nada. Y de pronto su perfume de siempre —yo diría que ya un perfume pasado de moda, con algo de juvenil y algo de antes de la guerra—, que me inundó la memoria. Un espejito se había caído al suelo.

—Pero no se ha roto —dijo ella.

¿Cómo podía yo haber amado a una mujer que dependía de la fortuna de los espejos?

—Eres malvado. No me has avisado de tu venida.

—Tampoco tú me avisaste de tu carta. Estás muy hermosa.

Y lo estaba. Nazareth, con su perfil de caballo griego y su voz de catarro y calumnia. Genialmente vulgar. Vi mis años en los suyos. Quedamos con las manos cogidas e inspeccionándonos a distancia. Quizá se había arreglado intuyendo mi llegada. Quizá se arreglaba así todas las tardes y luego leía revistas para estar al día, ella, la pobre, que ya no tenía día, actualidad, ni siquiera pasado. Recordé lo que le recordaba siempre, sin que me entendiera.

—Tienes cabeza de caballo griego y un caballo es un cisne con ojos locos. Es de un poeta francés.

—Sí, me lo decías siempre. Pero nunca lo he entendido. Qué tiene que ver un cisne con un caballo.

—Me encanta que sigas sin entenderlo.

Entró una enfermera y ni siquiera me volví para mirarla. Se fue la enfermera. Me senté definitivamente a la orilla de la cama, acariciando levemente los delgados brazos de N., el dibujo genial y difícil de su rostro. Sí, cuello y cabeza de cisne, ojos locos de caballo. Cocteau la había retratado sin conocerla. Había como un polvillo de tiempo flotando entre los dos. Eso es lo que nos envejecía. Por lo demás era la misma. La tarde bronca de Castilla se suavizaba en sus ojos oscuros. Me contó la historia.

—Pues resulta que hay una droga...

—Algo he leído en el periódico. ¿Viagra?

—No sé. Algo así. Pero me da vergüenza decírtelo. Además, seguro que ya lo sabes. Tú eres periodista. Qué tonta he sido al escribirte.

—¿Están probando aquí con eso?

Sí, estaban probando con los parapléjicos y funcionaba. No con los tetrapléjicos. Y luego, algún médico audaz había probado con las mujeres, bueno, con alguna mujer.

—Contigo.

Cerró los ojos.

—Sí. Conmigo.

—Y funciona. No tiene por qué no funcionar. Ya sé algo de eso.

N. se había ruborizado. Decidió pasar del rubor a la información. Era muy práctica. Ella no sabía si era correcto lo que en aquel hospital se estaba haciendo, pero hasta había salido en los periódicos. En cuanto a las pruebas femeninas, comprendí que un médico joven y enamorado había probado con ella.

—Bueno, ha sido sólo un experimento.

—El amor es un experimento.

N. me cogió las manos con sus manos calientes y secas, perfumadas y enjoyantes.

—Mi carta era sólo el comienzo de un plan. ¿No te interesa que te lo cuente?

Y me lo contó. Su viagamada y viagamática vuelta a la vida (a la vida sexual, en fin) le había hecho pensar en seguida en mí. El doctor Magnus («se llama Magnus y es como alemán o algo») había marcado noches en ella, pero las marcas, las muescas del pasado todavía duelen dulcemente. De eso iba a vivir yo, de eso iba a vivir nuestro amor. Algo así venía yo imaginando desde un rato atrás, pero el plan de N. era realmente audaz. Nos interrumpieron varias veces con esa asiduidad de los hospitales, que más que caridad es espionaje. Yo, que ni siquiera me había anunciado, debía de despertar gran curiosidad entre las monjas y enfermeras. La merienda, la cena, el termómetro, la visita de otra parapléjica amiga. En corta soledad, besé de nuevo a N., busqué sus pechos inexistentes, hundí mi pómulo en su esternón débil y mío, quedamos para la noche, me iba de allí envuelto en el perfume, los recuerdos y las caricias de N. En un momento determinado, ella abrió una bolsita colgada del cuello y me mostró los azules rombos color de cielo quemado del verano. Me alegró aquello, pero pensé en seguida que era la mujer viagamada por el doctor Magnus —siniestro nombre—, a quien, por otra parte, yo estaba deseando conocer, como se necesita conocer siempre el peligro, el adversario, el antagonista, el enemigo, la verdad, la mentira, el daño y el final.

Ya no recuerdo si mis manos anduvieron acariciando las dormidas —¿dormidas?— piernas de N., sus delgados y largos muslos tan perdidos. Pero necesitaba hacer el amor con aquella pobre parapléjica más que con Miss Universo o con Claudia Schiffer.

A Juan, el taxista, que estaba oyendo los Mundiales por la radio del coche, le expliqué el plan por encima. Dar una vuelta por el pueblo, cenar donde nos recomendasen, que luego me esperase otro par de horas y vuelta a Madrid. Ni siquiera debatió el asunto.

—Con Clemente no hay derecho, jefe, es que no hay derecho, no digo yo que sea mal seleccionador, tiene su historial y todo, joder, pero es que esto de los Mundiales lo está llevando fatal. ¿Vio usted lo que pasó con Nigeria? Bueno, pues ahora va y lo repite con Paraguay. Hasta el presidente Aznar ha salido diciéndole que tiene complejo de superioridad. ¿Es que quiere hundirnos? Yo creo que quiere hundirnos.

Barzoneamos por el pueblo, bebimos agua en todas las fuentes y vino en todos los bares. Encontramos un restaurante de camioneros con terraza, donde nos quedamos a tomar unas cervezas, para luego cenar allí mismo. La gran tarde castellana, con sus desvanes de sol, se mantenía arcaica y bella en aquel pueblo de Ávila. Pasaban rebaños. Los machos cabríos montaban a las ovejas sin Viagra.

Juan el taxista era un hombre templado, de media edad, no era el taxista coñazo, pero los Mundiales le habían vuelto monográfico y Clemente le había sacado la rabia del

cuerpo, aunque él no parecía rabioso. Le dejé que se fuese agotando en su tema mientras bebíamos cerveza. La muralla, el campanario, los olmos de Machado o de otro, los camioneros que iban llegando, camino de Madrid o de Madrid hacia el norte. Las cenas se generalizaron dentro y fuera del establecimiento. En todas las mesas se hablaba de Clemente. Este país necesita un culpable, pensé. Este país necesita un hereje. La ciencia del mundo está resucitando a los muertos, a las muertas, y en España seguimos dándole vueltas en la parrilla al hereje. Había parrillón en mitad de la plaza, con fuerte nube de olores crasos y españoles.

—Mire usted, Juan, a Clemente lo están cocinando a la parrilla.

Pero el taxista no tenía mucho sentido del humor.

—Ése fue san Lorenzo —dijo.

—Aquí es que quemamos a los santos y los hombres de talento.

—Clemente no es un santo. Clemente es un cabrón. Y lo del talento está por ver.

El gazpacho, la tortilla de patata, la carne del parrillón, el vino bruto de Castilla la Vieja, las moscas, «tudescos moscos de los sorbos finos», Quevedo como padre padraastro de España. La noche era una insinuación por las afueras del pueblo. Los cadáveres de la parrilla lucían ya como en una pira hindú. Arriba, en el hospital, empezaba quizá otra orgía de monstruos, de muertos y muertas, de fornicaciones y violencias. No quería perdérmelo, pero faltaba una hora. Mozas y curas paseaban la plaza. El minishort había llegado a Ávila. Pétreas, gráciles, brutales y hermosas piernas de las paseantes. La Viagra empezaba a hacerme su efecto.

A Juan el taxista le incardiné en otro grupo para que siguiera maldiciendo de Clemente. Todos decían que la salvación estaba en Bulgaria, pero yo ignoraba quién pudiera salvarse en Bulgaria y de qué. El restaurante tenía abundancias y sobradurías de mesón. Juan me iba a esperar allí hasta que yo volviese. Tomé el camino hacia la zona alta del pueblo, donde estaba el hospital. El edificio se erguía en la noche de verano lleno de luces y geometrías, con esa alegría triste de las construcciones a las que el arquitecto ha dado, no sé cómo, semblante de enfermedad. Aquello debía de ser una cosa como de los años sesenta. Una gloriosa realización sanitaria del franquismo. Nazareth no tenía ya familia ni parientes y había ido a parar allí, pues la otra alternativa, según me contó, era su pueblo, un pueblo castellano por donde ella, niña, había corrido en burro con las largas y delgadas piernas llegándole casi al suelo. Amé mucho aquella imagen infantil.

N. me había mandado buscar una puertecita pequeña y trasera. Así lo hice, bajo la noche azul Viagra. Una monja vieja y vigilanta me pasó a otra vigilanta que no era monja. En silencio penetramos en una cocina de pueblo, que no parecía del hospital, y luego a un cuarto corto y torcido, con un catre o cama turca, que decíamos antes, donde estaba tendida N., en camisón y sonriente. Me senté a su lado y la besé en la frente. Las dos viejas desaparecieron, desaprobatorias y recompensadas. El soborno mata la ambición, pero no el resentimiento.

Había una bombilla en el techo, envuelta en un pañuelo rojo. Todo como excesivamente preparado. Pensé si N. bajaba allí todas las noches, recibía hombres allí desde que tomaba el rombo azul o desde antes. Celoso como un imbécil hasta la muerte. En un rincón, la silla de ruedas.

N. me acariciaba la cara con una mano, me preguntó qué había hecho.

—Hemos dejado resuelto lo de los Mundiales con el taxista y otros señores. Quedan tomando medidas.

N. rió. Siempre que hago reír a una mujer siento que he dado un paso dentro de ella. Mis manos recorrían el desnudo demediado de N., por sobre el camisón. Luego me puse de costado y valoré los pechos caídos, la gracia del vientre, las piernas de niña, y otra vez el hueso prodigioso de su calavera. N. se subió el camisón hasta la cintura y me mostró su sexo, su vientre, su pubis negro y un poco infantil.

—¿Todavía te gusto?

—Más que antes.

—Mentiroso.

Arranqué el pañuelo rojo y la penetré a oscuras. N., que llevaba más de diez años con su juventud y su sexualidad interrumpidas, se ahogaba en una sucesión de orgasmos que agitaban su postración. Pero dijo con voz profesional:

—No te saques el pantalón del todo, que a lo mejor tienes que salir huyendo.

La calidad edificada de la erección viagramática me tenía hundido en aquella excavación de la momia.

Mi falo era la piqueta del arqueólogo enamorado que está a punto de desenterrar a la esfinge en la esfinge. Los orgasmos de N. eran violentos, malhumorados, diría yo, como los de una pantera. Siempre habían sido así. El perfume de su cuerpo —cuerpo apenas había— era lo que yo abrazaba con urgencia y blasfemia.

Los párpados cerrados y suavísimos de N., su boca larga, que siempre ponía como un mimo en el beso, el cuello delgado, caliente de besar, por el que transcurrían sollozos, raudales, desangramientos, aguas. Fueron orgasmos directos, hermosos, no demasiado obscenos, azulmente culpables. Sólo terminamos la sesión cuando ella me lo pidió. Había vuelto a la vida, pero sus inexistentes músculos no daban para más. No cabíamos los dos en el camastro. Me senté en una banqueta a su lado, subidos ya los pantalones, y cogí sus manos con las mías. N. permanecía dulcemente inerte, con los ojos cerrados y en silencio. Por encima de nosotros, desde hacía un rato, corría un cielo de gritos, alarmas, gañidos, pisadas, urgencia y locura.

—Lo de todas las noches. —Sonrió ella sin abrir los ojos.

La orgía nocturna de los muertos vivientes. Lo que yo me había supuesto. Y volvieron los celos, como una operación a corazón abierto. ¿Se dejaba ella llevar y traer en aquellas orgías todas las noches? No le pregunté nada. Nuestro tabuco olía a sudor e inyección. Las dos viejas musitaban fuera.

Puse a N. en su silla de ruedas y nos encaminamos, por un largo y estrecho pasillo, hacia el ascensor de camillas. En la primera planta, alojados en la oscuridad, vimos, a través de una puerta con redondeles de cristal, una fiesta rara como de insectos al microscopio, seres con un ala rota, con una sola ala, enfermos que iban y venían con torpeza, en geometrías falsas y gritos de crimen.

—Aquí hay orgías todas las noches del año, desde siempre —me dijo N.

—¿Siempre?

—Es deprimente —dijo N. desde el silencio.

Una mujer coja, colgada de una muleta, iba de cama en cama, de polla en polla. Hacía felaciones, fornicaba con el que podía, gritaba con demasiado realismo como para ser una bruja, que son seres de ficción. Imaginé a N. en aquellas bacanales cojeantes y me entró un profundo malestar. Llegué a arrepentirme de haber acudido a la cita de mi vieja amiga. Ahora había gritos de apagar las luces. La autoridad del centro tomaba medidas, tras la licencia no autorizada ni perseguida. A oscuras y en un silencio que todavía daba chispas de grito, empujé la silla de N. llevando a mi amor hacia su cama, que ella me iba indicando. Se encendían y apagaban luces azules. Alguien fornicaba en un nido de enfermedad y rebeldía. Tras un corto pasillo, dejé a N. en su habitación, en su cama.

Nos despedimos con un beso. Parecía obvio que yo volvería, pero para mí mismo no lo tenía tan claro. N. cerró los ojos como para dormirse en un rayo de luna. Era un final de cuento y un gótico malo. ¿Y el doctor Magnus?

Salí del hospital, que parecía vacío, sin que nadie me preguntase nada. La escasa vigilancia también dormía o jugaba a las cartas con un tetrapléjico insomne que llevaba su juego mediante señales de los ojos y la lengua. Bebí profundamente el calderón de agua de la noche, su perfume de monte, paz y lejanía. Juan el taxista estaba dentro de

su coche, con todas las puertas del vehículo abiertas, escuchando la radio nocturna, que decía cosas de los Mundiales.

Volvíamos a Madrid a una velocidad alegre y loca, y la voz de la radio era como una bandera de palabras, una serpentina de tópicos que azotaba en el aire, ondeante, como la victoria de España, ¿qué victoria?

Juan fumaba, oía la radio y aumentaba la velocidad.

—¿Algún pariente enfermo?

—Una vieja tía.

Yo iba pensando en el doctor Magnus. Sin duda se abstenía de aquellas fiestas. Sin duda no permitía a N. participar en ellas. Sin duda... Me aliviaba y me angustiaba saber que mi amiga, mi amor, estaba absolutamente en manos del doctor germánico de nombre ingrato. Tengo que volver un día para hablar con ese hombre, pensé.

Sin el otro no habría habido celos y sin celos yo no habría vuelto. Así somos los caballeros, con y sin Viagra.

Madrid lucía en la noche. Cuando me despedí de Juan, en Callao, la plaza estaba decorada de chaperos y no recuerdo si me tomé una copa en algún sitio. ¿Rompí la carta azul de Nazareth, que llevaba en algún bolsillo, como gesto definitivo para terminar una historia? Miro ahora en aquella chaqueta de verano, tipo Marbella, y la carta sigue ahí, arrugada con las arrugas de la ropa. O sea que la historia sigue, me dije. Veremos. Y me metí en la cama a leer a Norberto Bobbio, que es el filósofo político de actualidad, un hombre que ya ha pactado con el capitalismo, como todos. El Madrid de verano, seda y pecado, era feliz e inexistente como todos los veranos madrileños. Cuando Bobbio se ponía ya muy coñazo con el descubrimiento de la democracia, creo que me quedé dormido.

El taxi iba entrando en la provincia de Ávila. El taxista discutía con la radio, o sea, con el locutor, sobre un tema político, las primarias o así.

—Este locutor es un facha, jefe, se lo digo yo.

Pero yo había escrito de política toda la mañana. No tenía ganas de seguir el rollo. Pronto estuvimos a la vista del hospital. Mandé esperar al tipo, que llevaba el pelo al cero, y di unas vueltas por allí antes de entrar en el edificio. Tenía perfectamente calculada la ventana de Nazareth y descubrí con sorpresa que estaba cerrada. ¿Mi amiga, mi viejo amor, se había muerto, se la habían llevado, qué? Entré en el hospital disimulando mi alarma. La señorita de recepción atendía al público.

—Nazareth está en rehabilitación. No puede verla ahora.

¿Y por eso cerraban la ventana? Hice «hum» como en las novelas. Me acerqué al bar para tomar una coca y pensar un poco mientras tanto. No quería irme de allí sin ver a N. En realidad había ido para hablar con el doctor Magnus, que no me gustaba ni de apellido. Sentado en una banqueta, tomando mi pepsi (no había coca), me tocaron en un hombro. Me volví y era Magnus.

—Nos conocemos, supongo, aunque no sé si...

Me tendió la mano y nos saludamos. Era un tipo alto, con una cabeza alargada, fea, un ojo fijo, un hablar a golpes, muy palabrero, y un exceso de vitalidad en todo él. Tenía el pelo alborotado, lo cual no mejoraba mucho su calva.

—Habrás venido a ver a nuestra amiga Nazareth. No es día ni hora.

—Pero estará en algún sitio.

—Ya le han dicho a usted que en rehabilitación. Nazareth va muy bien y yo estoy satisfecho.

—Y por eso han cerrado ustedes la ventana.

—¿La ventana?

—Sí. Desde fuera se ve.

—Bueno, cosas del servicio, yo qué sé. Veo que es usted un periodista con tendencia al amarillismo. Como su periódico.

—Amarillismo es cerrar la ventana de una enferma que va bien o que no tiene otra cosa que su ventana.

—Espero que venga aquí como amigo y no como periodista.

—Amarillismo es organizar o permitir esas orgías nocturnas de los enfermos...

Bebí a morro y le miré. El ojo fijo no decía nada. El doctor Magnus era altivo, indiferente, nervioso, enérgico, sospechoso. El ojo fijo hacía como si llevase un monóculo.

—No estoy habituado a este tono de conversación, perdone. No sé si podrá usted ver a Nazareth en algún tiempo.

—¿Pero está en el hospital?

Se puso serio sobre su natural seriedad.

—Ni siquiera un periodista tiene derecho a hacerme esas preguntas.

—Han cerrado la ventana porque supongo que ahí ya no vive nadie. ¿Ha muerto o se la han llevado?

—Vuelva a Madrid y llámeme por teléfono el día que desee ver a la enferma. Tendrá que verme primero a mí. Siempre.

—¿Sigue usted experimentando con ella?

—Claro, usted la ha interrogado y la enferma...

Nazareth había pasado de pronto a ser «la enferma», una enferma, una abstracción, nadie. Aquello me sonó como si la hubiesen matado o se les hubiera muerto.

—¿Puedo verla en rehabilitación?

—En ningún sitio. Llámeme otro día.

—Tengo escrito el reportaje de las orgías. Si no me da facilidades, doctor, a lo mejor lo publico.

—El típico chantaje de...

Magnus, cuando me puse de pie, resulta que no era más alto que yo. No estaba tomando nada en el bar. Sin duda le habían avisado de mi llegada. Aquel monóculo natural reflejaba luces hirientes. El tipo me tendía su mano grande. La obvié.

—Sería usted detenido inmediatamente por asalto al hospital. No ha visto nada de eso que se está inventando.

Me fui dándole la espalda. Desde fuera volví a mirar la ventana. Seguía cerrada. De vuelta a Madrid, el taxista seguía discutiendo las primarias con un partidario de Aznar.

—Jodíos fachas, oiga, jodíos fachas.

Una mañana Nazareth me llamó al periódico.

—¿Puedes venir esta tarde donde yo te diga?

Anoté una dirección en La Moraleja. Por la tarde me llevó allí un taxi. En el coche iba yo pensando todo lo que luego me confirmaría N. De un modo u otro, Magnus la había secuestrado.

El chalet era como todos, tirando a mejor. Me pasaron al dormitorio de N., que estaba invadido por el jardín. N. me recibió sentada en la cama, relajada, hermosa, fascinante como una bella muerta. Nos besamos.

—Bueno, explícame —dije sentándome en la cama y cogiéndole una mano: en la otra tenía un cigarrillo. Magnus no le permitía fumar, de modo que esto era un signo de que N. estaba disfrutando una cierta libertad.

—Me sacó de la clínica, me trajo aquí. Dice que está experimentando conmigo.

—¿En el mismo sentido que yo?

—No seas burro.

—¿Por qué no le denunciaste a tiempo? ¿Por qué no me has llamado antes?

—Nos hemos casado.

La miré serio. Me miraba con susto.

—Bueno, y yo qué hago aquí —dije.

—Me ofreció, me impuso el matrimonio para ocuparse absolutamente de mí y de mi

enfermedad.

—¿Y en la clínica?

—Se lo aceptaron todo. Tiene allí mucha autoridad. Ya sé que hablaste con él en el bar. Por entonces yo ya estaba aquí. Vuestra conversación creo que le decidió al matrimonio. Al principio sólo había pensado apropiarse de mí.

—Tu ventana cerrada me dio mucho miedo.

—Lo comprendo. No es culpa mía.

—¿Se propone ganar el Premio Nobel de Ciencia experimentando contigo?

—Pues yo creo que sí.

—Dulce experimento.

Ella me apretó una mano.

—Y ahora está de viaje.

—Sí. Viaja mucho. Lo que quiere decir que puedes venir bastante.

—Ese loco me pega un tiro. Y aparte de dejarte experimentar, ¿qué haces aquí?

—Algunas veces me saca de paseo en la silla, por el jardín. Al final del jardín hay una cloaca. Él se acerca mucho. Yo creo que está pensando en tirarme allí.

—Eso no tiene sentido.

—Sí lo tiene. Si no le dan el Nobel, aunque te rías, si fracasa con sus experimentos, ¿para qué me quiere? Soy su trasto inútil. Me matará por furia.

Sobre la colcha estaban esparcidas las revistas sentimentales de la semana, como siempre. N. fumaba y hablaba con su adorable voz de catarro. Besé el humo de su boca.

—Tengo que sacarte de aquí.

—No puedes. Estamos casados por la Iglesia.

N. apartaba lentamente las ropas azules de la cama. El jardín podía estar lleno de espías o de petirrojos. N. estaba desnuda bajo las ropas. Hicimos un amor viagramado y viagramático. N. respondía muy bien, era una dulzura estar en sus brazos delgados, envuelto en su sexo y su tabaco. Luego me explicó:

—Cuando se va de viaje me deja sin Viagra. Pero yo tengo escondidas unas pastillas.

Se echó mano a un pequeño dije del cuello, donde escondía el rombo azul. Recordé la perla de «Lauro Olmo» en el cuello de Nardo. Es una larga tradición femenina, histórica, ésa de ponerse al cuello los trofeos.

—¿Y qué podemos hacer? —dije, como en las películas.

—Vernos aquí de vez en cuando.

—Nos asesinará juntos. ¿Quieres que te dé una vuelta por el jardín?

Junto a la cama estaba la silla de ruedas.

—No. Alguien nos verá antes o después.

Nazareth, su belleza cansada, sus abrazos de enferma, su perfume, que era el de antaño. Qué difícil me resultaba irme de allí. «Ese loco es capaz de tirarla a la cloaca», me decía en el taxi de vuelta. Pero me sentía extrañamente lejano de aquel melodramático asunto. Julio llenaba el día. Este taxista era silencioso y no ponía la radio. La canción del mundo me pasaba por los oídos. No sabía que sabía que no iba a volver por allí.

Odetta estaba en París metiéndose silicona y yo me había quedado un poco al cuidado del chalet y de la perra, mayormente de la perra, la galga *Loewe*, que ya me había adoptado como padre. Por la colonia empezó a decirse que había fallecido la esposa parapléjica del doctor Magnus. Me enteré mientras me lavaban la cabeza en la peluquería, y todavía con el pelo húmedo salí dando un paseo hacia el chalet de los Magnus. Faltaba como media hora para el entierro. «Este cabrón ha acabado matándola, siempre me lo imaginé.»

Merodeaba yo por las cercanías del chalet, que era de tipo alemán, o más concretamente bávaro, buscando una entrada propicia y clandestina. Es mucho más

fácil colarse en las casas de día que de noche. De noche todos los gatos son pardos, pero sospechosos. De día hay fontaneros, butaneros, repartidores, criados, gente que entra y sale, hermosa gente que hace funcionar un hogar. Además, ya debían de estar todos en el entierro.

Pasando por debajo de una verja, casi aplastado contra el suelo, me fui acercando a la cloaca guiado por el olor no muy grato de la misma. Desde allí no se veía la casa ni los de la casa me veían a mí. En un momento en que una joven criada cruzaba un sendero saqué la chorra y me puse a mear, con lo que la niña miró para otro lado.

Busqué un palo por allí y cuando lo encontré me puse a revolver la cloaca en profundidad, tapándome las narices. Hasta que pesqué una rueda como de bicicleta que identifiqué en seguida como una de las ruedas del cochecito de Nazareth.

—La ha tirado a la cloaca, como era previsible, y ahora andará contando que la pobre se desvió paseando sola por el jardín. Incluso dejará en el aire la sospecha de que se ha suicidado. A ver, una parapléjica... —me dije pensando en voz alta.

Me lavé las manos en una fuente del jardín y me encaminé a la iglesia del barrio, detrás de la cual había un pequeño cementerio de extranjeros, labradores y niños recién nacidos. Un regular grupo de gente, algunos enlutados, oía las palabras del cura:

—Nazareth, de tan hermoso nombre, lleno de resonancias evangélicas, Nazareth, con quien nuestro doctor Magnus se había desposado en un matrimonio espiritual lleno de abnegación por ambas partes...

Los curas con su rollo de siempre. Se han puesto de paisano, pero siguen con una prosa de sotana. Me quedé al final del grupo, mirando la cabeza alta, desigual y bizarra del doctor Magnus. De acuerdo con un fenómeno muy frecuente, Magnus, que estaba en su sitio, en primera fila, se sintió mirado, volvió la cabeza y me vio. Yo le saludé con una inclinación de cabeza y una sonrisa.

Su ojo grande, fijo, loco, me amenazaba, pero fue sólo un momento. Esperé a que terminase todo aquello. Magnus iba dejando un reguero de gente condolidada, mayormente vecinos de La Moraleja, y venía hacia mí.

No me dio la mano, pero nos pusimos a pasear juntos. Íbamos en dirección a no sé dónde.

—Cómo se atreve usted a pisar por aquí, Jonás.

—Venía a visitar a Nazareth. Ya sabe usted que algunas veces lo hacía.

—Aprovechando mis ausencias.

—Aprovechando que ella me llamaba.

—En fin, ella ha muerto y su sufrimiento ha terminado, pero no el mío. No irá usted a escribir ninguna basura sobre todo esto.

—No sé, pero en la cloaca hay una rueda del coche de Nazareth.

—No he querido tocar nada hasta que venga la policía. Pero ya veo que usted lo ha hecho.

—¿Cree usted, Magnus, que Nazareth se ha suicidado?

El sol era hermoso y el viento suave y fresco por los paseos de la urbanización.

—Es la típica idea que se le tenía que ocurrir a usted. ¿Es que los periodistas no piensan en otra cosa?

—Ella tenía miedo de que usted la matase.

Caminábamos despacio, uno junto al otro, sin mirarnos. Magnus iba de luto.

—Eso es una villanía que usted se acaba de inventar.

—Hábleme de la clínica. Del hospital aquel...

—Dejé el hospital.

—Sé que le echaron.

No sabía nada, pero la mentira surtió efecto.

—Llámelo como quiera. Y escriba lo que quiera.

Mis abogados se ocuparán de usted. Esto de la democracia y la justicia es una mierda.

—Y el periodismo —dije.

Magnus parecía dispuesto a no hablar más.

—¿Sabe cuál es mi tesis? Que usted mató a Nazareth.

—Atrévase a escribirlo.

—Ella lo temía, insisto. Pero estaba resignada a todo. Usted no tenía ninguna esperanza de curarla y ya no le atraía sexualmente. Se había convertido para usted en un estorbo. Una parapléjica es un estorbo. Hay que quererla mucho para...

—Como usted.

—Sí. Como yo la quería.

—Han estado ustedes dos burlándose de mí, Jonás.

—Cuidado, doctor, que le va saliendo la verdad. Sé que las autoridades cerraron la clínica. Es una pena, aquellas orgías nocturnas...

Tampoco lo sabía, pero también acerté. Habíamos llegado ante la casa de Magnus. Ahora nos mirábamos de frente. Su ojo loco, más alto que el otro, me miraba con amenaza y desvarío.

—No escriba una palabra de mí. Tengo poder, periodista de mierda. Mucho poder. Voy a acabar con usted.

—Oiga, ¿se ha fijado en que tiene usted un ojo más alto que otro?

ODETTE

Odette conducía su coche rojo, descapotado, coreano, muy echada hacia atrás en el asiento, alargando los largos brazos, estirando las largas piernas. Odette tenía cabeza de gitana fina, cuerpo de modelo, manos grandes y nerviosas (algún marido le había partido la derecha por la mitad, con todos los dedos colgando, por el procedimiento de machacársela con una puerta).

—Y eso no fue nada, peor fue lo otro, pero lo otro ya salió en el *Hola*, a mí es que tendrían que pagarme por las cosas que me pasan, yo no soy de esas que venden exclusivas, o las fabrican, no lo necesito, gracias a Dios, pero tengo más cosas que contar que todos los novelistas juntos, los Planetas esos, y algunas más antiguas que el baúl de la Piquer, pero lo que te iba diciendo, que habíamos quedado para cenar en Puerto Romano y en esto que llega él y reconoce al otro, que venía con una rubia de la tele, esas choricillas, ya sabes, Dios la que se armó, si es que son tal para cual, y todos muy gallitos y muy puestos, y qué voy a hacerle yo, que tengo este cuerpo que marea a los hombres, voy a ver si me corto las tetas para que me dejen en paz...

Corríamos encinares y kilómetros. Odette hablaba y conducía a la deriva y ya no estaba yo muy seguro, a aquellas horas, de si íbamos a almorzar a algún sitio, si volvíamos a Madrid o si aquello era turismo sexual, como lo llaman ahora en los periódicos. Las piernas de Odette, con los movimientos de la conducción, iban quedando cada vez más libres y yo miraba ya descaradamente sus muslos esbeltos, graciosos, aliviados en unas medias negras que hacían juego muy discreto con una falda color nata. El suave ondular de aquellos muslos, en la conducción, llegaba a ser hipnótico, y ella sabía que yo miraba allí esperando más y yo sabía que ella lo sabía y ella...

—... cuando mi marido en Barcelona lo mismo, si es que no la dejan vivir a una, ahí es cuando Joan empezó a querer separarse, a mí no me convenía, claro, ya me dirás, por supuesto que estaba un poco enamorada del futbolista, aquel sueco del Barga, ya sabes, pero una cosa es una cosa y otra cosa es la otra, como lo oyes y en este plan...

Odette, separada de un industrial catalán, Joan algo, que le pasaba mucho dinero, se había vuelto a su Madrid, aspiraba a recobrar un puesto entre la jet madrileña y le pareció que yo, Jonás, periodista, podía ayudarla en eso, dado lo cual me invitaba a almorzar en las afueras o a morirme de calor y de frío dentro de su coche coreano y rojo, porque ahora dentro de los coches es que te mueres al mismo tiempo de calor y de frío, en verano mayormente. Yo sólo conocía a Odette de las revistas vaginales y me gustaba mucho.

—Perdona, Odette, amor, eso que me cuentas es apasionante, pero me gustaría que parásemos en algún sitio para comer algo, aunque sea un lagarto de esos que andan por ahí tomando el sol. Yo sé cazar lagartos. Los cazaba de pequeño, como todos los chicos.

No se llamaba Odette, naturalmente, pero la llamo así en memoria de Proust, de su Odette y de todas las putas con clase de la literatura y de la vida. No se enteró en absoluto de mis palabras, el coche siguió haciendo cuestas por aquellos arenales o pinares y el costado izquierdo de Odette (unos treinta bien llevados) dejaba correr ya la falda o minifalda color nata por encima de un bordecito de puntilla blanca, que era el borde de la braga y me despertaba una lujuria minuciosa, una lujuria de mercería con encargada quedona. O así.

—... Claro que peor fue lo de Cuqui Fierro, para qué te voy a contar lo de Cuqui Fierro, todavía vivía el pobre Alfonso, claro, y en esto que va y dice...

Odette era el *Hola*, un *Hola* atrasado y sin el rigor periodístico y cartesiano del *Hola*, sino un *Hola* incesante que se había vuelto loco, una rotativa excitada, cachonda, parlanchina e incesante. Me bajé los pantalones levantando un poco el culo, que me ardía en el asiento, y apareció mi falo pálido, erecto, musculado, viagramado, con el glande rosa y congestivo al sol vertical de junio/julio. Odette paró el coche en seco y

paró de hablar, que era lo que yo pretendía.

—Perdona, pero a veces hay que sacarlo a respirar.

Odette había escondido su cara entre las manos, como si rezase o llorase. Estuvo así un tiempo. Yo le veía la nuca morena, desnuda, todavía joven. Le di un beso en aquel hueco y quizá se estremeció levemente. Entonces cogí su cuello y lo incliné sobre mi magnífica erección.

—Yo nunca había hecho esto —musitó.

Pero la decisión y el buen oficio de sus labios y su lengua la desmentían y traicionaban. Era como si estuviese bebiendo agua fresca en medio del sol durísimo. Un pájaro carpintero hacía su trabajo encima de mí. Luego se asustó y se escondió. También andaba por allí un herrerillo. Yo estaba distendido, con la cabeza hacia atrás, mirando al cielo, creciendo dentro de la boca de Odette. Aquella mujer iba a más, el sol me quemaba el pecho, el picapinos asistió a toda la felación. He aquí uno de los momentos más hermosos de mi vida, con el carpinterillo trabajando y el silencio del campo llenándose de los mares ruidosos del cielo. La erección me zumbaba en los oídos. Aquello debía de ser ya la santidad.

Después sugerí a Odette que se quitase las bragas y se pusiera sobre mí. Otra vez la exquisita puntilla blanca.

—Yo nunca había hecho esto —volvió a decir Odette, mientras me cabalgaba, pero era esbelta y se movió hábilmente dentro del coche coreano. En seguida comprendí que iba de separada virgen, pero era una de esas mujeres que prefieren trabajar encima del hombre, como todas las experimentadas, y prolongó su culeo sabiamente, mientras el sol le quemaba las desnudas y precisas nalgas de bailarina o de travestí. Fuimos bastante felices.

Odette reposaba su cabeza en mi pecho, yo besaba su pelo, que olía a paja quemada y a Versace. Luego, Odette volvía a la tarea. Comprendí que me gustaba la criatura, aquel *Hola* parlante, y que lo nuestro iba a ser una historia larga. Parece que íbamos terminando. Yo tenía los ojos cerrados, y la cabeza baja para evitar que el sol me quemase las pupilas. Levanté la cabeza y miré a lo alto. El picapinos todavía estaba allí.

O quizá era otro picapinos.

Odette volvió en sí, se sentó en su asiento y se subía las bragas como una niña, ya sin ningún pudor. El pudor femenino dura siglos, pero se rompe en un segundo. Condujo por caminos más razonables, silenciosa, como pensativa, y a veces extendía su brazo derecho para cogerme una mano o apretarme el paquete dulcemente, pero ya no hablaba.

Salimos a un camino vecinal y luego a una carretera. A lo lejos fulguraba una autopista. Los camioneros que, ya en la autopista, pasaban a nuestro lado, pegaban un claxonazo al ver desde arriba —gran perspectiva— los muslos de Odette. Paramos brusca y ladeadamente junto a un mesón o bar de carretera o cosa milagrosa donde había comida. Me puse cegarrita de tortilla, bacalao, legumbres, croquetas, morcilla, huevos duros, vino y luego coñac. Odette, para mi sorpresa, se limitó a pedir un gin-tonic.

De pie en la barra, en un bar casi vacío, entrábamos en ese primer período de las caricias silenciosas, los besos ligeros, las sonrisas, las miradas largas, sin parpadeo, sin significado, que sólo eran un último rastro del deseo satisfecho o el nacimiento en sus ojos oscuros de un deseo nuevo.

Los camioneros andaban alrededor de Odette como moscones en camiseta. A los camioneros, ahora, también les gustan delgadas. Pero en la cabina del camión seguían llevando a las putas del *Interviú*, gordas y tetonas. Me pareció que Odette se entristecía.

—No irás a contar esto —dijo.

—Yo no escribo todo lo que me pasa. Me faltaría papel o me faltaría tema.

Sonrió.

Cuando volvimos a coger el coche y la carretera, con Madrid a la vista, éramos ya dos viejos amantes que se entienden muy bien, sin prisa y sin pausa. El coche coreano iba gustoso a doscientos.

Odette tenía un piso grande e hidalgo por la parte de Almagro. Allí había vivido con su marido catalán y la casa presentaba los estigmas de un divorcio apresurado. Así, había un aparato de radio antiguo encima de un cojín, en visible desequilibrio, un montón de libros arrinconados sobre los que se sostenía la tabla de la plancha, con una colección de planchas, y, en la espaciosa alcoba conyugal, una gran cama de película americana de los cincuenta donde dormía un perro que era un monstruo simpático y muy inteligente, pero con las facciones revueltas y bizqueantes como por Picasso o Bacon.

El piso tenía buena luz y buenas reservas de ginebra, tónica y hasta champán. Por aquellas habitaciones abiertas, en las que parecía adivinarse el rastro reciente, veloz y catastrófico del marido en huida, acostumbraba a pasearse Odette completamente desnuda, con sus grandes pechos altos retumbando en silencio.

Creo que pasé meses, años, hundido en una butaca de despacho (allí no había ningún despacho), mirando a Odette transeúnte y desnuda, su cabeza de filigrana oscura y mal humor, su cuello largo y moreno, sus grandiosas tetas de gitana herida, su vientre algo grueso, su culo corto y sus muslos largos, armónicos, hasta los pies grandes y expresivos de bailarina mulata. Odette bebía, fumaba, llamaba al médico, llamaba a su marido para pedirle dinero, llamaba a su abogado para pedirle dinero, llamaba a una amiga para contarle el *Hola*, que la amiga ya había leído (de otro modo, imposible la conversación), llamaba a las modistas de Babelia para encargarles algo, «mañana paso y me pruebo», hasta que por fin reparaba en mí, se sentaba en mi regazo y luego se ponía de rodillas en el suelo de maderas duras para hacerme una felación.

Hasta que nos íbamos a la cama desnudos y descalzos, pisando *Holas* viejos cuyo cuché se pegaba a las plantas de los pies. Yo había entrado allí para tomar una copa, quizá para echar un polvo, para estar como mucho una hora, y luego tardaba en salir quince días o mes y medio. Odette vivía en una felicidad desordenada pero limpia, en una bohemia de oro, y le gustaba ponerse encima de mí, en la cama, trabajando minuciosamente sus plurales orgasmos, bien enclavijada en mi erección viagramática. Así es como llegué a tenerla enamorada, pero sobre todo porque yo la dejaba libre, suelta, sin preguntas ni celos, respetando su manera de vivir, que realmente no era una manera, pero a ella le servía.

Hay que saber de qué rollo va una chai para seguirle el tema, porque están con la cosa de la emancipación (incluso Odette, que no sabía nada de eso) y dejan a los maridos por preguntones y por faltones. Odette se encontraba a gusto conmigo porque yo era una polla disponible y paciente, incluso beligerante, pero una polla que no hacía preguntas ni ascos.

—¿Pero a ti qué coños es lo que te gusta de mí, tía?

—Tus camisas rosa.

O bien:

—Tu tórax.

Y me acariciaba el tórax de vello canoso.

Odette había aprendido catalán para discutir con su marido de pasta en catalán, de *pesetes*, cuando él llamaba, y luego colgaba de golpe y caía sobre mí acertando siempre sobre el falo viagramado y vigente y vigilante. Llegaba a destrozarse contra aquel falo, que era éste, ponía voz de gata y por fin se derrumbaba sobre mi tórax, ahogándose, jadeante y sudorosa, lamentosa y feliz.

Un día me lo dijo:

—Que Joan se ha enterado de lo nuestro y quiere hablar contigo.

—¿Conmigo? Yo no voy a Barcelona, que a lo mejor me echa a Pujol.
—Vendrá él aquí.
—Esto lo has tramado tú.
—Te prometo que no.
—¿Y qué quiere de mí?
—No sé. A lo mejor te propone que me mates. Ha cogido la fijación de matarme.
—¿De matarte?
—Y habrá pensado que tú puedes ser un buen colaborador. Con la fama que tienes...
—¿Tengo yo fama de matar mujeres?
—Pues algo harás con ellas, porque no sé dónde las metes.
—En mi vida no hay más mujer que tú.
—Cursi.
—Putá.
—Gilipollas.
—¿Está enfadado por lo nuestro?

—Ése no se enfada por nada. Querrá casarnos para dejar de pasarme el chiq. Babelia era una boutique o costurería del barrio de Salamanca. Flores del tamaño de un pavo real, la cretona suntuosa de la lencería, el percal lujoso de los trajes de noche, desnudos y grandes plantas, mujeres y vertiginosos espejos, allí se hacía moda y ropa a la última, allí estábamos Odette y yo —en cierto modo, ella me presentaba en sociedad—, porque mi amor había tenido el capricho de que la acompañase en la aventura.

—Tú sabes de ropa, tienes gusto y hasta pareces un poco marica.

Odette era un medio ser ramoniano con medio cuerpo vestido de noche y el otro medio desnudo. Entrábamos juntos al probador, se apartó aquella especie de faralaes y me fascinó la improvisación. Empecé a ver todos los colores azules y el espejo ilustrado por el culo de Odette. Su pubis era negro, muy negro, de un negro sedoso y bienoliente. Hicimos el amor de pie. Yo me tomaba un rombo diario porque la cosa podía surgir en cualquier momento, dado el temperamento de esta mujer. Follamos contra nosotros mismos en el cristal del espejo, agobiados de ropajes y de forros. Odette crispaba sus manos contra el espejo. Temí que llegase a arrancarlo. Yo la sujetaba por la cintura para que no se me viniese al suelo, criatura desfalleciente, y la penetración fue sucesiva, con paradas en los puntos de interés turístico, y tuve que ponerle a Odette la mano en la voz para tapar sus gemidos. En el silencio subsiguiente, el rumor de la tienda, los diálogos entrecruzados, el perfume espeso y cansino de las mujeres que allí rendían culto a su propio cuerpo, hasta agotarlos en suspiros de sangre y Christian Dior.

Odette se ajustó las tetas, se cogió pinzas al vestido, con los dedos, y salió hablando directamente con la encargada y haciéndole reproches:

—Siempre me tardáis un montón y encima las sisas me tiran.

Yo me deslicé hacia un saloncito con revistas, y en la sonrisa de las empleadas había una complicidad como de ir a decirme «tú eres el nuevo, tú eres el que paga ahora, tú eres el nuevo paganini, te va a costar un potosí esta loca». Pero yo no era de poner un duro en las mujeres, y menos en Odette, que había tenido amantes en los cinco grandes bancos y seguía recibiendo la mensualidad fastuosa de su catalán matrimonial, el que quería que la matásemos.

Hacíamos el amor por la tarde, en el piso, y por la noche íbamos a fiestas, estrenos y cosas. Odette parecía feliz, pero se le había metido en la cabeza matar a su marido.

—¿Pero no era él quien te iba a matar a ti?

—Y yo a él, antes, si puedo. Me tienes que echar una mano.

—Espera que yo me aclare. ¿Para quién de los dos estoy trabajando?

—Si me matas a Joan, cuenta conmigo y con estas tetas que tanto te gustan, aunque

me las voy a operar.

—¿Y si te mato a tí?

—Pues te quedas sin la dulce metedura y Joan seguramente no te pagará el servicio. Es muy catalanorro. Quiero decir que mira mucho la peseta.

—¿Y por qué tengo yo que matar a alguien?

—¿Es que no te ha gustado lo del probador?

Odette conducía su coreano por el centro de Madrid en una hora punta. El atardecer le ponía a la ciudad un misticismo otoñal y falso, un toque parisino y una urgencia de vivir en la que todos nos dejábamos llevar. Yo no sabía si era el chulo de aquella loca o un aprendiz de criminal por amor. La masa verde del Retiro era una respuesta de la noche venidera al desfiladero de sol de la Gran Vía.

—¿Es verdad eso que has dicho de las tetas?

—Qué.

—Que te vas a operar a París.

—Ya tengo hora.

—Pero si estás muy bien así. Son tu personalidad.

—¿Y en la cabeza crees que no tengo nada?

Comprendí que le había entrado la urgencia de remodelar sus pechos en París. Me dolía perderla una temporada porque se lo hacía muy bien en la cama y porque tenía cierta gracia desajustada. Pensé lentamente en quién invertir mi Viagra. De madrugada —me había quedado a dormir en su casa— la ilustre lengua catalana me despertó al teléfono. Era el gótico renacentista con voz de gerente.

—Que *vengo* a Madrid y quiero verte, cabroncete.

Joan, mi verdugo o mi cómplice. Todos los catalanes dicen *vengo* por *voy*. Hay que joderse.

Estábamos en un reservado de Jockey, parte alta, y allí no llegaba el olor de la noche, sino una corriente de refrigeración que traía brisas de pescado al eneldo. Joan me había invitado a eso y hablaba ahora él sólo, insistiendo en sus crasas vocales catalanas.

Joan, el marido/divorciado de Odette, era un hombre alto, delgado, pero ajeno a cualquier dandismo, y a mí me parecía realmente la reencarnación en vida de Federico Martín Bahamontes, aquel paleta de Toledo que ganó la Vuelta a Francia con una bici vieja.

—Odette es insoportable, ya la irás conociendo, yo todavía la amo, y hasta me hacen gracia sus caprichos, pero Odette es una máquina de gastar dinero, tienes que matarla para que nos deje en paz a los dos.

—¿Y yo qué saco con eso?

—Oye, yo sé que las cosas cuestan dinero, tú tendrás el tuyo.

—Pero yo no soy un asesino a sueldo, aunque casi: sólo un periodista.

—Y te libero de esa malvada.

—Te libero yo a ti.

Me dijo una vez mi amigo Luis Berlanga que la mujer es destructiva aunque sea de goma. Odette, además, era autodestructiva. Bueno, viene a ser lo mismo. Joan andaba ahora con el rollo paternalista y patronalista:

—... los obreros en España es que trabajan sin ilusión, tenían que aprender ilusión en el *Quijote*. Ilusión en el *Quijote* y resignación en la Biblia. El trabajo es sagrado, la obra bien hecha, que decía un paisano mío, aquello de la lucha de clases los envenenó, los obreros no tienen responsabilidades ni riesgos, como yo, los obreros...

—Corta el rollo, Joan, que no voy a hacer un editorial sindicalista.

Todo yo, por dentro, me olía a eneldo.

Joan había vuelto a lo nuestro, o sea, Odette.

—A Odette, realmente, no le gusta follar. Le gusta que la admiren los hombres, que le

regalen cosas, le gusta ir de reinona, pero follar, lo que se dice follar, no creo que le guste nada. Apuesto a que tú todavía no te la has beneficiado, Jonás.

—Bueno, hay una cosa que se llama Viagra...

—Pero tú eres joven, no necesitas eso.

—Es que la veo azul.

—¿A quién?

—A Odette, coño.

—Te estás quedando conmigo. Mira, hacemos un plan para matarla y nos repartimos la pasta. Te aseguro que tiene mucha. Más que yo.

—¿Y por qué no la matas tú mismo?

Adoptó una actitud digna.

—En Cataluña soy una fuerza viva.

—Yo, en Madrid, estoy a punto de ser una fuerza muerta.

No sé por qué, el juego me seducía, pero sólo como juego.

—La matas y la tiras a la piscina.

—O me mata ella a mí y hace puleva.

—Es que me quiere matar ella a mí para quedarse con todo —confesó Joan repentinamente cansado, lleno de calor, de cena, de conversación y de eneldo.

—Eso no es cierto. Odette no quiere matarte. Quiere que te mate yo. ¿Por qué los dos me habéis tomado por un asesino a sueldo? Yo, aparte de periodista...

—¿Qué es lo que te hace más ilusión en esta vida?

—Seguir quilando con el rombo azul.

—En Madrid cada vez os entiendo menos. ¿Qué cheli de mierda hablas ahora? Si me libras de Odette tendrás todos los rombos que quieras.

Casi preferí volver al tema de los obreros y su ingratitud para con los patronos, que son capitanes de industria y creadores de riqueza y de empleo. Toda esa ferralla. Pero tuve una idea: la ruleta rusa. Prepararía yo una reunión a tres, actuando como moderador de un coloquio, para poner la bala en el revólver. Seguro que bien bebidos y cocainados me aceptaban una ruleta rusa. Allá ellos. Lo que están es muertos de aburrimiento. Por lo menos a uno le voy a curar el aburrimiento. Bueno, se lo van a curar el uno al otro. A Joan le gustó la idea. Eructó a eneldo y champán.

Yo me había quedado una temporada a vivir con Odette, pero no en el piso de Almagro sino en su chalet de La Moraleja, y mi verano se movía entre dos dinámicas: bañarme en la piscina y sacar el perro a pasear. En la piscina me bañaba desnudo, a veces con Odette y casi siempre solo. Nuestra vida sexual o sentimental o criminal o lo que fuese seguía un curso vivo, alegre y peligroso. El perro se llamaba *Loewe* y era una especie de galgo afgano con mucho pelo —perdía algo en verano—, que luego supe que era galga y que me tenía un cariño de princesa loca, doméstica y puntual.

Me gustan los perros, me gustan los animales y me indigna más la muerte de un bicho que la de un conspirador, pongamos. «Algo habrá hecho», me digo cuando matan a un conspirador. Pero los galgos afganos nunca han hecho nada malo. Y digo esto de matar hombres porque andábamos metidos en el juego de la ruleta rusa con Joan.

Mi galga, o la galga de Odette, con su abrigo de piel, su cabeza en punta y sus grandes ojos de enamorada, me sacaba puntualmente a pasear por la mañana y por la noche, por el sencillo procedimiento de presentarse ante mí con el collar en la boca. La puntualidad de los animales es su honradez.

—Que esta mañana llega Joan a Madrid y esta noche viene a cenar y a lo de la ruleta. Él trae el arma.

Sentí susto y alegría. Odette me dio la noticia mientras se pintaba las uñas de los pies en la piscina, desnuda. Odette tenía unos pies largos, hermosos, como de museo egipcio, esbeltos y morenos. Era toda ella como una estatua de tierra negra que el sol iba dorando. La miré mientras hacía su minucioso trabajo y comprendí que Joan venía,

como un suicida o un asesino, en busca de su Fatalidad. Ahora, mientras tanto, la Fatalidad se pintaba las uñas de los pies. Paseé a la perra por los desmontes de La Moraleja y había hermosas muchachas que hacían lo mismo. Yo no sabía si estaba cerca o lejos el chalet de Magnus y la soledad de Nazareth, pero presentía que aquello era también mi historia o lo sería muy pronto. La galga *Loewe* me mordía una mano con amistad y gratitud por nada. Cuando sea viejo me compraré una galga afgana, pensé.

Joan llegó hacia las ocho de la tarde, vestido de ejecutivo, y todos nos dimos besos con una alegría rara. Joan se dio una ducha desnudo y luego se bañó en la piscina. Nos sentamos en una mesita baja y Odette, con las cintas del tanga colgando, nos trajo martinis, vermús y cosas. Eramos como una extraña y pacífica familia. Joan me pasó el revólver.

Era un Colt 45 como los de los westerns. Una arma bella y bien imitada. Una hermosa falsía. Esas cosas que se compran los ejecutivos ricos a los que ya no les queda nada por comprar. El Colt se plateaba en mis manos, a la luz de la luna. Disparé sin balas y luego Joan me dio las balas, unos balines de platino o así, y cargué el arma y ya no disparé. El tambor giraba armoniosamente, con brusquedades de ruleta. Dejé el arma sobre la mesa cuando llegó la hora de cenar, en otro extremo del jardín, lo que Odette llamaba «otro ambiente». Estábamos los tres solos, pero la conversación era animada. Odette había despedido a una panameña vieja y con hepatitis. Odette y Joan hablaban de sus dineros, reñían un poco, y yo le daba mi comida a la perra. Después de cenar se pusieron hasta arriba de coca, y pensé en Internet, mi amor, que se estaría haciendo un porro de opio y plata en algún sitio, seguramente en brazos de Lola.

—Soy novio de una lesbiana que vive con otra lesbiana.

—No jodas.

A Joan le interesó la historia y se la conté engrandecida. Se puso cachondo.

—Cosas de Jonás —decía Odette—. No le hagas caso. Estos periodistas viven en sensacionalismo. Se creen las mentiras que inventan.

—Tú ya eres muy mayor para entender a los jóvenes —le dijo Joan con mala leche.

Tenían un pedal de coca y alcohol. Fue el momento de llevarlos al borde de la piscina, sentados en el suelo los tres y con el revólver en el centro. Yo era el encargado de meter la bala y girar el tambor. El que iba a repartir la suerte o la muerte.

Me había provisto de balas de fogueo para engañarlos. «Meto una bala de fogueo y otra de las que ha traído Joan. El que le toque de fogueo paga prenda.» Pero las dos balas eran de fogueo, de modo que allí no iba a morir nadie nunca. «A mí éstos no me meten en un crimen.» A la larga me lo iban a agradecer, claro. Me senté de espaldas a ellos, manipulando el revólver sin que me vieran, y se lo pasé primero, por encima del hombro, a Odette.

—Cabrón, quieres acabar conmigo.

Click.

Odette se había *salvado*.

Estábamos los tres desnudos, sentados a lo moro al borde de la piscina. Luego jugó Joan y sonó otro click. Ni siquiera se pegaron el susto, hasta más tarde, con una bala de fogueo. Yo no les dejaba ver el revólver más que para disparar. Así es este juego. Pronto entramos en la rutina repetitiva, salvo alguna bala de fogueo en que ellos intercambiaban prenda: billetes de diez mil.

Loewe, la galga afgana, venía hacia mí, desde el fondo de la casa. Miré mi reloj sumergible. La una y cinco de la madrugada. La puntualidad, ya lo he dicho, es la honradez de los animales. Traía el collar en la boca.

—Tengo que sacar a la perra. Ahora os lo montáis solos.

Le puse el collar a *Loewe*, impaciente por la excursión. Éstos van a descubrir el truco, me van a llamar cabrón, pero, como les he dicho, al final me lo van a agradecer. Se

han jugado la vida sin saber que no pueden perderla. Basta con el gesto. Ambos habían demostrado su buena voluntad de suicidarse en beneficio del contrario. Me puse un tanga de Odette y salí corriendo de la casa.

Tres cuartos de hora. Era el tiempo de *Loewe*. Qué guapa, qué lista (aunque dicen que los galgos son tontos), qué corredora, sin problemas matrimoniales ni el morbo de la muerte. Disfruté la pureza de la noche y la pureza del animal. Hace tiempo que creo en el cielo y los espíritus puros. Son los gatos y perros vagabundos, los que han protegido y hecho camarada a un niño abandonado, en Rusia. El niño, después de ser descubierto y atendido por las autoridades, lo ha dicho:

—Quiero volver con los perros.

Y encima el niño se llama Vania, para más rusificación. Leí en un escritor que «ni novelas rosas ni novelas rusas». Estoy casi de acuerdo, salvo esta novela natural del niño/perro. La galga hoza en los tremedales y me trae algún despojo como delicado homenaje.

Ya estábamos en el camino de vuelta a la casa (las estrellas fugaces se desprendían como bengalas de la verbena agostea del cielo) cuando me pareció oír un disparo. Corrí hacia el chalet precedido de *Loewe*. Joan estaba flotante en el agua de la piscina, desnudo y muerto. Los aperos del juego aparecían extendidos por el suelo. A Odette la encontré en su cama, boca abajo, inmóvil.

—Putá, has aprovechado mi ausencia.

—Nos estabas engañando como a niños —dijo con la voz oscura del que habla boca abajo.

—¿Y cómo has podido matarle con una bala de fogueo? He oído el disparo desde la calle.

Ella no respondió porque, efectivamente, era una pregunta estúpida. Joan había llevado y exhibido balines y balas. Odette misma tendría material mortífero por la casa. Tenía el proyecto firme de matar a su marido, aceptando como oportunidad la propuesta de mi juego. Pero ya sabía que conmigo no podía contar.

—Me voy a avisar a la Guardia Civil —dije.

Se volvió desnuda en la cama.

—Ya sabes que estás tan implicado como yo.

—Tengo una coartada.

—¿Por eso te fuiste? ¿Contabas con mi disparo? Pero el pasear a un perro no es ninguna coartada.

Bajé la escalera y salí a la piscina. *Loewe* curioseaba aquello en torno y pronto se aburría. La ató en su caseta. Volví a mirar a Joan, que tenía los ojos abiertos o cerrados, no sé, no recuerdo, no soy buen periodista.

Joan, flotante y muerto, tenía la misma cara de Bahamontes que cuando vivo. No me decía nada. Acaricié otra vez a la perra en su caseta y me fui andando hacia el cuartelillo.

Dos guardias jugaban a la baraja, veían la tele —un western— y bebían limonada, todo a la vez. Los guardias civiles vienen bebiendo limonada desde el *Romancero gitano*. Llevan casi todo el siglo bebiendo limonada. Debe de ser la bebida oficial del cuerpo. Evidentemente, no tenían mucha urgencia en atenderme. Otro ahogado de verano, se dirían. Su falta de atención no me irritó sino que me relajó. La verdad es que aquel crimen y sus consecuencias me daban mucha pereza.

Un timbre con sonido de teléfono antiguo. Lo coge un guardia sin entusiasmo.

—¿Es usted Jonás?

Sí, soy Jonás. Esa hija de puta lo ha pensado mejor. Ya me imagino el rollo.

—¿Has puesto ya la denuncia?

—No. Hay mucha cola.

—¿Y todos van a denunciar lo mismo?

—Me temo que sí.

—Pues si no has hecho nada todavía, déjalo, vente y pasamos la noche juntos, como antes.

Quiere doparme de coño y meterme de lleno en su tema, que es grave, porque Joan tiene dos balazos con sangre en el pecho y en seguida encontrarán el arma.

—Sí, voy dentro de poco.

Y fui después de poner la denuncia. «Han asesinado a un hombre en tal calle, ahora mismo.» Ella me estaba esperando en la verja, temblorosa, sonriente, falsamente cachonda.

—No habrás dicho nada.

—Ya ves que estoy aquí.

—Te creo porque vienes solo.

—Eso.

—Me había puesto este pareo por si venías con los guardias.

Se había puesto un pareo malva y blanco con un sostén a juego. Pero seguro que no llevaba bragas. Me besó en la boca con ese beso puntiagudo que odio y que es ya un picotazo. El beso de cuando la amante empieza a volverse pájaro negro, urraca.

—Vete subiendo. Voy primero a echar otro vistazo.

Quería hacer tiempo hasta que llegase la pasma, como me habían prometido.

—Hijo, qué morbo.

Joan seguía igual, flotando en una nube de sangre dentro de la piscina, con su cara de Bahamontes subiendo el Galibier. Morirse es subir un durísimo Galibier. Ya estaban allí dos jóvenes policías. Los guardias los habían avisado. La pasma va de paisano.

—Odette, baja, que están aquí estos señores.

Les presenté al muerto como si hiciera una presentación social. Uno de ellos, con barbita rubia y gafas de alambre, se dedicó a mirarlo todo, la piscina, las botellas, la sangre: también miraba a Odette cuando ésta no le veía. El otro era como algo mexicanito, de ideación retorcida y barba negra, en punta. Me hacía preguntas. Ahora la pasma va de progre para despistar. Le conté todo y seguía haciendo preguntas.

—¿Y dónde estaba usted?

—Paseando al perro, que es perra.

—Bueno, eso ya se lo contará al juez.

—Le aseguro que es mi coartada perfecta, y además una coartada verídica.

Odette había añadido a su atuendo una cosa de madroños negros. Algo así como un luto elegante por Joan. El ambiente era de que la asesina era ella, pero me parecía muy verosímil que sospechasen del amante, o sea, de mí. No nos detuvieron, pero dejaron un guardia civil en la puerta del chalet. La perra le ladraba.

Me tumbé en una hamaca, cerca del agua, para dormir bajo las estrellas. Odette subió a su gran cama. De madrugada me llamó con su voz de gata. Subí e hicimos el amor. El algún momento de mi sueño se habían llevado el cadáver.

—¿Y la pistola? —le pregunté a ella.

—La tiré al agua.

Se la habrían llevado también, del fondo de la piscina. Yo desayunaba cosas de la cocina con la nuca entre las piernas de ella, flanqueado por sus finas y morenas rodillas en alto.

—¿Tú lo ves grave, Jonás?

—Gravísimo.

—¿Y qué podemos hacer?

—Estarnos aquí leyendo a Xavier Zubiri.

—¿Quién de los dos saldrá culpable?

—A lo mejor los dos.

—Tómame otra Viagra.

—No me da la gana.

Sonaban todos los teléfonos de la casa.

—No cojas ninguno, Odette.

Pero Odette era de esas personas que todavía creen que cuando suena un teléfono hay que cogerlo. Es lo que se llama la superstición telefónica. Se sacó el móvil de entre las tetas y contó mentiras con cierta gracia:

—Una noche de alucine, Piedita, menos mal que está aquí conmigo Jonás: Joan fatalón, el pobre, no, no es el momento de pensar en herencias, no hemos dormido nada en toda la noche, tenemos hasta guardias en la puerta, como tenía el Caudillo, menuda novela tengo para escribirla, Jonás dice que la va a escribir él, por cierto que está de una bordería total, como si fuera yo la culpable...

Los dos chicos de la pasma me habían cogido cariño. El juez les había mandado hacer conmigo la prueba de la galga, que era mi coartada. De modo que estábamos los tres sentados junto a la piscina. Yo les había servido cosas y hablábamos del calor, de Marbella, de la capa de ozono y del crimen.

Odette dormía borracha en su cama, en el piso de arriba.

Ya les iba yo a proponer algún juego de cartas, porque el tiempo pasaba despacio, cuando la galga apareció por el pasillo, viniendo hacia mí con el collar en la boca. Los tres miramos nuestros relojes. Era la una y tres minutos.

—La puntualidad es la honradez de los animales —dije, repitiendo mi frase, de la que estaba muy orgulloso.

El plan empezaba a cumplirse. Le puse el collar a *Loewe* y los tres salimos. Al cruzar el jardín examiné un poco, como siempre, la caseta de la perra. Había un vómito en el suelo.

—Eh, vengan, miren esto.

Los dos policías acudieron y miraron. Uno de ellos iluminó el vómito con su linterna.

—¿Y qué?

—Ya lo ven. Que esa hija de puta que duerme arriba ha tratado de envenenar a su propia perra para que no hubiese prueba, para que *Loewe* no pudiera «declarar» a mi favor.

Los policías callaron con cierto escepticismo, pero era así.

Paseamos por la urbanización, en esa soledad pura y grande de agosto a la una de la mañana, en La Moraleja. La galga hacía sus necesidades, corría, iba y venía, me ladraba cariñosamente y se pegaba otra carrera.

—¿Y qué es lo que ha pasado con el Tour? —les pregunté a los de la pasma.

El mexicanito habló. El otro callaba. Iba más en detective.

—Lo del doping es una vergüenza. Todos los corredores están dopados. Los fuerzan las empresas.

—Los corredores y los futbolistas y esas chicas tan monas del tenis —dije yo, pensando en Mary Jo, una yanqui adolescente y campeona que había visto por la tele, sin tetas y con buenas piernas, carita todavía de estar jugando en el colegio.

—Las firmas los fuerzan, los obligan, los agotan.

—Así acabaron con Induráin.

—Eso.

—¿Y ustedes no pueden hacer nada? Quiero decir, la policía internacional.

—Cuestión de intereses, como siempre. Están los equipos y las firmas. Está la publicidad. Se trata de reventar hombres y mujeres para ganar dinero.

—Pues yo creía que el deporte era muy sano —dije, pensando en la pobre Nazareth y su kart (Nazareth, claro, dormía cerca de allí).

—Samaranch ha dicho...

—Samaranch que se calle.

—Van a acabar con el deporte y con el público.

—Todo se comercializa, Jonás, desengáñese —me decía el mexicanito lindo, como si yo fuera un engañado—. Hoy todo se comercializa y el dinero revienta campeones. Le aseguro que ser policía en esta ciudad es como ser bombero en el infierno. Ustedes mismos, ¿por qué han matado al catalán?

La galga venía hacia mí. Cogí el extremo de la correa y caminamos juntos, que es lo que ella quería. Nos encaminaba de vuelta a casa. Eran las dos menos cuarto.

—¿Lo ven ustedes? Ella tiene sus horarios. Los tres cuartos de hora de todos los días. Aquella noche, durante este paseo, ocurrió todo y oí el disparo.

—Fueron dos.

—Bueno. Yo oí uno. Ella contaba con mi ausencia para matar a Joan. Sabía que yo nunca lo hubiera hecho, entre otras cosas porque no me rendía beneficios y porque no mato catalanes. Ya pueden decir que mi coartada es cierta. Un animal puede ser mejor testigo que una persona. Los perros no mienten.

Los policías entraron en su coche, que era pequeño y negro. No dijeron ni sí ni no. Yo me quedé limpiando el vómito de *Loewe* y no le puse más comida. Mejor que se le asiente el estómago. Luego me fui al cuarto de la cocinera (no teníamos cocinera) para dormir. Pero Odette apareció desnuda cuando yo estaba desnudo sobre la cama, por el calor.

—¿Ya viene la niña a por su viagrazo?

—Vengo a saber qué ha pasado.

Se puso un mandilón de la cocinera y se sentó en una silla de enea a fumar.

—Ha pasado que eres una asesina y ahora has querido cargarte a tu propia perra.

—Es más tuya que mía.

—Desde luego. Ha testificado a favor de mí. Tú mataste a Joan mientras *Loewe* y yo dábamos el paseo habitual. Los perros son más puntuales que las mujeres.

—Machista.

—Putá. *Loewe* ha vomitado.

—Todo eso es una gilipollez. Olvídate ya de la perra. Hace media hora ha llamado mi abogado.

—Ése es un genio, pero no te va a salvar.

—Dice que el fiscal lleva ahora la cosa por la vía de la droga. Una manía que ha cogido. Se empeña en que tú y yo hemos matado a Joan por un asunto de droga. Figúrate.

—Prefiero un fiscal dañino a un fiscal equivocado.

—Ha mandado hacerle la autopsia a Joan. Quiere ver qué mierdas se había metido en el cuerpo antes de ser baleado.

—No digas baleado, que suena a telefilme.

—Estamos invitados a la autopsia. Supongo que quieren enfrentarnos a nuestro crimen, oh.

—¿Y vamos a ir?

—Eso aconseja mi abogado.

—Pero tú vas de buena gana, zorra.

Odette se abrigó en el mandilón de la cocinera, que debía de oler a paella, encendió otro cigarrillo y dijo:

—Sí, quiero ver por dentro el corazón negro y los hígados asquerosos de ese catalán que me ha destrozado la vida.

Más que odio había morbo en sus palabras. Sospeché si no era ella misma la que se había invitado a la autopsia, pidiéndole a alguien que se lo facilitase.

—Bueno, tía, ahora vete y déjame dormir.

Apagué la luz. Ella se acercó a oscuras, me dio uno de sus besos picudos en la boca y se fue, dejando por las tinieblas un rastro de olor a paella de mariscos.

Asomándome por encima del hombro del médico, que no era sino un estudiante de medicina con bata, veo el esternón de Joan, un hueso grande y fuerte, como de caballo, con un agujero limpio y redondo en el centro.

—¿Y ese agujerito?

—De ahí le he sacado una bala —dice el estudiante, que tiene una alopecia prematura y lleva ya gafas de médico.

—¿Y la otra bala?

—Se la tengo que sacar del corazón.

Me volví a mirar a Odette.

—¿No querías ver esto?

Pero Odette había recurrido al viejo truco luctuoso de las gafas negras modelo Jacqueline Kennedy. Juntos y en silencio estuvimos mirando las interioridades y la charcutería espiritual del cuerpo de Joan.

—Por dentro no parece un catalán —dije—. Igual podría ser el mondongo de un madrileño.

Nos apartamos un poco a fumar a escondidas. Dos estudiantes trabajaban en la autopsia de Joan.

—Ése es el esqueleto de tu Joan. Con ese esqueleto has follado mil veces.

—Demasiadas veces para un esqueleto.

—Y luego le metiste una bala en el corazón. Y también una en el esternón, como una medallita. «Deténte, bala», decía tu padre en la guerra, que era muy católico.

—No te pongas desagradable, por favor.

Quizá Odette lloraba un poco bajo sus gafas negras, pero a ciertas mujeres se les desvaloriza el llanto como a ciertos hombres la palabra. Volví junto al cadáver y estuve mirando el bulto irreconocible del corazón, el celofán del peritoneo, los pulmones, como dos murciélagos muertos y extensos, el hígado, como una piedra blanca y grande, los riñones, todo el aparato urinario...

Muerto como vivo, vestido como desnudo, lo más espectacular que había tenido Joan era el esqueleto. A veces, los médicos chascaban algún hueso y esto era lo más escalofriante de toda la autopsia, lo que forzaba un gritito en la garganta de Odette.

Joan, con aquel corazón de barro, con aquellos pulmones como pingajos, con aquel hígado de piedra, había triunfado en la vida, había ganado mucho dinero, había tenido muchas mujeres, había tenido una esposa como Odette, que era la característica mujer destructiva, autodestructiva, de la que yo tenía que librarme ahora. Odette, con sus traiciones, su divorcio, sus planteamientos económicos y su moral católica y reptante, había llevado a Joan a aceptar un juego que era un suicidio aplazado. Recuerdo haber visto la autopsia de un gato y creo recordar que el gato por dentro está mejor hecho, tiene una minuciosa relojería de sangre, es una miniatura de riñoncitos y graciosos testículos de juguete. Quizá los animales se pudren menos por dentro.

Quizá los animales, puros como el ángel, no sienten negrear su corazón de envidia, amarillear su bofe de miedo, de rabia, de rencor, de odio, de sangre ajena, de asco. El hombre es una bestia maldita que no tiene nada que ver con el ángel ni con los benditos animales que pasean por la tierra el único rastro de inocencia y gracia.

Me acerqué a Odette con voz baja de capellán:

—Ese corazón latió por ti, esa mierda de pene se erigió por ti, esos pulmones trabajaron para ti, ese hombre te quiso de verdad, había un puñado de amor dentro de ese esqueleto que ahora es cómico, como todos los esqueletos. Tú has follado mucho con ese esqueleto. Tú tienes que rezar por ese pobre esqueleto.

Y efectivamente rezaba, aunque había entendido mi fácil burla. Odette vivía en sí las mayores anchuras del catolicismo, que le permitían matar a su marido y luego rezar por el alma del muerto, porque el alma no se mata: se libera. Odette era católica hasta las entrañas. Un sol alegre, matinal, vivo, verde de bosques, iluminaba la escena, hacía

bella la autopsia. Aquello no era la *Anatomía* de Rembrandt, pero casi. Nos despedimos de los dos estudiantes, el alopecico y el otro, que se sacaron los guantes de sangre para darnos la mano. Una gran dama que ha pegado un tiro a su marido es cosa de mucha distinción. En el coche de Odette nos fuimos al Club de Campo a almorzar, después de tanta carne negra.

Raúl del Pozo, que jugaba al golf, vino a saludarnos y nos anotó para su columna. Ella tomaba martinis y yo pepsi. Odette se iba abriendo al día como una flor. Su ropa discreta se esclarecía de encajes, sus pechos pugnaban por salir a la superficie.

—¿Por qué has querido ver la autopsia de Joan? ¿Quizá le buscabas el alma?

—Eso, el alma.

—¿Qué sacarán en conclusión?

—Ya me lo han adelantado. La verdad. Es decir, que todos estamos anotados como consumidores, pero no como traficantes.

—Vale.

Tomamos pescados fríos y dulces helados. Raúl, a lo lejos, me era reconocible como un hermano. Adiviné que era más feliz que yo, aunque me envidiase esta mujer. Nos hemos pasado la vida, Raúl y yo, envidiándonos las mujeres. Como todo el mundo. Me despedí de él agitando la mano en el aire y volvimos al chalet de La Moraleja. En casa tenía Odette un recado del abogado. El penalista había depositado diez millones de fianza por la libertad condicional de Odette.

—Por fin puedo ir a París a operarme las tetas —dijo.

—Pero hay una ley que te prohíbe salir de España.

—Me la suda.

Hicimos el amor sin amor, pero con mucho más que amor. Un amor con el muerto y la autopsia de por medio. Un amor con odio, Viagra, atracción, urgencia, demora en el pecado, demora en la muerte, la vida, la amistad, la traición, demora en el orgasmo, la digestión, la mutua ruindad, un amor como sólo puede hacerse con la asesina del marido y de la perra. La pasión adquiere espesor cuando se ha enriquecido de mentiras, traiciones, atracciones, sabidurías, pecados recíprocos, mierda de oro y semen pasado, mientras ella se orina los muslos sin moverse de la cama y uno besa esa piel húmeda, esa carne mortal, esa braña del pubis.

—La verdad es que cada vez te lo haces mejor, Jonás.

—Ya sabes el truco.

Esta vez no fueron besos picudos, sino besos profundos en que me quedaba el sabor de toda ella, que aún me ofrecía manzanas de juventud y perfumes de su entraña rosa, anhelante y vivísima.

Luego dormimos como dos niños malos, como dos primitos que han pecado.

SANTA BLANDINA, VIRGEN Y MÁRTIR

Santa Blandina, virgen y mártir, aparece en algunos grabados piadosos con su leve y bello desnudo prendido en las finas astas de un toro. A veces, estas cosas antiguas de la Iglesia tienen mucho morbo. Yo daba una clase en la Escuela de Periodismo de mi periódico —Reportaje era la asignatura— y las caras jóvenes y confusas estaban frente a mí, chicos y chicas, borradas por las gafas de leer (leía papeletas y las desarrollaba hablando). A medida que das una clase o una conferencia, de esa masa blanda y lejana, fija y temible, se va diferenciando una cara femenina, el color de un pelo o de unos ojos muy fijos, o el juego de unas piernas de primera fila. Aquella rubia la tenía yo cada vez más clara y cuando acabó la clase, como era previsible, vino hacia mí.

—Me llamo Blandina —añadió un apellido que no recuerdo— y quiero dedicarme al reportaje literario, acercando a la gente los grandes escritores y no sólo los futbolistas. Blablablá. Salimos andando entre los demás alumnos. Siempre se produce ese tipo de consulta al final de una clase. Caminábamos por la acera y se paró junto a un coche caro y plomizo.

—¿Quieres que te lleve a algún sitio?

Me sorprendió aquel coche, pero no dije nada. Fuimos a comer a la carretera de Andalucía.

Blandina tenía la melena rubia, bastante natural, el perfil fino, un poco aguileño, la boca deseable y parlera, los brazos sólidos y las piernas musculadas, como los muslos bajo sus bermudas.

—Santa Blandina era una santa que... —le dije en la velocidad.

Pero conocía la historia y me la contó, claro. De frente, su belleza se vulgarizaba un poco, más que por las facciones por la gestualidad. Blandina era una guapa de provincias y eso se veía en su conversación (aunque tan fluida), en sus latiguillos, en sus refranes, uno de los cuales me dejó estupefacto:

—Como decía mi madre, donde tengas la olla no metas la polla.

Deduje un poco elementalmente que una chica que habla así —¿veinticinco años?— se ha de comportar con igual naturalidad. Con el tiempo le conocería yo a Blandina un traje marrón, drapeado, con alamares como los toreros (le fui arrancando los alamares uno a uno), unas piernas espléndidas pero sin depilar (lo que me excitaba mucho), unos conjuntos para ir a pasear el domingo a la plaza Mayor, a cualquier plaza Mayor, unos pechos blancos sin pezones, un culo inmenso, un peligato pelirrubio que arañaba (y que ella, imitándole las gracias, convertía en gato de dibujos animados, horror), muchos libros, una cultura redicha y una tesina coñazo.

Pero la urgencia sexual de aquel cuerpo era tan evidente que ingerí con disimulo mi Viagra. Ya había yo elegido un motel en aquella carretera de Andalucía. Blandina, en fin, desde la cursilería de su nombre, era la depuración de lo provinciano en ropa, conversación, situaciones y falta de sentido del humor. Uno juraría que estaba oyendo a su madre, sin conocerla, a través de ella. Es curioso cómo una chica lanzada a una intensa vida sexual en Madrid (sexual y cultural) puede arrastrar al mismo tiempo todos los tics, tópicos y diminutivos de la provincia. Pero así es.

—¿Y este coche?

—Es de mi novio.

—¿Novio?

—Sí, un chico muy majo que se está muriendo de cáncer.

Bueno, la provincia también puede ser malvada. Utilizaba el coche del novio moribundo para ligar profesores de periodismo.

—A ti es que ya se te conoce por el hombre/Viagra, desde aquel famoso reportaje. Muchas compañeras quisieran hacer contigo esa experiencia.

—Pues la vas a hacer tú.

Y le puse una mano en el muslo gordo, joven y como curado en las bodegas de su

ciudad triste, romanicorrenacentista, rezadora, decente y feliz como un extenso cementerio de vivos que se saludaban a diario con buena educación.

—Aquello no es para mí. Me acuerdo de los padres, pero luego voy y sólo aguanto dos días.

Llegamos al motel, aparcamos y tomamos unas copas antes de comer. Blandina tomaba mojitos, sólo mojitos, y comprendí que necesitaba emborracharse de mojitos para acostarse por primera vez con un hombre. Pero a todo esto ¿qué es un mojito? Hasta los nombres de las cosas que tomaba eran cursis.

Durante la comida, entre camioneros y turistas, me contó las cosas que comían en su casa y aquellos manjares en que su madre era experta. Yo, por pensar en algo confortable y ameno, pensaba en el novio canceroso al que íbamos a poner los cuernos. La vida es así. De unos hermosos cuernos encandelabrados y forjados no te libra ni la muerte. En un descuido, en una agonía, en un viaje, en un pispás, en un largo proceso canceroso, la tía va y te los pone. La vida sexual, o el amor, la verdad es que son cosas de gran amenidad. Fuimos con el coche hasta la misma puerta del apartamento. Yo me volvía para fisgar el hermoso vehículo, aunque no sé nada de máquinas. En el asiento trasero había una novela tirada de cualquier manera: *Corazón tan blanco*, de Javier Marías, que estaba de moda.

Ya en el apartamento, me puse frente a ella para besarla, pero sus manos me estaban bajando la cremallera del pantalón. La Viagra respondió puntual, como un granadero disciplinado, como un húsar experto, como un lancero bengalí. Blandina tenía unas bellas y finas manos que sabían tomar un falo con delicadeza y sensibilidad como si tomase la imagen breve de la patrona de su pueblo. Una comepollas.

Aquella desatada sexual era el cuerpo más parecido a un Ingres que yo he visto nunca en mi corta cultura pictórica. Pero sobre esa estilización de Ingres saltaba la carne optimista de la provincia, la alegría jodedora de unos muslos con vello enredado hasta la mitad. ¿Será que la depilación a la cera no ha llegado aún a las pequeñas ciudades españolas?

¿Y para esto hemos hecho unas autonomías?

Pero por supuesto que aquella fragosidad del cuerpo de Blandina me gustaba mucho y creo que Viagra poco podía añadir al estímulo victorioso de la chica y su completísimo cuerpo. Con ella practiqué lo de la masturbación de rodillas, en la cama, y funcionó muy bien. Todo funcionaba bien con Blandina, excepto el número de la consola, pues sus aguerridas piernas no daban para tanta flexibilidad. Tenía una lengua rosa, viva y afilada que me gustaba mucho morder.

Más tarde, tendidos en la cama, mientras ella fumaba, como hacen todas, pensé en el coche que nos esperaba fuera, lleno de olores del moribundo, y hasta la novela que estaba leyendo, y me hizo sonreír la idea de que era como un coche fúnebre esperando que le pusiesen el muerto. «Donde tengas la olla no metas la polla.» ¿Qué había querido decir con eso? Quizá sólo se trataba de pronunciar «polla» con su boca purísima, de darme una señal, de estimularme verbalmente. Pero por supuesto que metí la polla en su olla.

En todas sus ollas. Y también en las hoyas y hoyos. Joder con la provincia y sus canónigos.

Blandina tenía un pisito alquilado por el centro de Madrid, es lo que hacen ahora las progres, cogen un piso antiguo con mucho pasillo, generalmente interior y con ventanas lóbregas a patios de luces que jamás han visto las luces de Madrid.

Como las progres son mujeres leídas que han cruzado todos los climas de la cultura, desde el existencialismo de adolescencia hasta el hedonismo actual, posmoderno y de pensamiento débil, tienen muchos libros y convierten el pasillo, con sus esquinas que dan a otros pasillos, en una librería incómoda y mareante. Tienes que ir rozándote un hombro contra la pared, que te lo llena de cal, y avanzar de costadillo para mirar el

lomo de aquel farallón de libros, el pequeño lomo de cada uno, los delgados lomos góticos o de palo entre los que aparece de pronto, como un oasis, uff, como una meseta para descansar, el tomo gordo del *Ulises*, el *Ideológico* de Casares o el *Quijote* de Paco Rico.

Las habitaciones eran todas pequeñas, inesperadas y cada una con su olor: olor a vieja, olor a militar, olor a hiperrealismo, olor a bragas, olor a niño muerto, olor a mujer dormida, olor a cuarto de la plancha, olor a cocina abandonada, olor a coliflor.

Blandina se me parecía cada vez más a santa Blandina. Yo creo que ella misma se estaba reconvirtiendo en santa Blandina y exhibía su desnudez blanca ante todos los astifinos de la vida, a ver si la cogía uno en serio, o uno cada noche, pero su talante de progre de provincias desmentía la sacralidad de aquel cuerpo, que en todo caso tenía arrobos místicos en el orgasmo, como comprobé con el tiempo, y me comulgaba la polla como si estuviera recibiendo la hostia sagrada en la misa dominical de una, la de la gente bien, en su pueblo.

Cada persona se va deshojando en varias si la frecuentamos con atención, y en aquella chica de provincias había una santa, una paleta, una erudita, una cursi y una comepollas de cierta profesionalidad, a más de una bebedora de mojitos que se hundía en el alcoholismo cada atardecer, cuando Madrid emerge como una Atlántida de los mares crecientes de la sombra, y el oro de sus grandes bancos se convierte en faro del mundo, algo así como el faro de Alejandría en más hortera.

—La Atlántida —le explicaba yo a santa Blandina después de la Viagra, cuando ella iba dejando de ser azul, tendidos los dos en su cama del fondo de la casa/pasillo— es en realidad un invento de los fenicios. Los fenicios buscaban la Atlántida, pero dieron con nuestra costa mediterránea y sus minas de estaño, valiosísimas. Como había otros pueblos que venían buscando la Atlántida, los fenicios difundieron la voz de que la Atlántida se había hundido siglos atrás y que no valía la pena seguir. Así se quedaron ellos solos con todo el estado y todas nuestras riquezas.

Pero santa Blandina se había dormido en mi regazo. Y sobre ella se durmió el gato, un gato peliverde y auñón que me arañaba el culo azul siempre que yo follaba con santa Blandina. Era un gato común europeo bonito de línea, acertado de diseño y color, guapo de ojos, pero muy mal educado por santa Blandina, que le daba con la zapatilla, como las marujas de Moratalaz. Si a un gato se le pega se vuelve salvaje. El gato, que es el animal más culto de todas las especies, puede volver al salvajismo en una semana. Más o menos como el hombre.

No sé si he contado ya que santa Blandina explicaba las gracias de su gato con un refitoleo que lo convertía en gato de dibujos animados, cosa que me jodía bastante. Pero santa Blandina era ese tipo de mujer que te cuenta una gran comida cuando estás haciendo otra gran comida, que te cuenta una gran excursión cuando estás haciendo otra gran excursión y que te cuenta una gran ciudad cuando estás visitando con ella otra gran ciudad.

Yo estoy seguro de que ese tipo de mujeres, en la excursión, comida o ciudad anterior también contaron otra comida, excursión o ciudad más anterior, pues lo que necesitan es hablar, por un problema glandular femenino que está muy estudiado en las comepollas.

Y la que asimismo habla en la cama durante la follación, contando cosas ajenas al caso, es que ya no tiene remedio. Santa Blandina aún no había llegado a profanar mis orgasmos azules con el relato de una boda en la catedral románica de su provincia, pero ya presentaba señales.

Ocurrido eso, habría llegado el momento de desaparecer para siempre con algún libro de su biblioteca y una última mirada al gato, que podía haber sido un chico de buena familia con brillante carrera, pero ella lo estaba estropeando con mimos, zapatillazos y comidas que atacan al hígado de los felinos.

Estábamos en un jardín/parking, delante de un gran hospital al que pertenecía el parking. O más bien estaba yo, porque santa Blandina había subido a ver a su novio moribundo —era la noche crítica— y tardaba en bajar. Miré mi Maurice Lacroix y eran las cuatro y cuarto de la madrugada. Este Maurice Lacroix es cojonudo, me lo regaló Nardo, luego se me partió en una caída y me lo repuso un amigo a quien sospecho vinculado con Lacroix. Gracias de todos modos, tíos. Yo, en el duermevela, imaginaba que el novio de Blandina, un chico alto y fuerte al que conocía de vista, iba a bajar de pronto las grandes escaleras de la clínica, que estaban frente a mí, acercándose al coche con naturalidad y entrando en él para conducir.

En Lourdes hay curaciones repentinas. El tipo me iba a preguntar qué hacía yo allí, leyéndome su corazón tan blanco, pero quien bajó fue santa Blandina, levitando un poco sobre el green, entró en la parte de atrás del vehículo para echarse sobre mí y llorar sobre mi bragueta.

—Ya ha ocurrido, pobre Pepe, cuánto ha sufrido, ya ha ocurrido, es espantoso, tengo que volver arriba, amortajarle, acompañarle con su madre, que llega en el primer AVE...

—Entonces, perdona que yo me retire y...

—No, no te vayas ahora, por favor, no.

Había cogido con sus dientes el tirador de la cremallera de mi pantalón y la bajó de golpe. Luego metió en aquel hoyo la cabeza hasta que su boca experta y mojada de llanto consiguió tener entre la lengua y los dientes una azucena en camisa, el alba del alhelí, una picha matutina, dormida y al fin presentable, y allí se aplicó intensamente, sabiamente, hasta producirme una floja eyaculación temprana y abundante que le llenó la boca de semen. Sin limpiarse nada me besó en mi boca, me untó de mi propio semen y se fue corriendo al hospital, a amortajar al novio formal, novio de boda para toda la vida, que se le había muerto de cáncer, no sé si fumaba o no, siento no poder dar el detalle.

No era la felación de una amante. Era la felación que le hacen las santas —santa Blandina— a los ángeles machos, que, como decía don Eugenio d'Ors, «son muy viriles», un poco más viriles que los que pinta Ginés Liébana, admirables por otra parte. ¿Se despide siempre así a un joven malgrado por el cáncer? No lo sé. Creo que el chico iba para ingeniero. Ahora que le hacen tanta falta los ingenieros a este país en desarrollo posindustrial. Creo que me quedé profundamente dormido dentro del coche. Cuando desperté, hacia las ocho y media, el hospital tenía un aspecto incluso optimista, con la luz de agosto.

Salí del coche, caminé a la busca de un bar abierto y desayuné pescado, plátanos, café con galletas y miel, lo mío. Luego leí toda la prensa, que había recogido en un quiosco: Saddam Hussein, o sea Iraq, suspende toda cooperación con la misión de desarme de la ONU, el recurso interpuesto por el Gobierno impide que el ideólogo de Herri Batasuna cobre el subsidio de desempleo, Monica Lewinsky comparecerá hoy ante el Gran Jurado a puerta cerrada. Otra comepollas que puede acabar con un hombre, como santa Blandina. Cuando el Lacroix me dio el aviso, cambié de rumbo y caminé despacio hacia el periódico.

NARDO

Nardo vivía en un entresuelo de Getafe, con su madre, y todo el día estaba en casa cosiendo unas cortinas o algo así. Por allí íbamos a verla tipos como el Loco de la Colina y yo. Nardo iba un poco para artista o para cosmopolita o yo qué sé. En los secarrales del barrio jugaban los chicos al porro, a la pepsi, a robar los calcetines andando a un transeúnte, a las máquinas, a chupar sellos de correos, cáscara de plátano y coca con pastillamen. Es decir, que en general jugaban al doping, violaban por vigésima vez a las niñas del barrio o improvisaban conjuntos rock, que el pop se había quedado para los gualdrapas de instituto. Nardo tenía una belleza española un poco dura, de cuello corto, cartaginés y esbelto, unos ojos hermosísimos e irónicos y una perfección de estatua de barro que luego se disipaba en zapatillazos al perro y carcajadas de vecindona.

Yo a lo mejor estaba un poco enamorado de Nardo.

La iba a buscar a media tarde, merendábamos con la madre y alguna visita, contra un fragor de televisión a tope que nadie oía. Tiempo más tarde, con lentitud que a mí me impacientaba, aunque nunca me mostré impaciente, Nardo empezaba a vestirse, ducharse, cambiarse de vestidos y de zapatos y de sostenes. Alguien dijo que es más erótico vestir a una mujer que desnudarla.

De modo que yo ayudaba a Nardo en lo que podía, ponerle un zapato, quitarle un zapato, bajarle una liga, subirle una liga, elegirle un color, buscarle la braga roja, que siempre se perdía o la robaban los chicos de la calle, las tribus urbanas, como decíamos en los periódicos, cuando la braga estaba en el tendedero.

Y calculaba la hora de tomarme mi Viagra según la hora en que nos íbamos a ir a la cama. Nardo conocía unos apartamentos de camas redondas, literalmente redondas, lo cual, para una pareja no tenía mayor novedad que terminar la brega en dirección contraria al comienzo.

Salíamos a la calle como una pareja rara y los chicos me gritaban:

—Tío, devuélvenos a la morena.

La madre nos despedía sin dejar de jugar al tresillo.

—¿Adónde vais esta noche, hijos?

—A un estreno, mamá.

En un taxi bajábamos hasta el centro y luego recorríamos lentamente los bares de la zona Azca, colocándonos despacio, ella a base de whisky y yo de ginebra y tónica. La temperatura y las ganas nos subían por dentro. Yo no era muy partidario de mezclar la Viagra con alcohol, pero esto no se lo decía a ella, naturalmente. Nardo parlaba con gracia de cosas del oficio, o sea, el cine y eso, y luego entraba en el tema amoroso, porque la estabilidad de lo nuestro la preocupaba mucho, y entonces se ponía seria, fumaba sin parar e iba apuntando en ella la tigresa. Si en Getafe éramos una pareja rara, en Azca éramos una pareja más entre tantas parejas iguales, todos de una elegancia falsa o de un miserabilismo de oro, estudiado, barato y molón. En los bares/piano se abría el alhelí ingenuo de la coca y todos los camareros y maîtres tenían para con Nardo deferencias e intimidaciones de años, pues que Nardo era una de las reinas de aquel roneo y bacile resultón. Nuestros cuerpos echaban chispas.

Para calmar los múltiples cabreos de Nardo, que durante el día ella había ocultado con la risa, el humor jarrapellejos y el optimismo de su cuerpo, la llevaba a cenar a los asadores de pescado de la autopista de La Coruña, Los Remos, Gaztelubide, todo eso, y Nardo cogía marcha.

—Ponte en forma, Jonás, que esta noche el cuerpo me pide comisaría.

Volvíamos a Madrid bien cenados y, si era buen tiempo, ella se metía con su coche (que guardaba en un parking de Santo Domingo: casi nunca lo llevaba a casa, por los malvados niños o por las explicaciones a mamá) en la Casa de Campo, paraba en umbría propicia y hacíamos el amor dentro de su pequeño vehículo, ella encima, como otras. Nardo se agotaba contra una torre de Viagra que podía con su cuerpo

beligerante, su fuerza de vivir y su juventud. Hasta que las profesionales, las putas con sitio propio y los travestones venían a por nosotros, para hacernos la guerra con sprais, creyéndonos furtivos. Pero de todos modos amanecíamos siempre en la cama redonda, yo cadáver y Nardo «sucio de besos y arena».

Nardo era la mujer ideal para todo tipo de experiencias, con y sin Viagra. Todo le interesaba, le divertía, le inspiraba curiosidad. Siempre colaboraba, cuando no era ella quien se inventaba un nuevo número. Nardo me ayudó a completar este cuadro de:

PENETRACIONES

De frente y de pie: penetración vaginal sin mucho porvenir ni libertad de movimientos.

De frente y en la cama: penetración vaginal, rectal, con las piernas de él o ella cerradas o abiertas, con las cuatro piernas cerradas o las cuatro abiertas, etcétera.

Penetración de espaldas: ha de iniciarse de rodillas y por detrás, y completarse así o ir descendiendo a la horizontal lentamente, mientras ella baja y junta las piernas, de modo que sus glúteos presionan el vientre del varón con una confortable sensación de estar poseyendo un culo.

Penetración anal.

Penetración horizontal con ella encima, de rodillas, de manera que se permite graduar su juego vaginal con el pene dentro, imponiendo ella el ritmo que más le convenga. Al varón, esta postura le permite jugar con labios, lengua, pechos y glúteos de la compañera, teniendo una sensación más completa de posesión manual, táctil.

Otras variantes:

Ambos de rodillas en la cama, frente a frente, de modo que puedan proceder a la mutua masturbación. En esta posición, o de pie, la masturbación de/a la mujer resulta mucho más ereccional y orgásmica.

Penetración horizontal, un poco de costado, para acompañarla de masturbación de clítoris por él o ella. Esta técnica, en mujeres de orgasmo difícil, resulta muy satisfactoria, ya que combina penetración/masturbación.

Hay una complicada y eficaz forma de penetración que consiste en sentar a la mujer en una consola, por ejemplo, apoyada en la pared (mejor espejo) con las piernas muy levantadas y separadas. El varón se sitúa de pie, frente a la mujer, y la penetra con toda libertad, teniendo las manos libres para caricias o para sujetar las piernas de ella. Este ejercicio sólo lo soportan mujeres muy jóvenes, muy flexibles o de profesión adecuada, bailarinas, etc. La gimnasia rítmica es un vivero de criaturas aptas para esta forma de penetración, la más completa y profunda de todas (salvo el grado de virilización que los tratamientos adjuntos a esta gimnasia van imprimiendo en el desarrollo de tales muchachas). Incluso, el espejo o cornucopia permite contemplar la nuca y la espalda de la mujer.

SEXO ORAL

La lengua masculina, aparte de acariciar el clítoris mejor que las manos, va humedeciendo la vagina para la subsiguiente penetración.

En las adolescentes, el movimiento de la lengua bien puede extenderse hasta el ano.

En cualquier caso, la penetración del ano con un dedo, aparte de ser efectiva por sí misma, va disponiendo a la mujer para la penetración anal del pene.

La masturbación oral parece más eficaz por delante, pero la masturbación oral por detrás permite disfrutar la geografía de los glúteos y los muslos, y que la mujer complete la figura con su felación.

Besos, mordiscos y juegos de la lengua sobre los pezones: parece comprobado que, aparte su efectismo visual, no son muy eficaces en la excitación de la mujer. Ellas no suelen confesar esto, pero en muchos casos sus pechos son fríos. La mujer usa los pechos como reclamo social, como símbolo de su feminidad, como escaparate o metáfora, como barroquización del resto del cuerpo, pero a la hora efectiva del amor los pechos no tienen mucho que hacer.

De hecho, son más vivos, provocativos, libres y estimulantes unos senos adolescentes que los pesados pechos de la mujer madura, siempre un poco como sobrantes. Cualquier buen conocedor prefiere los senos «infantiles», o los senos sólo pezón, a las abundancias de la mujer muy hecha. En cualquier caso, no se aconseja una excesiva insistencia en los senos, tan pictóricos y literarios, porque sólo son fundamentales en los primeros estímulos amorosos, y con frecuencia tienden a lo cómico.

(Estas elementalidades me dictaba Nardo y yo las mejoraba mal que bien.)

Estaba yo en mi pequeño apartamento de Serrano cuando me llamó al teléfono un viejo amigo policía, inspector, que a veces había colaborado con el periódico.

—Soy Hernández, ya sabes, de la pasma. Te leo casi todo lo tuyo. Que estoy aquí con dos señores extranjeros que tendrían curiosidad por conocerte.

Era el lenguaje convencional y neutro del teléfono. Hernández, en realidad, me imponía su presencia y la de aquellos señores. Hernández era un hombre alto y delgado, de calva abovedada, edad rara, voz muy trabajada y ademanes corteses. Algo así como si quisiera ser un policía inglés.

—¿De qué se trata?

—De Nardo.

Hacía muchos días que no veía a Nardo, de modo que, después de hablar con Hernández, la llamé y me dijeron que estaba en el teatro Príncipe, ensayando. Sí, eso ya lo sabía yo, pero sería inútil buscar telefónicamente a Nardo entre nubes rosadas de vicetiples —ensayaban una revista— y bloques compactos de músicos. Nardo vivía realmente de un negocio raro y peligroso. Nardo trabajaba para una organización que la vendía periódicamente como esclava blanca por el norte de África, para los grandes serrallos. La misma organización la ayudaba en seguida a fugarse y al año siguiente daban el golpe en otro sitio. Todo de acuerdo con el jeque.

Del dinero cobrado por la esclava blanca, Nardo se llevaba un cincuenta, qué menos. Ella me explicó una vez que está prohibido disparar contra una de estas mujeres, herirla o matarla, pues se compravenden carísimas en el mercado. Si cazas una foca a tiros, ya no puedes hacerte un abrigo de foca, por los agujeros. Del mismo modo, si hieres o mutilas a una esclava, que antes ha sido una gran inversión, te cortan la cabeza por estar arruinando al gran bajá. Y esta circunstancia es la que daba a Nardo y a otras una cierta impunidad en la huida. Hernández iba a llegar en media hora. Los jeques folian y negocian.

Claro que todo esto sólo vale para las esclavas de élite, digamos. A la que es capturada en la huida no se la castiga ni macula, sino que se la embellece mucho más sobre su propia y carísima belleza, para venderla otra vez. Lo más que hará el bajá es disfrutarla algunas noches antes de mandarla al mercado, que ahora está muy organizado. Esta movida de dinero es lo que permitía a Nardo perder el tiempo con un tipo como yo. Pero Nardo había huido de verdad.

En cuanto a las esclavas *naturales*, las que se toman directa y gratuitamente del pueblo, éstas no tienen ningún valor, salvo casos de excepcional belleza, y se las puede humillar, degradar, torturar y matar. Pero éstas precisamente son las que no tratan de huir. En seguida relacioné la búsqueda de Nardo por la policía con su última aventura morisca, ya lejana de meses. Oí el ascensor, que sólo llegaba hasta mi piso.

Los acompañantes de Hernández eran, naturalmente, dos árabes o moros o marroquíes o como se diga eso. No soy don Emilio García Gómez, que gloria haya, no soy arabista y no puedo distinguir Tetuán de Tánger, sitios donde nunca he estado. Sólo recuerdo Casablanca por la película, donde no sale Casablanca.

—Hola, poli, cómo estás. Ustedes siéntense por ahí.

Dos hombres morenos, humildes y peligrosos, vestidos de un marrón sucio, occidental, sobre el marrón de su piel. Llevaban meses en Europa, por orden de su bajá o lo que fuese, buscando a Nardo, que ellos conocían como Fátima o algo así. Pensé que del

dinero de aquel bajá también estaba disfrutando yo por un tiempo.

—Verás, no pueden volver a su país sin ella. Les cortarán la cabeza y los huevos.

—Me parece excesivo. Un hombre sin cabeza ¿para qué quiere los huevos? Y a la inversa. ¿Por qué me los has traído aquí?

—A ella le cogieron una agenda en su huida y ahí estabas tú. A toda la gente de la agenda se la está visitando. Hasta a la sastra de tu amiga. No es un caso de venganza, ya comprendes, sino de recuperar una pieza valiosa, de recuperar el dinero. Estos orientales son más sabios de lo que creemos y no necesitan sangre, como nosotros, sino disfrutar un poco de la cierva vulnerada y revenderla lo mejor posible. Vengativos somos los occidentales. Ellos sencillamente son antiguos, y lo más antiguo del mundo es el valor de las cosas.

Hernández había sacado incluso su pipa anglosajona, pero sólo la mordisqueaba. Fui a buscar pepsi para todos al lavabo/cocina y dejé una botella de ginebra mala sobre la mesa, por si alguien quería añadir.

—Hace tiempo que no sé de Nardo. Estará haciendo algún viaje por Europa, aunque a ella le tira más lo exótico. Ya sabes, ahora se practica el turismo sexual.

—¿No has recibido ni siquiera una postal suya?

—No manda postales. A ella, cuando se va, no conviene buscarla ni perseguirla. Va y vuelve cuando quiere, como los gatos. Yo tengo una gata y...

En ningún momento dijimos «Nardo», para no darles pistas a los otros dos. Yo tampoco me dirigía a ellos, pues los extranjeros, que nunca nos entienden, piensan mal del que trata de hacerles entrar en un idioma que seguramente odian.

—¿Cuánto tiempo hace que no te llama?

—Bueno, bueno, bueno. Meses. Verdaderos meses.

—Sólo te pido que en cuanto tengas noticias de ella me llames. Arreglaremos las cosas de modo que resulten bien para todos.

—Hernández, te debo algunas exclusivas y no lo olvido. ¿A qué majama le vendieron el cuerpamen? ¿De dónde se escapó mi amor? La verdad es que no suele contarme nada de eso.

—La vida de ella la conoces mejor que yo.

—Pero la *otra* vida. Sólo conozco la parte de su vida en la que salgo yo. ¿Por qué fingen huir?

—Eso las revaloriza.

Hernández les explicaba a sus amigos que yo era un tipo cojonudo y que en cuanto tuviera una pista le iba a telefonar. Incluso hizo ese movimiento, con la mano un poco cerrada, de darse vueltas alrededor de la oreja, aunque ya nadie llama así. Es una cosa que ha quedado del teléfono de Graham Bell. Toda la conversación de Hernández con los otros transcurrió en un francés desastroso.

Por fin se fueron. El policía, ya en la escalera, se volvió para hacerme un guiño que no quería decir nada.

Aquella noche, hacia las doce, me fui al teatro para informar a Nardo. Cogí metros, autobuses, taxis, desvié el camino tan fácil de la Gran Vía, pues no me fiaba nada de que los africanos, además de recurrir a la policía española, no me estuvieran espiando ellos directamente.

En el Príncipe, dentro de la galaxia/Broadway madrileña, anunciaban ya una revista para el otoño, que es la que estaban ensayando dentro. En el cartelón, a tamaño medio, junto a la cabezota de la estrella años setenta, se veía, en más natural, la cabeza sonriente de Nardo, pero tan mal hecha que los afrikaners no la hubieran reconocido. De todos modos, allí estaba ella, riendo en el centro de Madrid, mientras la buscaban por el subsuelo.

Pasé por la entrada de artistas. En aquel teatro, dedicado al musical, olía siempre a mujer, a perfumes de colores, a higiene, pintura y colorín.

Me senté en el patio de butacas, muy inclinado, a mirar el ensayo y buscar a Nardo entre las chicas. Todavía estábamos en la estela de *A Chorus Line* y los bailarines y las bailarinas llevaban gruesos escaarpines hasta media pantorrilla, lo que mejora mucho la pierna, y el ensayo se hacía con pereza, rectificación y gritos que no asustaban a nadie. La estrella de los setenta debía estar en su camerino descansando o quizá había salido a cenar.

A Nardo la vi en seguida, tan morena y española, con un bodi y unos escaarpines, más delgada, más guapa y muy divertida. Me saludó estirando mucho el brazo y moviendo la mano. Me hizo señas de que en seguida nos veríamos fuera. La cosa era extranjera. En *Chorus Line*, en Hollywood, iba a trabajar Ana Obregón, según me dijo ella misma. Se preparaba en un gimnasio de la Castellana. Luego vino la película y nada. Ella brujuleó por Hollywood y al fin decidió ser una estrella española mejor que una star americana. Ahora ya no sé lo que es. Aquello que estaban ensayando tenía algo de *Chorus Line* en pobre. Me gustaba ver a aquellas esbeltas chicas en bodi, abandonadas a movimientos nada anatómicos, rendidas por el trabajo, pero mi mirada paraba siempre en Nardo, que, como los gatos, jamás descomponía la figura.

Al fin nos encontramos en uno de aquellos pasillos forrados de negro, entre decorados y músicos dormidos. Ella había pedido permiso para salir a cenar. Abracé su cuerpo estilizado por el bodi y el trabajo. Me besó con su boca alegre y salvaje. Oía intensamente al perfume de la función y el maquillaje la convertía en otra. Pasamos un momento por su camerino, se echó una gabardina corta sobre el bodi y salimos a cenar.

—Cuánto tiempo, Jonás. ¿Me has puesto cuernos, señor Viagra?

—No.

—Yo sí.

La llevé al viejo Valentín, que pronto cerraría para siempre, pero todavía alcanzamos el último solomillo hecho como nata de carne.

—Me gusta mucho que hayas venido.

Viejos camareros que lo habían sido de don José María de Cossío y don Antonio Díaz-Cañabate, de Paco Camino y Conchita Montes, nos sirvieron con la profesionalidad austera y elegante de los camareros del *Titanic* cuando ya empezaba a hundirse.

—He venido a verte porque no llamas nunca, puta, pero además es que tengo que darte un aviso.

—¿Te quedarás esta noche conmigo a dormir?

—Dónde.

—En mi camerino, ya verás.

—¿Y la obra, qué tal?

—Fatalona. La jefa es una bordería, ya sabes. Todo va en plan barullo. No sé ni siquiera si llegaremos a estrenar.

La estrella estaba en un reservado, cenando con el empresario, y me pareció que no le gustaba nada ver allí a su chica, que iba de segunda.

—Paga y vámonos de aquí, que está ahí ésa —dijo Nardo.

Nos fuimos a un tabernón de Preciados a emborracharnos un poco de ron y coca-cola, aquello que llamaban un cubalibre. El cuerpo de Nardo me rozaba todo el tiempo, un pecho, una mano, una rodilla entre mis muslos, un beso en la oreja, su vientre duro y cálido, esbelto, contra mi tripa. Era la manera que tenía Nardo, como las gatas, también, de irse poniendo cachonda ella sola, pues mi aparición repentina se conoce que le había despertado viejos deseos. Le conté la visita y el peligro. Primero se rió, luego se asustó, luego se puso pensativa.

—Siento que te hayan molestado esos cabrones.

—Tú sabrás de qué harén te has escapado últimamente.

—Pues claro que lo sé. Fue divino. Mis chicos habían cogido un coche grande, viejo, y

estuvieron todo el día pintándolo de blanco, imitando un Rolls como el del bajá. Hasta le dibujaron el escudito, no veas qué pasada, y así pude salir tranquilamente del palacio, en el Rolls del señorito, y una mierda. Por eso ahora me dedico a perder dinero con el teatro. Pero éstos no vienen a recuperar la pieza, como tú crees. No soy un jarrón Ming, aunque me veas este cuerpo. Éstos vienen a matarme. Lo del Rolls fue muy fuerte, mucho bacile, un pasadón total.

De vuelta al teatro (también había vuelto la estrella), hicieron muy en serio el ensayo final de aquel día y Nardo se veía que actuaba todo el rato para mí, con sonrisas y gestualidades de su hermoso cuerpo, ahora rejuvenecido y delgado. La estrellona se volvió a mirarme alguna vez, con mala cara, y cuando no actuaba me acerqué a saludarla y le prometí mucha prensa para el estreno. Estaba celosa de que yo dedicase toda mi atención a la segunda. En el teatro son así.

Nardo me había explicado: «Tú te encierras en mi camerino por dentro, apagas la luz, te tumbas y me esperas. No te muevas aunque llamen. Cuando acabe, llego yo y nos quedamos encamados, amor. Claro que está prohibido. Pero también está prohibido hacer mal teatro y ésta lo hace. O debería estarlo.»

La noche fue un largo, prolongado y excesivo orgasmo. El azul/Viagra flotaba entre los azules más intensos de la función. Estuvimos a oscuras queriéndonos mucho y traicioné a Nardo con Nardo, pues, más delgada y a oscuras, se me olvidaba que era ella y violé a una mujer nueva. De madrugada salimos corriendo. Mientras desayunábamos en una churrería de la Red de San Luis, le dije lo que íbamos a hacer: —Pide permiso en la compañía y nos vamos hoy mismo a Ibiza a pegarnos un baño, mientras tus amigos los eunucos del serrallo nos pierden la pista.

Me besó en la boca, lo que quería decir que el plan le parecía bueno. Pero el beso sabía a churro.

Nada más llegar a la isla, Nardo alquiló un coche rojo y se compró un sombrero tejanero que le sentaba muy bien a su perfil español. En el avión, Nardo, que hacía amistad con todo el mundo, había entrado en tratos con un viajante de piedrecillas preciosas, de pequeños prodigios aburridos, que le abría y cerraba su catálogo al tiempo que ella pestañeaba. A mí, aquel tipo me recordaba a Lauro Olmo: el mismo perfil de boxeador triste, pero al viajante de comercio le faltaba, sin duda, la bondad ancha y literaria del viejo socialista muerto. Sea como fuere, yo estaba seguro de que Nardo no volvería a la Península sin un brochecito/joya de aquel catálogo/maletín.

—¿Te gusta cómo me queda el Stetson?

—Genial, te queda genial.

—Hijo, lo dices como si no te gustase.

—Pareces Clint Eastwood en una de ganaderos pobres y buenos.

—Que te folien.

El hotel era tan grande que yo creo que era más grande que la isla. El hotel era curvo, verde, mareante, la apoteosis de un trópico mediterráneo, aunque esta mezcla desconcertaba un poco y le quitaba comodidad a la isla. Toda Alemania vivía en el hotel (ambas Alemanias), más una antigua periodista española del antiguo *Pueblo*, que nos roneaba todo el rato a Nardo y a mí —ella era famosa—, como para hacernos un reportaje del corazón.

Inaugurábamos la mañana, claro, con el poeta y sus mañanas triunfales, yo la sacaba del sueño a mordiscos y ella se volvía un guerrero cartaginés que me derrotaba de amor sobre las alfombras gordas y exóticas de aquel hotelazo. A mí cuando llevo de viaje a una chica me gusta tenerla como a una reina.

Luego bajábamos a desayunar al green, freidurías de todo, cafeterías en los *bungalows* y hasta periódicos de Madrid. A lo lejos, las grandes piscinas como lagos, de un azul completamente falso (el verdadero azul del mar estaba más allá, pero era de mal gusto bañarse en el mar). Yo me pasaba la mañana bebiendo ginebra mientras

lentas adolescentes giraban por una pista de patines con la música hilvanada al oído, sonámbulas de megafonía y gilipollez, pero tan líricas. Nardo, con su sombrero tejano, su tanga absolutamente indecoroso y parcial, su risa y su beso, se iba de vez en cuando a nadar a la piscina y volvía chorreante de luz, empapada de cielo y también un poco húmeda. Las yogurinas seguían patinando en bikini, y en el ternísimo ombligo les crecía una flor de música.

—¿Ya estás de voyeur con tus yogurinas, vicioso? —reía Nardo.

El hotel debía de ser de un tal señor Matutes, industrial de la isla, que con los años y los desengaños llegaría a canciller de España, toma ya, vuelto que hubo a la derecha. Decían que también tenía discotecas y yates. La industria del turismo, o sea. La isla olía a mar muerto y mujer desnuda. Yo andaba en tanga masculino todo el día, pero no me mojaba un pelo.

El joyero ambulante le había contado muchas cosas a Nardo sobre el señor Matutes, todas falsas, las malas y las buenas.

—¿Ya le has sacado la perla a Lauro Olmo?

—El buen señor está en la horma.

Siestas con amor y sexo, todo color sur y un sueño con corporeidad de mujer bien hecha, Nardo o su doble onírico, yo dormía la siesta con dos. Un día estaba tan dormida que se puso a orinar en cucullas en su propio sombrero Stetson. «Lástima de sombrero —dije—, empezaba a gustarme.» Pero el espectáculo había sido algo así como una diosa espartana meando oro a sus escuadrones. Por la noche, al restaurante de Smilja, donde aquella princesa del *Hola* nos puso mesa con Román Polanski, y tuve que enseñarle español. Lo había aprendido en México y se lo hice astillas.

Dime, académico, ¿qué color es el colorado?

Polanski hacía con las gruesas servilletas de la cena unos falos escultóricos con sus testículos y todo. Era su regalo a cada comensal, hombre o mujer. Sus cortesanos eran esos hombres oscuros y grandes del cine, que lo mismo pueden ser un electricista que un productor millonario que un genio de la iluminación con un Oscar. Eran cenas populosas y felices. En seguida advertí que a Polanski le había importado la belleza española de Nardo, aunque él era frío, tranquilo, elegante, y no se pasaba. «Presentar a una mujer es perderla», me lo he dicho siempre. Las cenas fueron raleando, las amigas de Smilja empezaban a fallar. Los mecánicos del cine también. Al final cenábamos la princesa, Polanski, Nardo y yo. Después de cenar íbamos a una discoteca que era como una inmensa estación de gasolina vuelta del revés. Yo tomaba cocoloco y bailaba con las yogurinas de la mañana, que se habían puesto un bolero de lamé sobre el bikini mojado de todo el día. Luego, en la cama, Nardo, que ya tenía la perla de Lauro Olmo sujeta a su hermoso y fuerte cuello, se dejaba querer mecánicamente, profesionalmente, pero sin la fiesta acostumbrada y tan nuestra. El tejano del pis perfumaba desde algún rincón. Fuera había un ambientazo Matutes.

Una noche entré solo en el comedor, escapado de una yogurina. En nuestra mesa había un único fallo/servilleta, escultura priápica, justo en mi sitio. Todo era muy sencillo y pude haberme dado la vuelta, pero llegué a la mesa y cené despacio, con gusto, solitario como el mar, que no se orienta en la noche. Sopas, pescados, vinos, venenos. Quise apurar hasta el final el cáliz del cornudo, con calma, dolor infinito, irrespirable, y cierto dandismo fuera de lugar y época. La pareja había huido y Smilja quizá se había muerto. El muy hijo de puta me había dejado su homenaje de despedida, una polla de trapo tan inútil como la mía. Desde entonces no he vuelto a ver una película de Polanski, pero siempre digo que son muy malas.

NATI

Yo estaba tendido en la cama, semidesnudo, con los codos en alto y las manos cruzadas bajo la nuca. Nati estaba de rodillas en la cama, sobre mí, con las piernas abiertas, erguida, sonriente, y el calor de su juventud calentaba mi sexo.

—¿Y cómo andas por ahí con ese nombre, Nati?

—Me lo pusieron por una tía, una hermana de mi madre que se llamaba así.

—Y que se quedó soltera.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo también he tenido varias tías que se llamaban Nati. Todas solteras. Solteronas, que se decía antes.

Nati reía y se abrazaba a sí misma los pechos vulgares y jóvenes. Tenía un desnudo gracioso, pero en pobre.

—Tú también eres una solterona, Jonás.

—No creas. Sólo a medias.

Y miré en torno el pequeño apartamento, como para tomar posesión de mis metros cuadrados de soltería. Nati se inclinaba sobre mí y me besaba los hombros, el cuello, y me removía el vello del pecho, pero yo me tomaba tiempo para una segunda fornicación, esta vez viagramada.

—¿Te gustaría más que me llamase Jessica o esas cosas del cine que ponen ahora a las chicas?

—No. Eso queda cursi. Me gustan los nombres españoles sin diminutivo: Carmen, Lola, Amparo, María, Dolores...

—Pues yo soy Natividad.

—Gracias por la información. Pero tampoco sirve. Suena a Navidades y villancico. Hay que hacer algo con tu nombre.

—Pues invéntame tú uno.

—Veremos. El caso es que empieza a gustarme Nati.

—Qué loco estás. Eres como yo me imaginaba.

—¿Por eso has venido?

—He venido porque estoy haciendo un trabajo de campo, un estudio de mercado y una encuesta, ya lo sabes.

Nati tenía los ojos azules, pero de un azul como de botón de mercería, no azul de mar ni azul de cielo ni azul de infinito. Un azul inmediato para una blusa.

—Una empresa de condones.

—Se llaman preservativos.

—Los inventó el doctor Condon y en la posguerra decíamos condones. Desde entonces no había vuelto a ponerme uno.

Nati era de la generación del condón o preservativo, esa joven generación que lo usa no contra el embarazo, que para eso hay otras previsiones, sino contra las enfermedades. Es graciosa y conmovedora la religiosidad con que estas niñas sacan su paquete de gomas de la culera del vaquero, te ponen uno en un pispás y miran arrobadas su obra, como si hubieran levantado un obelisco de oro, de plata, o una de esas torres de sangre que pueblan las fantasías poéticas de Borges.

—Estoy haciendo mi trabajo, Jonás.

Nati (siempre estoy a punto de escribir Trini, que es aún peor) tenía el cuerpo breve y esbelto, la piel remorena, como curtida de pobreza, la cabeza lista, la risa fácil y unos muslos fuertes, sólidos, que me apretaban con amor, unos muslos como lingotes de oro, como lingotes de cobre, unos muslos casi largos que le daban estatura a su torso casi infantil. Nati tenía el pubis negro y rizado, como era de prever. El pubis rizado de las chicas no me gusta mucho, pero en esta raza rara que somos los españoles se da bastante.

Nati había llamado por la mañana para lo de la encuesta y habíamos quedado para media tarde. Era de esas que nada más abrir la puerta dices: «Aquí hay trabajo.» La

encuesta era más científica de lo que yo había esperado, pero Nati la alternaba serenamente con la cama, pues era una cabecita ordenada que sabía masticar chicle mientras trabajaba con su ordenador de bolsillo.

—¿Y nunca te has dejado las gomas en el pantalón y te lo han echado a lavar?

—Miles de veces. Eso nos pasa a todas. La madre se coge un mosqueo con el tema, pero no le dice nada a papá. Yo, como trabajo en esto, no soy sospechosa, aunque mi madre dice que para llevar la cuenta de los condones que consumen los españoles no hace falta llevar uno siempre a tiro.

Son la generación del preservativo, sí. La generación de la higiene, de las varias duchas diarias (Nati ya se había dado tres en mi casa), del sexo de manual, como la gimnasia.

—Varias amigas mías se resisten, no les gusta, y no es que sean lesbianas ni nada, pero dice una que le abrumba tanto sexo, tanto tío, y sin embargo hay que hacerlo porque es higiénico, porque te calma los nervios y te relaja.

—Te relaja y te *realiza*.

—No te burles de mí, Jonás, que no escribo como tú pero tampoco digo tópicos.

Y me pasaba sus manos pequeñas, morenas y secas, con los dedos abiertos, por entre los tristes trópicos del vello. Yo le acariciaba los muslos brillantes y casi atléticos.

—A mí me parece, Nati, que algunas hacéis el amor sin parar porque es vuestra conquista, la libertad sexual, que os ha costado mucho, también a la generación anterior, y eso hay que amortizarlo.

—Tú lo dices con ironía, como siempre, pero es la verdad en algunos casos. Lo cierto es que sólo hemos vencido al hombre en la cama y eso nos lleva a renovar la victoria, aunque sea sin ganas.

—¿Y qué haces aquí encima sin ganas, Nati?

—Contigo sabía que me iba a gustar.

—Esa respuesta es de cuestionario.

—Sí, pero te voy notando a tope.

Apartó un muslo y me buscó el bulto con la mano.

—Ven, que te pongo guapo.

Aquella niña era una belleza sin signos externos como era una inteligencia sin signos externos. Empezaba a gustarme más allá de lo meramente profesional. Imaginaba yo su historia o me la había contado ella: familia obrera, chica lista que hace Empresariales, trabajo serio, liberación sexual y descubrimiento de la Higiene, como mito que ha venido después del Feminismo y del Progresismo.

Me bajó el pantalón rojo, me lavó la chilindrina en el lavabo, luego aprovechó la postura para iniciar una gustosa felación y volvió a tenderme en la cama para valorar las dimensiones eréctiles y colocarme un preservativo que tenía algo de botella de coca-cola. No estaba yo en manos de una chica desenvuelta ni de una yogurina, sino que era rehén de la Higiene mayúscula y con mayúscula, y Nati cambió incluso las sábanas, con nuestros cuerpos impresos del polvo primero y precipitado, adivinando dónde ponía las sábanas planchadas la asistenta semanal, cosa que yo no hubiese descubierto jamás. Pero lo Femenino es un todo y saben unas encontrar lo que esconden otras y saben todas manejar y trastabillar a un hombre como si fuera un niño: lo vienen haciendo desde la caverna.

Lo cual que Nati, satisfecha de su obra, mirando la erección, o mejor la polla, como si fuera obra suya de albañilería, hecha con barro (la polla está hecha de una costilla de mujer, pensé), montó encima e inició sabios movimientos que conducían a la concatenación de su orgasmo múltiple y me invitaban a entrar en acción, con lo que nos encontramos en un punto cualquiera del espacio, luminosamente, hasta que ella cayó, como una estrella apagada, sobre mi tórax, que volvía a besar silenciosamente, beatamente, lamentando yo no tener el tórax de aquel que hacía de Tarzán en las pelis.

—Me alegro de haberte conocido, Jonás.

Se irguió de nuevo, volviendo a la postura anterior, y nos dimos la mano.

—Tanto gusto.

—Tanto gusto.

Ya estábamos hundidos de nuevo en el barro original del que nos hizo Dios, pero sobre mi mesa se veían las estadísticas de Nati.

—Parece claro que los españoles de cierta edad os negáis a usar el preservativo.

Estaba de nuevo en marcha aquella maquinilla.

—O sea, los viejos.

—¿Por qué es eso?

—No lo he pensado. Quizá ese chisme, aunque ahora sea más bonito, nos devuelve al cacharro de posguerra, ya te digo, los cincuenta y eso. Un rechazo inconsciente.

—Pero hay más.

—Bueno, se ha perdido el miedo a hacer una tripa y el miedo a la blenorragia, que ya no hay o se cura muy fácil.

—Más.

—Para llamarte sólo Nati eres demasiado implacable. La goma atenúa las sensaciones: ésa es otra causa.

—Pero prolonga la erección o retarda la eyaculación.

—Sí, pero eso es lo que nosotros llamábamos el verduguillo. Nos atábamos un cordel en la raíz de la picha, una vez erecta, y claro que duraba más. La sangre se quedaba sin retorno. Yo preferiría volver al verduguillo.

—Has sido muy hábil, Jonás. Primero te lo has hecho a cuerpo limpio y luego te has viagrado, para repetir la jugada.

—Sí, pero no lo aconsejo. Con o sin. Nada de mezclar. ¿Pero esto es un polvo o un cursillo de Empresariales? ¿Te tiras a todos los encuestados?

—Nunca.

—Oh.

Nati erguía la cabeza ante mí. La última luz de la tarde encendía el brillo pobre de sus ojos. Nati llevaba unos pendientes de cristal a juego con los ojos, un detalle hortera. Le quité los pendientes y se los di.

—Toma y no te los vuelvas a poner. O déjalos en un pantalón, con los condones, y que los destroce la lavadora.

No me gustan en general los pendientes, y menos si son a juego con los ojos, y menos si los ojos y los pendientes tienen una luz pobre o equivocada. Pero ella no dijo nada. Ya en pie y medio vestidos tomamos unas pepsis. Nati recogía y ordenaba sus papeles.

—Me parece que he hecho un buen trabajo. Queda confirmado que el ochenta por ciento de los maduros rechazan el preservativo y el sesenta por ciento de los jóvenes lo usan normalmente. Las chicas también lo aceptan.

—¿Y las ancianas del Cristo de Medinaceli?

—Son cifras casi exactas. Lo estamos notando en las ventas.

—Pero hay más viejos que jóvenes, o sea, que vais de culo.

Nati ordenó un poco el apartamento, me hizo la cama, sacudió cosas por la ventana. He ahí una nueva generación más limpia. ¿Será la televisión?

—Sin pendientes estás más joven.

Y la besé.

Se había pegado otra ducha, claro, y la ropita —suéter y vaquero— le quedaba muy bien. Creo recordar que incluso había tirado a la basura una braga de papel y se había puesto otra limpia, nueva.

—¿Nos veremos otra vez, Nati?

—Cuando tenga que hacer otro estudio de mercado sectorial.

Se fue con un beso sincero y el ascensor dejó en el vacío de mi vida una estela sombría de rumor decreciente. «Al fin me he salvado del Imperio de la Higiene. Ya puedo volver a limpiarme los huevos con la servilleta.»

Meses más tarde, almorzando en un restaurante caro y político con un ministro del Opus, Nati pasó, elegantita, acompañada de un maduro. Apenas me saludó, pero sus ojos indicaron la dirección de los servicios. Tuve un pasajero infarto. Interrumpí al ministro su lección sobre privatizaciones y desventajas de las 35 horas laborales, para ir al teléfono/excusado, aunque ahora el teléfono te lo traen a la mesa.

Allí estaba ella, en los servicios de caballeros, con la falda subida hasta el vientre. Felación urgente, encerrados ya en una cabina, penetración acelerada y asmática (ella), desorden de ropas y pelos y líquidos: «Me encanta hacerlo así, por sorpresa —dijo ella—. En sitios nobles.»

«La transgresión, iba yo pensando camino del Opus, la transgresión vuelve a triunfar sobre la Higiene, querido Bataille, querido Sade, querido Genet, querido Baudelaire, queridos hermanos.»

Casi se los presenté al ministro.

ISABEL

Isabel era de Antón Martín, asidua de aquel mercado con montones de trigo y hermosos cadáveres frescos de toro y de vaca, espectadora del Doré, el cine más antiguo de Madrid, paseanta de las tiendas más minuciosas y manifestante de todas las manifestaciones que pasaban por Atocha pidiendo más sobre, menos horas, más socialismo o menos muertos.

Isabel, después de los años, me llamó una tarde y en seguida reconocí su voz. La voz es el alma y es grosero y de poca sensibilidad olvidar una voz, olvidar una alma, y más aún cuando ha habitado entre nosotros como cuerpo:

—Me hace gracia porque veo que te has convertido en el hombre/Viagra...

—O sea, que tengo que hacer esos números para que te acuerdes de mí. Si quieres que nos veamos, no esperes ver pasar a Supermán. Voy corrientito, con vaqueros y eso.

Total que quedamos en el bar de un hotel. Isabel estaba como siempre. Hay personas que siempre están como siempre porque, como decía Marañón de Azorín, «no ha vivido y lleva dentro toda la vida no vivida». O de Menéndez Pidal: «Sólo a los noventa años se ha puesto a ser viejo.»

Isabel sí había vivido. Y no se había puesto a ser vieja antes de tiempo. Me gustan estos encuentros con los viejos amores porque soy un profesional de la nostalgia. Hay el peligro de que la percanta esté fané, con una percha en el escote (anoche estuve leyendo a Borges), pero sobre todo hay el peligro de que descubramos de nuevo que era tonta, porque siempre se recuerda un buen cuerpo y se olvida una mala salida.

Con Isabel yo no corría ese riesgo —el de la inteligencia—, pues era muy lista y eso no cambia, y en cuanto a lo de la percha en el escote, pronto vi que tampoco.

Antón Martín, cruce de caminos, un Madrid cimarrón entre el cosmopolitismo de Atocha/plaza y el casticismo de las corralas y ese mundo de Lavapiés que hoy es parking de las Harley-Davidson de los chicos buenos del barrio, cita de los progres del Olimpia y reino de la tía moño que decía César:

—¡Ande ahí por otro botijo de anís, tía moño, que da usted calor!

Era cuando los señoritos alternaban con el casticismo de Pablo Iglesias puesto en limpio por Carlos Arniches, que ni siquiera era madrileño. Isabel tenía el perfil prerrafaelista de siempre, las manos románticas, las gafitas de progre, algo de John Lennon femenino, una parla intelectual y maligna, entre Derrida y el marujeo literario.

Nada más verla con su vestido de verano, todavía el floreo progre pero en más vecindón, se me hicieron presentes sus pechos sólidos, juntos, suaves, la blancura densa, dura y clásica de su cuerpo, la apretura de sus glúteos. Y el abanico.

Porque Isabel seguía usando abanico, aquel abanico castizo que había vuelto a poner de moda entre la izquierda mi amiga Carmen Diez de Rivera, hoy perdida en las Bruselas del euro, las Menorcas del sol —otro euro— y los silencios del dolor.

Nos comunicamos cosas. Ella sabía más de mí, por los periódicos. Ella tenía una vocación de escritora minoritaria que sólo de tarde en tarde asomaba a los periódicos o las revistas, y yo la veía más pluma de ensayista —semióloga— que de columnista.

—Hijo, te veo en todos los periódicos, y más ahora con ese rollo que te traes de la Viagra, qué pasada, qué tío, pero te encuentro muy bien, estás lo mismo, y de los de entonces eres uno de los pocos que siguen diciendo cosas. Los demás se han instalado.

Isabel solía ser lengua anabolena, siempre en culto, pero me había llamado ella y no iba a hacerlo para insultarme. Isabel tenía una voz ligera, fina, graciosa, como una agua que corre baladí, pero llena de raudas inteligencias. Quevedo llamó al pez —la carpa, supongo— «llama húmeda». La conversación de Isabel estaba llena de llamas húmedas, y una llama húmeda, quemante y dulcísima había sido su lengua a otros efectos.

Tras las copas del hotel, fuimos dando un paseo hasta su casa, por el Madrid de

agosto, nublado como una tormenta vista en un grabado, que decora pero nunca estalla. Isabel tenía un piso antiguo reciclado por ella en piso progre, como tantos: libros, pasillos, litos de buen gusto, progreserías de los setenta/ochenta y artesanías de Santa Ana. Isabel tenía un ex marido del que no hablaba apenas y un hijo del que quizá hablaba demasiado.

Debidamente viagramatizado yo, puesto que parece que es lo que ella venía buscando, me tendí a escucharla en un sofá años veinte y se puso una bata de casa que mostraba la cualidad de sus piernas y la blancura hermosa de su escote. Claro que estábamos ya a la luz baja de la tarde entrada, de la tarde atardecida, pero a Isabel le gustaba aquella charla retro, seguía muy informada, hacía comentarios inteligentes y me agradecía, sin duda, que no llegase yo con las viejas prisas del chori madrileño.

—Si es que todos andan como con ganas de hacer pis, despachan de prisa y se van. Una ya no busca eso. Una busca vivir las cosas más despacio y esto de ver atardecer en Antón Martín, en silencio, sin coches, con una copa.

—Dijo alguien que el hombre tiene atardecer de pastor.

—Pues eso es, siempre encuentras la cita. Hay que atardecer como el pastor, asistir al sueño del rebaño, ver venir la noche sin angustia, cuando hasta mi gato, que es blanco, tiene angustia. Ésta es la hora de la calma, de la paz, del tiempo parado. La hora del amor.

Tenía yo una mano puesta en la rodilla blanca y fuerte de Isabel. Pero mi actitud sedente, mi pacífico escuchar, mi falta de agresividad, sin duda le gustaban mucho. Así, le dejé que tomara todas las iniciativas. Nos besamos.

—¿Y cuándo voy a conocer yo al hombre/Viagra? —dijo con su punta de cachondeo madriles.

—Ahora mismo.

—No me digas que vienes preparado y todo.

—Me vienes preparando tú. Dicen los científicos que es necesario el estímulo.

Se quitó la bata, quedando en una deliciosa combinación negra que podía ser de una tía suya con buen gusto. Me agrada mucho esa recuperación irónica y estética que ha hecho esta generación de los viejos trapos de mamá que antes nos daban risa.

Sus muslos cobraban un protagonismo blanco e importante entre las sombras y lo negro. Su cuerpo desnudo seguía teniendo una claridad opaca, una blancura sólida, con la graciosa miniatura del pubis negro y fino. Si había arrugas o tiempo, la penumbra lo velaba todo. La edad no es sino una insolencia de la luz.

No sé si he dicho ya que tomábamos copas, claro. Yo ginebra y ella unas botellitas antiguas de vinos finos que iban con el anacronismo irónico de la ropa y de la casa. Esta idea del anacronismo irónico, cariñoso, salvador, no era sólo de Isabel, pero Isabel la llevaba mejor que ninguna de mis amigas, pues para eso era la semióloga de la posmodernidad, venida del marxismo mecanicista al esteticismo crítico y pasatista.

En aquella cama que los antepasados llamaron «turca» hicimos el amor de antaño, con cosas que nos eran familiares hasta el incesto, y otras no. La mujer, en la vuelta, recuerda más cosas que el hombre, lo que quiere decir que tiene más memoria sentimental y por eso suele ser buena novelista. Isabel era de las que aprietan los muslos en la crispación del orgasmo, y bajo aquella blancura de nata de mujer había una musculación fuerte que no se había resentido con los años, tampoco tantos.

—Pero esto es cojonudo, pero eres la hostia, pero antes no sabíamos ni follar. No sabíais ninguno, y nosotras menos.

—Mujer, acabábamos de estrenar la libertad de expresión en la cama.

Por un rato vi en azul su cuerpo blanquísimo, y con los ojos cerrados recuperé la solidez de aquellos pechos, lo que tenía de compacto y hermético aquel cuerpo, nada relacionable con la claridad inteligente de su mirada, de su cabeza, de sus ojos enormes y rientes que me miraban muy de cerca, sin gafas, con gratitud, satisfacción y

risa del propio placer.

—Cómo nos lo hacemos, tío.

Se ritualizó nuestra relación, yo visitaba en mis horas de pastor —atardecer— el piso limpio, bohemio y miniaturizado de Isabel. Volvimos al Doré buscando las viejas películas de siempre, *La edad de oro*, *El perro andaluz*, la *Juana de Arco* de Dreyer, toda en primeros planos, *Potemkin*, *Metrópolis*, la noche prodigiosa del cine en blanco y negro, la filmoteca como opio de nuestra juventud, la complicidad del público, siempre de nuestra misma tribu urbana, más jóvenes o más viejos, saludos de años atrás, toda la dulce ferralla comunista, ácrata, trotskista, gramsciana, todos ya al otro lado de la Historia, supervivientes, póstumos, postreros, con la lucha reificada como nostalgia.

Qué palabra, *reificada*, la usábamos en todos los artículos y todas las conversaciones y todos los mítines, dándole un sentido bueno o malo, según. Isabel y yo nos habíamos conocido en aquella galaxia flotante en torno a los últimos tiempos de *Triunfo*, en las cafeterías de Arapiles, en los viajes a Barcelona como al exilio, en una temperatura de revolución, de París 68 un poco retrasado. Hasta que un día vinimos todo el puente aéreo cogidos de la mano, no sé por qué (butacas casualmente juntas, o no tan casualmente). Y así, sin palabras, empezó todo y yo hablaba y hablaba y ella se mordía las uñas, que era su manera de pensar. También el pensador de Rodin parece que se está mordiendo las uñas.

Felipe, Carrillo, Tierno, Camacho, los mitos de entonces. Ninguno se entera —salvo los muertos— de que no se es mito dos veces, de que un jefe no se *reifica*. No quieren enterarse. También bajábamos hasta el Olimpia a ver a Lindsay Kemp en *Nuestra Señora de las Flores*, de Genet.

Muerto Kantor, me parece a mí que Kemp y Pina Bausch son los únicos que hacen un teatro de hoy y de siempre en el mundo. Y paseábamos por calles como Chapinería y vivíamos un Madrid profundo, la vividura diaria del barrio, de los barrios, lejos del casticismo, a solas con un pueblo alegre y confiado por el que habíamos luchado y que quizá nunca nos entendió, aunque a mí había alguna gente que me saludaba. Fue como irse a vivir a otra ciudad, como exiliarse en lo más napolitano de Madrid, en lo más catedralicio del Rastro, cuando los chamarileros guardan las sartenes y emerge una Venecia de yeso, estatua, sombras, luces verdes, en la orilla recalentada del mar de asfalto de las Rondas.

Antes o después del sexo fuerte en el piso relimpio, como una bohemia pasada por el tinte, Isabel, rejuvenecida de riego espermático, me iba enseñando los secretos de un barrio que en realidad era el mío: palacio de Fernán Núñez, calle de Santa Isabel, picados de Progreso, putas de Benavente, la buhardilla de Sandra, cines al aire libre, con abanico de cartón y leche merengada.

Madrid era ya la dulce leprosería del otoño. Isabel y yo estábamos sentados en su balcón, media noche, y muy atrás quedaban —tres cuartos de hora— el amor, el sexo, el alcohol, la charla. La calle, fina y levemente curva, curva y descendente al mismo tiempo, como cosa de un urbanismo renacentista y perdido, era como la funda elegante y vacía de una hermosa espada, o la espada misma.

No pasaba nadie.

Faroles madrileños y silencio. Yo presentía que esos silencios entre nosotros iban a ser cada vez más frecuentes. Estábamos mirando aquella calle, por donde había pasado España, como del otro lado ya de la Historia, que dijimos una vez ella o yo. Ninguno de nuestros sueños de juventud se habían cumplido. Yo mantenía la farsa de un ímpetu histórico y profesional perdido. Ella se había enlagunado en un pequeño mundo de nostalgia, secretos, cosas sin uso, ideas sin uso, asistiendo al presente, con una sonrisa crítica y niña (dientes delanteros un poco separados), y esto le hacía la ilusión de «estar en la cosa», cuando no era ya, con su hermoso cuerpo, sino un resto de las clases pasivas de aquella tribu urbana que quisimos tomar Madrid con palabras de

Pasionaria y guitarras de Paco Ibáñez.

Sentí el vértigo de dejarme arrastrar a aquel mundo retrospectivo, crítico y resignado de Isabel. De hecho, habíamos repetido la *tourné* de los Grandes Duques por los sagrados lugares de veinte años atrás. Ella la repetía todas las tardes. Prefiero vivir mi corto presente a soñar un largo pasado, me dije. Sencillamente, silenciosamente, sin sentimentalismo, hice el propósito de no volver, renuncié a la vagina intimísima y el cuerpo de Isabel, que era como de marfil antiguo.

Ella, intuitiva, vibrátil, hiperestésica, inteligente, adivinó algo, de modo que se levantaba a traer más bebida e iniciaba nuevas conversaciones entre la trapería de los temas. Quería negar con los actos lo que le decía una vaga palpitación. Bebimos más, nos cogimos una mano, como en el puente aéreo, aquella vez, pero estábamos de perfil, como los Reyes Católicos. No nos mirábamos, no queríamos romper el instante quebrándonos el cuello con una mirada intempestiva o darnos la frente contra la porcelana del aire parado.

—Bueno, que se me está haciendo tarde...

Solté su mano y me puse en pie. Nos besamos. Ella lo sabía ya y sabía que yo sabía que ella lo sabía. Pero fue exquisita hasta el último momento. Nos besamos con un beso de confianza (la hora de la pasión había pasado: todo normal). Se asomó a despedirme al hueco de la escalera.

—¿Sabrás abrir el portal?

—Sí.

Caminé por aquella calle, por aquella espada de luna con sangre de otoño, recordando sus piernas blancas y fuertes, sus muslos, vistos por última vez desde abajo. ¿Sentía ella lo mismo que yo? Me he liberado, dije casi en voz alta, me he liberado. Sin duda, Isabel me veía alejarme desde arriba, desde el balcón con flores. Pero no me volví a mirar, a saludar. Ella vivía su farsa intocable y yo la mía. Entre farsa y farsa, preferí lo mío, el jaleo, el periodismo, el mundo, el final de la historia y el guateque que viene después. En Antón Martín todavía quedaba una fuente pública, cuadrada, de piedra, con grifo latonero, manante.

Bebí un agua fresca o caldorra que sabía a ciudad, a estiaje, a verano, a otoño, y un poco también a madrugada y más agua venidera. Era el agua de los borrachos, los picados y los negros. También la mía.

CHILDE

El palacio estaba en una pequeña península muy internada en el mar, aquella península era como un puño de tierra o piedra sujetando en vano un mar desesperado, de un atlantismo casi teatral. El palacio era un cuento de hadas para adultos, un cuento de hadas lleno de borrachos, bellas adolescentes y viejos malignos que explicaban la Historia como un abecedario de sangre, cosa que es cierta, pero no debe decirse.

Y allí vivía Childe, una yanqui de melena corta y rubia, un cuerpo entre el rugby y el ballet, un corazón infantil entre dos pechos breves de virgen luterana. Childe, decían, practicaba uno de esos deportes acuáticos, marinos, que consisten en patinar sobre las olas con un palo y una vela, devolviendo la navegación a sus rudimentos casi prehistóricos. Además, se trataba de una navegación unipersonal, lo que engrandecía más aquellos cuerpos dorados y fugaces de las muchachas. Un día, la bella Childe chocó nada menos que contra el océano Atlántico, de modo que su barco/mariposa de una ala quedó desarbolado y su cuerpo herido. La llevaron al hospital más grande de la ciudad y días más tarde me acerqué a verla, pues era uno de sus profesores.

No quise hacer la visita protocolaria y escolar de todo el curso, porque había visto a Childe en la pequeña cala del palacio, y en las clases, claro, y su presencia tan rotundamente yanqui y tan rotundamente joven provocaba en mí una cierta turbación. Solía usar un bañador rojo, en vivo resplandor sobre su carne rubia, y un abrigo/toalla (los veranos, allí, no eran tórridos) que no se quitaba hasta llegar al límite del trampolín, o lo que fuese aquello, para arrojarse al mar.

Esa gracia respingona de la niña yanqui me es insoportable en el cine, pero resulta que en la realidad tiene interés, sobre todo cuando, detrás del estándar, empiezan a descubrirse unos ojos grises, pensativos, una boca sensitiva, culta, una expresión reflexiva, profunda. Es como si dejasen caer la máscara de la raza para que se revelase la persona. Lo de Childe no había sido grave, sólo un rasguño profundo de la madera que le iba a dejar una cicatriz como la apendicitis, pero al otro lado del vientre. Y Childe, que se llamaba Childe, con aquel nombre tan baironiano, y yo, que había escrito una biografía de Byron perfectamente prescindible, olvidable. Pero al poeta lo llevaba por dentro, y quizá hasta su cojera.

—Childe, que viene a verte uno de tus profesores.

Allí estaba, muy rubia en una cama muy limpia, con los hombros y los brazos desnudos, la sábana llegándole hasta la mitad de los pechos.

—El otro día le eché a usted de menos en la visita de los compañeros y profesores.

—Perdóname, pero tenía cosas urgentes que hacer. Y por favor, no me llames de usted. Ya ves que ahora estoy aquí.

Naturalmente, yo había buscado mucho sus ojos grises por los pasillos, por los claustros, por las clases, y se me encendía el corazón cuando, a mitad de una conferencia, entre la vegetación de las caras, descubría aquella luz gris, con un reflejo de mar, fija en mis ojos.

—Bueno, ¿y cómo va lo tuyo?

—Mire.

Estábamos solos. De un tirón apartó la sábana y dejó al descubierto su cuerpo desnudo, un poco infantilizado en la cama, mostrándome una cicatriz roja y viva en el vientre.

—Ya ve, justamente al otro lado de la apendicid. Al otro lado del apéndice, como me han dicho aquí.

—Una apendicitis del revés —dije.

—Eso. Oh, usted la frase, siempre la frase. Ya lo dicen en el curso.

El cuerpo deportivo y ya tan prematernal, los hombros anchos, los pechos niños, las caderas fuertes, el pubis rubio, los muslos grandiosos y aquella cornada absurda, como pintada por un surrealista —¿Delvaux?— en el cuerpo inmaculado de una mujer.

Volví otros días a verla, claro, siempre solo, y nada más llegar ella apartaba la sábana,

ya a solas los dos, para que yo viese la maduración o desecación de la herida.

Estas chicas americanas no tienen sentido del pudor o es que en su país funcionan de otra forma o coquetean sin ser conscientes de ello. Por costumbre, por rutina, le daba un beso a la llegada y a la despedida. Aquel día yo me retiraba sin el beso. Ella me ofrecía los labios.

—Prefiero dártelo aquí —dije. Y señalé la cicatriz.

—¿Ahí?

Y se reía con fuerza y claridad. Una risa infantil bastante desalentadora. Efectivamente es tonta y no ha entendido nada, me dije. Pero me incliné para besar suavemente la herida, que ya era cicatriz, sí. Ella había levantado la cabeza para verme. Levanté la mía y profundicé en sus ojos grises. Comprendí que le había gustado, la había sorprendido. Entonces volví a inclinarme y con la punta de la lengua me puse a lamer suavemente aquella llaga, tan cerca de la otra, de la eterna. Sabía salado, sabía joven. La miré. Estaba seria, quizá con los ojos cerrados, temblorosos, resistentes.

Por fin había comprendido, había sentido. Santa Teresa también habría sentido. Mujeres al fin. El sexo errante por todo el cuerpo. ¿Por qué no una vagina nueva, otra, sangrante, mística?

Se secularizó el rito de la cicatriz, se ritualizó, y yo iba varias veces por semana y ella me llamaba por teléfono si había faltado, de modo que directamente le besaba la boca o la llaga o la otra llaga, todavía virgen en ella, pero abriéndose por días. Cerraba yo la puerta por dentro, pero el idilio era evidente y nadie nos molestaba.

Por una vez, las Ciencias se rindieron a las Letras. Sólo el mar asomaba su sonrisa de espuma por encima de esos visillos cortos de arriba que dejan una ringlera de cuadritos encristalados para que pase la luz. Sólo el mar, allí no transitado, ponía su cenefa azul en la habitación demasiado blanca, y se llevaba la curiosidad de nuestra historia de amor para contarla en otros puertos.

Los dos, ella y yo, estábamos aprendiendo un pecado nuevo, aunque tan viejo, en aquella convalecencia en plena salud. Supongo que la cicatriz tenía mucha higiene.

Cuando Childe salió de la clínica estaba terminando el curso. Nos quedamos unos días en la ciudad marítima paseando sus paseos de flores con sal de mar, como cicatrices también, sus playas largas y tristes, viajando en sus tranvías hasta esa punta o cabo o finisterre (en cada provincia litoral hay uno) sólo mirado por los poetas marineros desde la piedra de sus malas estatuas.

Nos quedamos unos días viviendo la noche portuaria, en ese extremo en que todo puerto tiene algo de estación ferroviaria, como también pasa al contrario, y ya no sabía yo si bebíamos vino de puerto o vino de tren, pero no encontraba tabanco, garitera o celestina que nos encaminase a sitio propicio para dormir juntos, pues no quería yo profanar aquella virgen linconiana entre carbonillas y putambre, ya que la niña iba a tener un recuerdo perdurable del caso y ese recuerdo tenía que ser bello, o que a ella se lo pareciese. Los yanquis, como no tienen Historia, perpetúan como histórico todo lo que les pasa, gracias a la polaroid de la memoria.

En cada atardecer íbamos a mirar un mar con crepusculallas y no hubiera sido malo hacérselo allí, en la raya sonriente del agua y la arena, pero el espacio se llenaba de bicicletas: hay unos ciclistas tardíos, ciclistas de agua con bici de asfalto, que gustan de acompañar a la marea en su crecida, como si la fuesen trayendo ellos con su pedalear, de modo que no podía ser. Y me obstinaba en que ella se llevase de aquel paraíso pluvial, encantado y nuestro, cicatriz más profunda que la del esquife o lo que fuera. De modo que al día siguiente alquilamos coche y decidí gira por la comarca, que decían tan hermosa, heráldica y visitable. No creo en el turismo salvo cuando llevo a la turista conmigo.

La hermosa villa era alta en el paisaje, pero luego se hundía en calles estrechas, empedradas cuando la crisis ideológica del siglo XIII, rinconadas con flores, plazas sin

gracia y primores de balcón, escudo y colegiata, como un escenario de Lope de Vega. Habíamos llegado hasta allí en el coche alquilado y conducido por Childe, un Alfa Romeo viejo y suntuoso, señorial y deficiente. Lo primero nos apuntamos en el parador o merendero u hospedaje o cosa, según llamada telefónica que hiciéramos desde la capital, alegando yo mi alta autoridad universitaria, que no era ninguna, y la cualidad de la visitante americana, una secretaria de los Kennedy, que siempre han tenido oficinas en Boston.

Aquella hospedería viene a unir a su prestigio clásico y antañón el más reciente de una visita de De Gaulle, cuando jubilado para la muerte. Todas las parejas querían dormir en la cama de De Gaulle, y no comprendía yo este afán por macular la huella leve de un anciano con la violencia de las fornicaciones turísticas, tan llenas de entusiasmo como de amortización del billete. No nos dieron a nosotros la cama de De Gaulle, ni la pedimos, pero nos dieron una cama única y consabida, que al menos para mí era lo bastante, si no lo urgente.

En nuestro primer paseo visitamos la colegiata, vacía y polvorienta, donde Childe me hizo unas fotos: ya he hablado de la pasión de un pueblo sin Historia por erigir su pequeña historia privada y particular mediante la memoria, esa polaroid.

Había cosas que ver y tocar en aquella deshabitada maravilla, polvo, abandono y románico, que así es como toqué una cabeza de ángel, sin más, sobre una pilastra, cabeza de tamaño humano, natural, que tenía esquirla casual en la nariz, lo que la hacía respingona y le daba un parecido a la nariz y la expresión de Childe.

—Mira, Childe, tu retrato del siglo trece.

—¿De verdad se parece?

—¿Es que no lo ves? Es tu prima románica.

—¿Romántica?

—No. Románica, coño. Todo esto es románico. Estamos en el siglo trece, un suponer.

Childe se puso de puntillas para coger aquella cara entre sus manos y sonreía mirándola y entonces yo les hice una polaroid a las dos y por ahí debe andar.

—Esta cabeza es tuya, eres tú y nos la vamos a llevar.

Calculé unos millones de pesetas que valdría la cabeza, luego calculé en dólares y finalmente calculé que era incalculable, pieza, Historia, patrimonio nacional, cosa intocable, pero nos la íbamos a llevar lo mismo.

—Que aprendan a cuidar el patrimonio artístico.

—Oh, qué haces.

—Abre la mochila, coño, que viene gente.

Distinguía Juan Ramón Jiménez entre el «oh» anglosajón y el «ah» español, decantándose por este último, claro, según sus nostalgias españolas y andaluzas, pero ahora me decanto yo por la nostalgia de los «oh» de Childe, que le ponían la boca redonda, en O, con asombro infantil, con gracia ingenua dispuesta a equivocarse siempre en sus preferencias.

El «ah» es comprensivo.

El «oh» es sólo admirativo.

Pero el pedrusco ya estaba en la mochila.

—Camina siempre de frente al altar, hacia la salida, despacio.

Habían llegado turistas japoneses y no había peligro. Aquello sólo iba a ser un estudio de religiones comparadas. Más peligrosos hubieran sido los turistas nacionales, que en seguida hubieran echado en falta la pieza, siquiera por lógica, y reparado en la monstruosa mochila que la yanqui llevaba a su espalda. Ya en el Alfa, la mochila la pusimos en el maletero, dimos una vuelta por el pueblo, que era como el Laberinto si Lope hubiese sido un Minotauro, y me pareció prudente meter el pedrusco en el hospedaje lo antes posible, por si empezaba la busca y registro. Nadie iba a sospechar de un sitio que fue dosel y pluma del padre de la grandeur, que ha tenido más padres

que un perro de siete leches. La cena fue en un comedor con altos murales y pequeñas raciones. Los franceses no parecían dispuestos a admirarse de nada y los americanos se admiraban de todo.

Luego entraban los franceses en su suite, para dormir, con la misma unción que habrían entrado en la suite de Napoleón y Josefina, después de un polvo tormentoso y criollo entre el emperador y la chica.

Paseamos ya de noche por el pueblo vacío, por la carretera, por el bosque, trenzados de manos y boca, dejando que la urgencia del primer encuentro se enredase en nuestros cuerpos como una yedra pecadora. Mi sentimiento viagramatizado era profundo y azul, apenas controlable, de modo que me dejé llevar por los hechos. El mar, lejano y cercano, desplegaban su velamen de sal contra nuestro rostro.

Encerrados en el cuarto, que era como la celda suntuosa de una priora de santa Teresa, saqué la cabeza románica y, antes de esconderla bajo la cama, la tuve en mi mano y le recité el monólogo de Hamlet en inglés. Childe reía y luego se fue quedando seria, grave, ante las palabras escolares —escolares para ella— de Shakespeare, aquel bribón que compuso una obra de arte con un príncipe sin Viagra, una virgen necia, una madre puta y una calavera de teatro. Al final me abrazó y besó deslumbrada.

—¡Oh mi español poeta!

—Sólo tu profesor.

Estaba tan fuera de sus dimensiones mentales el robar aquello, que Childe no preguntaba nada. Pero, sobre todo, la inminencia del trance amoroso la tenía en un callado y rígido esperar.

Con la luz blanca de la noche, me tendí desnudo sobre el lecho de hilo. La niña venía a mí desnuda y lenta, conservando su braga de sencillo lienzo. Se la quité despacio por ver la cicatriz, donde besé con amor infinito y con respeto.

Conmovida, Childe, cogió mi cabeza en sus manos pequeñas, me besó con ese punto de desesperación que tiene la felicidad, luego recorrió todo mi cuerpo con sus infantiles besos, de pronto sabios y estratégicos, para mi sorpresa, pasando a felaciones y minuciosos encuentros del glande de seda con el pezón de sangre pálida, y yo había puesto la cabeza románica de Childe en un gran orinal de loza montañesa, sobre un bagueño, y veía aquella Childe robada —también ésta—, mientras la Childe contemporánea encendía con su lengua, «llama húmeda», todas las potencias de un falo de sangre y Viagra. Luego me volvió boca abajo, repentinamente activa, y sus besos caminaron mi espalda, de la rabadilla a la nuca, y su vientre de recia pureza se apretaba contra mis riñones. Me cabalgó una pierna, llegando a orgasmos de nación que manda, y luego mi penetración fue cuidadosa, hasta el grito ritual y la sangre pronta sobre la blancura antigua de una sábana cara. Pero el desvirgamiento es sólo un trance democrático al que tiene derecho toda ciudadana USA.

Childe pasó en junco de sangre de la infancia a la madurez y entonces entraba en unas copulaciones violentas, deportivas, con su cuerpo optimista casi siempre sobre el mío, pues el feminismo americano de parroquia adventista les enseña que como mujeres y pioneras tienen derecho a un cuerpo de varón.

Ya tendida a mi lado, con un lirio de semen en su vientre, se vio cara a cara con el ángel románico, con su doble de piedra, sobre el anacrónico orinal, y entonces sí rió como la niña que era, pues lo que le falta al gran talento americano es el don de la improvisación y la capacidad de romper esquemas. Por eso Groucho Marx era judío.

Childe se levantó al baño, hermosamente desnuda, perdido el velo de la pureza, hermosamente mujer, dejando toda su infancia sobre la alfombra, en un montoncito de ropa tenue y rosa, y a la vuelta le pregunté:

—Bueno, Childe, vamos a ver, tú eras virgen hasta ahora mismo, y sin embargo actúas en la cama como una buena profesional. ¿Dónde has aprendido todo eso?

—Oh, es de manual, nos lo enseñan en el colegio desde niñas.

—¿Os enseñan a perder la virginidad?

—No. La virginidad hay que conservarla, pero una mujer está obligada a tomar posesión plena del cuerpo de su marido. Es una manera de consumir y santificar el matrimonio.

—Y luego, mientras llega el matrimonio, ¿qué hacéis chicos y chicas?

—Hacemos todo lo del manual, pero nadie viola a nadie. El que lo hace puede ir a la cárcel o a la silla eléctrica.

Un curioso manual de la libertad hacia la represión, pensé.

—Pues no me queda nada que enseñarte, Childe.

—Oh, sí.

Se levantó, con lo que volví a mirar su culo grande, perfecto, apretado, deportivo, femenino y gimnástico. Sólo me faltaba eso, la penetración rectal, pero preferí dejarlo para otras noches. En cualquier caso, mi única aportación latina había sido el beso erótico en la llaga viva, cuando la primera visita, o la segunda, en el hospital. Un marqués de Sade cruzado de Pestalozzi. Childe se inclinó y se besó a sí misma en piedra. Daba por supuesto, me pareció, el llevarse aquella cabeza a USA, y no por picardía sino por ingenuidad. No sé si en Nueva York los feligreses se llevan a hombros las imágenes de la catedral de San Pablo.

Estuvimos unos tres días en el pueblo, durmiendo a cualquier hora, fornifollando a cualquier noche o siesta, hundiéndonos en el siglo XIII y evitando —yo— pasar por la colegiata ni saber si todo estaba igual o habían sustituido la cabeza por otra, quizá un obispo pelagiano.

El viaje de vuelta lo hicimos con la cabeza de mi niña románica, bien empapelada, en el maletero. Childe se había puesto una camiseta mía, como a veces han hecho otras mujeres —Natanael, María, etc.—, y ponía la radio del coche a tope. Más que la velocidad, nos trajo la música.

Country, tecno/pop y *Noche y día*, cantado por Frank Sinatra, que lo habíamos bailado una noche en una discoteca marina.

—Mamie estaba enamorada de Sinatra, oh.

Supongo que todas las mamies de América estuvieron enamoradas de Sinatra, pero en el caso de Childe —y de cada una— eso era una vivencia personal de infancia, y no había que estropeárselo.

En las gasolineras comprábamos pepsi y en los supermercados comprábamos gasolina. Íbamos o veníamos hacia Madrid. El Alfa estaba perdiendo su tono señorial, italiano, y era ya un proyectil de polvo y animales muertos que Childe arriesgaba por las modernas autopistas españolas. Franco hizo autopistas, Felipe hizo autopistas, Borrell hizo autopistas, todos están haciendo autopistas. El país las necesitaba, pero el gobernante que sólo hace autopistas es que carece de imaginación para lanzarnos también por las autopistas del futuro, de la Historia, de la cultura, de la libertad. Iglesias, ermitas, el militarismo del románico y el verticalismo espiritual del gótico. El árabe y el mozárabe, el mudéjar, el neomudéjar y el neoneomudéjar. Todo corría hilvanándose, como fantasía de un momento, en la silueta aguda del Alfa, que iba cosiendo paisajes.

Comprendí que a Childe, terminado o indeterminado su curso español, ya no le interesaba nada la asignatura de España. La cicatriz no dolía, sólo tiraba un poco, y ella quería llegar a Madrid —la actualidad— y volar luego a Estados Unidos. Los yanquis se dice que son muy prácticos: España está aprobada, España ya no importa.

De modo que pasaba la Castilla de Ortega, la Castilla de Azorín, la Castilla de Machado, la Castilla de Unamuno, la Castilla de Guillén, la Castilla de Zuloaga, La Mancha de Cervantes, la Alcarria de Cela, y yo veía dolorosamente que pasábamos la página, que todo era un álbum alborotado que no importaba a nadie.

¿Será gilipollas esta niña?

«El hombre tiene atardeceres de pastor», dijo alguien. En un camino hondo, en mitad de una montaña, a la puerta de un pueblo, a la orilla de un río, hombres como azorines de lo paletoides, mujeres bellas y eternas con niños falanderos, crepúsculos «de un incoloro casi verde», el cielo enlagunado en la aceña, el río ensangrentado en el cielo. Toda la humanidad en un atardecer de pastor. Ella había estudiado el 98.

¿Y para qué?

Estudiaba Historia, pero tenía prisa por llegar al siglo XX. Lo otro apenas había existido. Al fin y al cabo, el ángel del siglo XIII, en piedra, no era más que un retrato de ella misma, mi amor. El rock y el rock and roll y el tecno y el pop y el country —¿es que aquella España no era country?— iban dejando una ráfaga urgente de actualidad al cruzar las murallas, los serrijones, los campos góticos, España.

Ya no era yo el viejo hidalgo español seduciendo a la eterna niña americana, sino ella, la hija predilecta del imperio, tomando posesión de la remota provincia, saqueando hasta el siglo XIII, desde los ángeles en piedra hasta mis domésticas camisetas. Viajábamos de noche para evitar el calor del estiaje y hacíamos el amor en los pinares profundos, bajo la sombra densa de la resina, sobre las agujas que crujían y pinchaban el cuerpo mitológico y deportivo de la chica.

Le mordía yo la cicatriz, que ya no le dolía, y dejábamos una gota de sangre sobre la tierra silenciosa cuando la penetración anal. Mordía también sus virtuosos pezones de futura y feliz madre americana. Dormíamos abrazados en lo más profundo del verde y nos pasaban por encima rebaños de ovejas, rebaños de cabras, ferrocarriles de cercanías, excursionistas infantiles y manadas de toros. Cuando volvíamos al coche, Childe ponía la radio, que a lo mejor había dejado puesta, y oíamos una balada del Oeste. Todo eso que me había gustado en el cine y ahora me sonaba a colonización y, mayormente, me dolía en los ijares porque la iba alejando de mí, la iba volviendo otra vez americana, como si nunca hubiera estado en España ni volviera a estar.

Lo cual que estaba celoso de todo.

En Madrid fuimos a parar al hotel Nacional, en Atocha, hotel medio cerrado, gran edificio que desistía, pero al que ella tenía derecho según los implacables papeles de su agencia de viajes. Metimos el coche en el garaje y yo subí la cabeza de piedra en el montacargas, pues conocía bien mi Madrid y la certeza de un robo. El hotel, efectivamente, era un paralelepípedo de sombra, un comedor de ausencias, un subir y bajar de ascensores vacíos, como si fueran los ascensores a Marte.

Pero así todo fue mejor, pues que nuestras noches de amor, cuando Childe decidía poner a lo vivo su manual escolar, se resolvían siempre en grito, sangre, grifos de madrugada y fornicaciones en la escalera, ambos con los vaqueros bajados, hasta que una criada muerta nos echaba a escobazos. De modo que conseguí poner a Childe en contacto con un grupo de americanas que vivían en un piso de Argüelles, en un alegre desorden de guitarras, hámsters, libros, bragas colgadas a secar en el balcón, un pájaro en una jaula, alguna negra y todos los chicos que entraban y salían al olor de tanta jodienda.

La que mandaba en aquello era Amy, una joven de casi dos metros con unos muslos que habrían necesitado las Montañas Rocosas para hacerse unas medias, y sin pecho, como casi todas las yanquis, que Elsa Maxwell (seguramente lesbiana) definió como «la brigada de los bustos planos».

Amy era guapa, en rata, y estaba bien hecha, pero en Coloso de Marusi. Aquella vagina de búfalo hembra necesitaba machos constantemente. Admitió a Childe para dormir en la casa, mas no al hidalgo español, quizá porque nos veía como muy enamorados o encoñados y ella quería hombres disponibles, sin tener que disputárselos a las compañeras. Desnuda en su gran cama, los hámsters le corrían por todo aquel geográfico cuerpo y yo siempre esperaba ver que uno se le metía por el

coño.

Lo que yo sí hacía era ir por las tardes a ver a Childe y allí charlábamos con las demás chicas o jugábamos al póker con los chicos. Había frecuentes cambios de pareja y, al hidalgo español que debe ser uno, no le gustaba nada que Childe durmiese en aquella casa. Aquella juventud hispanoamericana, cuando no follaba tocaban la guitarra o traducían chistes verdes del español al inglés y viceversa. No era eso lo que yo quería para mi amor. Un día, al llegar a la casa, ya tarde, subía conmigo, o corriendo por las escaleras, la vieja y cursi estudiantina o estudiantona: ascensores cargados de Lopes de Vega. *Clavelitos* llenaba todo el inmueble.

Pensé si ellas habían venido a España a tirarse a Lope de Vega, por su fama de seductor en el siglo ferrocarrilero, pero luego me explicó Childe que Amy había invitado a toda la estudiantina —unos quince, con sus viejos laúdes— a visitarla en su piso «a ella sola», de modo que fueron pasando de uno en uno a la cama de la gigante, mientras los otros esperaban añorando Fonseca y los ya despachados se volvían a poner en la cola mirándose en los espejos y cristales.

—Oh, me da vergüenza por mi país. Te prometo que allí no es así.

—Claro, por eso tu amiga se ha venido aquí.

Amy se estaba tirando al Siglo de Oro en una tarde. Childe me llevó a su habitación para hacer el amor, pero esta habitación estaba paredaña de la otra, la de Amy, y allí se oían mucho más los gritos de la gigante, los chillidos de los hámsters y las blasfemias de los españoles engolados y juraderos.

—No puedo soportarlo, vámonos.

Y Childe volvía a vestirse. Ella era la ninfa pura americana y sentía vergüenza por la bandera de las barras y estrellas, por la Estatua de la Libertad, por toda la retahíla de los presidentes, por la Constitución, en especial por Lincoln, y hasta por la NASA, que había sido más respetuosa con la Luna. Ellos nunca hubieran enviado una estudiantina a la Luna.

—Te vienes a mi apartamento —le dije.

—Oh, sí.

Salimos a la noche de otoño. Yo llevaba las maletas. Aquel piso parecía un cruce de mariachi mexicano, ronda española y country USA. Lo parecía y lo era. Alguien había matado al pájaro en su jaula, que no era más que un gorrión. Amy iba por el de la pandereta, que le estaba dando una sesión o concierto, según se oía desde fuera. Los otros, los ya cumplidos, se reían. Oía a polla y a frijoles.

—¿Y la yanqui esta nos va a dar algo?

—¿Te parece que te ha dado poco?

—Mucho, pero muy repartido.

Al abandonar el Nacional, yo había devuelto la cabeza histórica al maletero del coche. Y con cabeza incluida nos íbamos a mi pequeño apartamento. Childe conducía por Madrid con la barbilla alta y la expresión seria. Me agradó saber que mi amor no se habría metido nunca en una juerga de aquel pelaje, en una movida tan vil. La gigante ninfómana iba por Europa repartiendo una mala imagen de América, precisamente cuando el país se debatía en un caso sexual contra Clinton.

—Ella no debe hacer eso —me dijo Childe, llena de puritanismo americano y buen juicio político—. Los republicanos pretenden hundir a Clinton por cosas así. Yo te prometo que la América real no es como Amy, pobre Amy, su tamaño es una enfermedad y el complejo de su enfermedad la lleva a hacer eso.

Nos estábamos poniendo moralistas, pero llegamos a mi casa y nos instalamos. Hasta la graciosa Childe del siglo XIII quedó sobre un armario, bien sujeta. Pero seguía sonriendo y ya no se parecía a la puritana Childe. Sin duda, Amy se había salido del manual.

Childe iba por las mañanas o por las tardes a la Biblioteca Americana. Yo iba al

periódico o escribía en casa. Según. Además, Childe hacía comidas, me preparaba mazorcas, andaba en braguitas por aquel pequeño piso madrileño y conseguía hacerlo más grande, más práctico, más habitable, aprovechando incluso el ventanal, que usaba como tendedero, jardín botánico y rincón de lectura. Hacíamos el amor con más sosiego, o pasábamos unos días sin hacerlo y luego venía el tifón Childe, un verdadero tornado, y se llevaba sábanas y pollas, pasiones y risas y lágrimas.

La cabeza sonriente del siglo XIII asistía a nuestra dicha en aquel pequeño paraíso de mantequilla y sonetos de Shakespeare. Una luminosa conyugalidad flotaba en el olor a hamburguesería, pero Childe hablaba con toda naturalidad de su inmediata vuelta a Estados Unidos, al mismo tiempo que hablaba de no separarnos jamás.

—Vendrán de la embajada a embalar a Childe —decía mirando la cabeza románica—, ya les he dicho a qué hora pueden encontrarte.

Childe era hija de un señor importante del Pentágono y todo su viaje iba encaminado por esa vía, de modo que mi amada cabeza, la románica, no iba a topar con funcionarios españoles, avisados y cultos, en las temerosas aduanas de los grandes viajes.

A los pocos días me dijo Childe, después de hacer el amor, mientras yo bebía mi pepsi para reponer líquidos y ella se olía los dedos, «me gusta oler tu semen», y luego se los chupaba de uno en uno, como una niña que se ha hecho un lío con la piruleta:

—Antes de partir para Nueva York nos han dicho que nos llevarán a Rota para ver el mayor portaaviones del mundo, que está allí y es de la NATO. ¿Vas a venir conmigo?

—Me temo que no. Ya estuve una vez para hacer un reportaje de ese bicho.

(Era mentira.)

—Oh, es lo de menos el «bicho». Se trata de hacer un viaje juntos, otro viaje juntos.

—Sí, amor, pero estamos en la *rentrée*, que se dice en Europa, y tengo muchísimo trabajo.

—Bah, pues me enfado.

—Vale.

—Pero yo no puedo negarme.

—Claro. Y deja de chuparte los dedos.

—Pues buscaré otra cosa que chupar.

Y en seguida encontró una polla. Mientras ella estaba a lo suyo (se piensa bien y claro mientras te la maman) recordé que el ministro Serra y su hombre de prensa, Abel Hernández, periodista de gran profesionalidad, me habían invitado a Rota para la cosa del portaaviones.

—Mira, Abel, a mí es que no me va la épica.

—Esto también tiene su lírica.

—Para Solana.

Y no fui, claro. Me parece más obsceno ese portaaviones en Rota, como un gran chancro que nos han metido por el culo, que nuestra amiga Amy comiéndole la polla en una tarde a toda la tuna de Derecho. Aunque quizá venga a ser la misma cosa.

Antes de que Childe se llenase la boca de tocino con la felación, miré para la Childe de siglos, sobre la que ya tenía yo mis planes. Efectivamente, a los pocos días se llevaron a dos docenas de Childes en un vuelo a Rota y yo aproveché su ausencia para meter a Childe/XIII en una Adidas y llevármela al Rastro.

El otoño era un bajel de oro amurado en los puertos confusos de Madrid, como el Rastro. En el Rastro tenía yo un amigo garitero, Ramón de nombre, a quien encontré delante de su sombrero, plantado con las piernas muy separadas y una cerveza en la mano. Ramón era un hombre ancho. No gordo, sino ancho. Ancho de cuerpo y de cara. Manchego fino, chalaneador ladino. Ramón sabía de antigüedades, de falsificaciones, de toros, de mujeres, de política —comunista en París cuando entonces— y de música clásica o de flamenco.

—Ramón, amor.

—Pasa, anda. Cuánto tiempo. Andarás por ahí follando suecas. Éste es tiempo de suecas.

—¿No te importa si son americanas?

—Sabes que me jode el imperio; por eso hay que joderlas a ellas.

—O ellas a nosotros.

Ramón se había percatado de mi Adidas, pero no tenía prisa. Pasamos al interior de su tienda, con un fondo de sacristía gótica y bambalinas de teatro, más algún pájaro disecado al que le habían metido en el cuerpo un reloj. Fumamos, bebimos y le conté a Ramón la historia de la cabeza, que él tenía ya entre sus manos finas, delicadas, elegantes, manos impropias de un obrero manchego, bellas en el fumar, y que delataban al labriego ocioso con buen tacto para los mil estofados de la belleza y la piel de cada siglo.

Ramón, en una madera, una piedra o un hierro forjado, sabía distinguir la piel de cada siglo. Y por supuesto la falta de piel de las imitaciones. Childe/xm le sonreía confiada. Ramón puso el pedrusco a un lado y me miró.

—Coño, pues es buena. No me digas dónde has levantado esto, pero lo imagino.

—En realidad lo levantó una yanqui, ya te digo que el verano ha ido de yanquis, y ahora supone que se lo he regalado y que se lo va a llevar a Nueva York. Su padre es del Pentágono y no tienen problemas. Un capricho caro de la niña en España, en Italia o en Grecia. En realidad no distinguen y todo el Mediterráneo les parece un poco igual.

—Entiendo. La niña se va a llevar una copia y tú quedas como un señor. En tres días tienes la copia.

Las Childes estuvieron casi una semana en Rota, de excursión patriótica. Llamé un día a casa de Amy y supe que ésta también había participado en el viaje, según me dijo una negra.

—Pues va a tener trabajo Amy para pasarse por el esmeril a toda la tripulación del portaaviones —le dije en español a la negra.

—¿Cómo decir *who* usted *you*?

Colgué.

La copia que le habían hecho a Ramón en el taller era asombrosa. El secreto de Ramón estaba en no conformarse con el trabajo de máquina, sino que luego le pasaba él a la pieza una caricia de mano —aquellas manos de artista—, y esta caricia es lo que le daba pátina, autenticidad a la obra. Alguien ha dicho que Florencia es la vagina de Europa. Ramón tenía unas manos florentinas que venían como de otro siglo, de otro clima. Hice ademán de pagarle su trabajo.

—Espera, deja, voy a proponerte yo algo mejor. Si tú quieres, claro.

Ramón ya no liaba los cigarrillos y lo lamenté. Había sido el último de Madrid. Sacó marlboro y me ofreció. Tomamos vino negro con jamón de jabalí. Era miércoles y el Rastro estaba silencioso, vacío y tranquilo, con todo el estofado de las antigüedades dorando el aire quieto.

—Si me dejas aquí la cabeza buena, yo la ofrezco cuando vea ocasión. Y repetimos el juego.

Miré para las dos cabezas, la buena y la mala. Yo ya no las distinguía, pero Ramón sí, perfectamente. La cosa era ofrecer la pieza buena a los turistas o compradores de lujo, levantarles unos millones y, a los tres días, mandarles embalada al hotel una copia inobjetable, irreprochable, jamás inculpable. Hasta un experto expertizaba la pieza buena, callándose su curiosidad sobre el origen de aquello, y todos a cobrar del comprador, que generalmente tenía helicóptero y yate para sacar aquello de España.

—Tú, Jonás, qué me vas a decir, tu periódico, tus clases, una mierda. Pero esto es un negocio para toda la vida. Esta cabeza puede seguir pariendo cabezas indefinidamente. Jonás, no es que quiera hacerte millonario. Es que quiero hacerme

millonario yo. Y esto es una de las mejores oportunidades que han pasado por mis manos. Y por las tuyas. Deja la puta política, como la dejé yo, que he estado más pringado que nadie, como sabes. Pero perdona, estoy tratando de convencerte y eso no se debe hacer jamás con un amigo. Olvídalo. Ahí tienes tu cabeza auténtica para recuerdo de la chica, que te va a recordar o a olvidar igual con una cabeza falsa. Los usacos, como decía aquél, no se merecen más.

Dio una campanada latonera en un reloj de iglesia y el metal se extendió por la hora como una piedra desprendida del tiempo en un lago de luz y sombra.

Al día siguiente llegaron a casa unos funcionarios de la embajada para embalar allí mismo a Childe/xm (falsa). Luego me lo dejaron todo muy limpio de tablas y papeles. A las cuatro de la mañana, cuando dormía desnudo, llegó Childe sin ruido y se enredó a mi cuerpo. Me hice el dormido. A las ocho estaba el autocar abajo, en la calle. Nos besamos entre el amor y la urgencia.

—¿Vinieron a por Childe/trece?

—Sí.

—Gracias, te espero en seguida en NY.

Más besos, más cosas. Los funcionarios yanquis la ayudaban. No tuve que bajar nada. Estuve en el ventanal para despedirla. El autocar no cabía en la calle. Una mano se agitaba en una ventanilla, en dirección a mí. Contesté agitando mi mano, despidiendo a mi amor. Se asomó la dueña de la mano y era Amy, la mamandera Amy. Se conoce que a Childe le quedaba la ventanilla del otro lado. Me metí dentro y bajé la persiana.

Un mes más tarde me llegó correo de Childe. Childe se había hecho una postal —miles de postales, seguro— con la imagen románica. Y se las mandaría a sus amistades, amores, conocidos y desconocidos de todo el mundo. Nuestro robo y nuestro fraude —me refiero ahora a Ramón— iba a andar por ahí dando la vuelta al planeta. Pronto sería todo identificado y descubierto. «Tengo que escribir a Childe pidiéndole que mande siempre esa postal dentro de un sobre, recordándole el origen de la cosa. O llamarla a NY.

No, eso sería demasiado alarmante. ¿Y una llamada amorosa como envoltorio del recado? Ya lo pensaré.»

Por el revés de la postal, una espesura de besos, recuerdos, nombres, más besos, mucho inglés y todo previsible. No terminé de leer.

Arrojé aquello a la papelera, partido en cuatro.

La Dacha, agosto de 1998.



FRANCISCO UMBRAL (Madrid, 1932 - Boadilla del Monte, 2007).

Fruto de la relación entre Alejandro Urrutia, un abogado cordobés padre del poeta Leopoldo de Luis, y su secretaria, Ana María Pérez Martínez, nació en Madrid, en el hospital benéfico de la Maternidad, entonces situado en la calle Mesón de Paredes, en el barrio de Lavapiés, el 11 de mayo de 1932, esto último acreditado por la profesora Anna Caballé Masforroll en su biografía *Francisco Umbral. El frío de una vida*. Su madre residía en Valladolid, pero se desplazó hasta Madrid para dar a luz con el fin de evitar las habladurías, ya que era madre soltera. El despego y distanciamiento de su madre respecto a él habría de marcar su dolorida sensibilidad. Pasó sus primeros cinco años en la localidad de Laguna de Duero y fue muy tardíamente escolarizado, según se dice por su mala salud, cuando ya contaba diez años; no terminó la educación general porque ello exigía presentar su partida de nacimiento y desvelar su origen. El niño era sin embargo un lector compulsivo y autodidacta de todo tipo de literatura, y empezó a trabajar a los catorce años como botones en un banco.

En Valladolid comenzó a escribir en la revista *Cisne*, del S. E. U., y asistió a lecturas de poemas y conferencias. Empezó su carrera periodística en 1958 en *El Norte de Castilla* promocionado por Miguel Delibes, quien se dio cuenta de su talento para la escritura. Más tarde se traslada a León para trabajar en la emisora *La Voz de León* y en el diario *Proa* y colaborar en *El Diario de León*. Por entonces sus lecturas son sobre todo poesía, en especial Juan Ramón Jiménez y poetas de la Generación del 27, pero también Valle-Inclán, Ramón Gómez de la Serna y Pablo Neruda.

El 8 de septiembre de 1959 se casó con María España Suárez Garrido, posteriormente fotógrafa de *El País*, y ambos tuvieron un hijo en 1968, Francisco Pérez Suárez «Pincho», que falleció con tan sólo seis años de leucemia, hecho del que nació su libro más lírico, dolido y personal: *Mortal y rosa* (1975). Eso inculcó en el autor un característico talante altivo y desesperado, absolutamente entregado a la escritura, que le suscitó no pocas polémicas y enemistades.

En 1961 marchó a Madrid como corresponsal del suplemento cultural y chico para todo de *El Norte de Castilla*, y allí frecuentó la tertulia del Café Gijón, en la que recibiría la amistad y protección de los escritores José García Nieto y, sobre todo, de Camilo José Cela, gracias al cual publicaría sus primeros libros. Describiría esos años en *La noche que llegué al café Gijón*. Se convertiría en pocos años, usando los seudónimos Jacob Bernabéu y Francisco Umbral, en un cronista y columnista de prestigio en revistas como *La Estafeta Literaria*, *Mundo Hispánico*(1970-1972), *Ya*, *El Norte de Castilla*, *Por Favor*, *Siesta*, *Mercado Común*, *Bazaar*(1974-1976), *Interviú*, *La Vanguardia*, etcétera, aunque sería principalmente por sus columnas en los diarios *El País*(1976-1988), en *Diario 16*, en el que empezó a escribir en 1988, y en *El Mundo*, en el que escribió desde 1989 la sección *Los placeres y los días*. En *El País* fue uno de los cronistas que mejor supo describir el movimiento contracultural conocido como *movida madrileña*. Alternó esta torrencial producción periodística con una regular publicación de novelas, biografías, crónicas y autobiografías testimoniales; en 1981 hizo una breve incursión en el verso con *Crímenes y baladas*. En 1990 fue candidato, junto a José Luis Sampedro, al sillón F de la Real Academia Española, apadrinado por Camilo José Cela, Miguel Delibes y José María de Areilza, pero fue elegido Sampedro.

Ya periodista y escritor de éxito, colaboró con los periódicos y revistas más variadas e influyentes en la vida española. Esta experiencia está reflejada en sus memorias periodísticas *Días felices en Argüelles* (2005). Entre los diversos volúmenes en que ha publicado parte de sus artículos pueden destacarse en especial *Diario de un snob* (1973), *Spleen de Madrid* (1973), *España cañí* (1975), *Iba yo a comprar el pan* (1976), *Los políticos* (1976), *Crónicas postfranquistas* (1976), *Las Jais* (1977),

Spleen de Madrid-2 (1982), *España como invento* (1984), *La belleza convulsa* (1985), *Memorias de un hijo del siglo* (1986), *Mis placeres y mis días* (1994).

En el año 2003, sufrió una grave neumonía que hizo temer por su vida. Murió de un fallo cardiorrespiratorio el 28 de agosto de 2007 en el hospital de Montepríncipe, en la localidad de Boadilla del Monte (Madrid), a los 75 años de edad.